

DEVENIRES DEL YO

Constitución subjetiva, narrativas
del sí mismo y re-significación identitaria



CLAUDIO URBANO

t
teseo

DEVENIRES DEL YO

DEVENIRES DEL YO

Constitución subjetiva,
narrativas del sí mismo
y re-significación identitaria

Claudio Urbano

teseo 

Urbano, Claudio Ariel

Devenires del Yo: constitución subjetiva, narrativas del sí mismo y re-significación identitaria / Claudio Ariel Urbano. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo, 2021. 154 p.; 20 x 13 cm. ISBN 978-987-723-300-1

1. Identidad. 2. Psicoanálisis. 3. Semiótica. I. Título.
CDD 150.195

© Editorial Teseo, 2021
Buenos Aires, Argentina
Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a: **info@editorialteseo.com**

www.editorialteseo.com

ISBN: 9789877233001

Imagen de tapa: Robert Zunikoff Ebno en Unsplash

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseo 613a7e9e01da7. Sólo para uso personal

*Dedicado a lo que sobrevive en mí
en mis entre-tiempos.
Y a quienes viven en mí
a través de todos mis tiempos.*

Índice

Prólogo	11
<i>José Alberto Yuni</i>	
Introducción	19
1. ¿Se nace hombre? ¿Se hace humano? Reflexiones acerca de los debates sobre naturaleza/cultura	31
2. El yo, colono colonizado por el imperio de lo cultural. 43	
3. El yo: espacio en donde los ecos de las representaciones resuenan/estallan en subjetividades	61
4. Subjetividades: trazos del de-venir otro/s de sí	77
5. Narrativas vivenciales: tejidos ficcionales a través de los cuales el yo de-viene en sí mismo	97
6. Aprendizaje y resignificación identitaria	113
Bibliografía	137

Prólogo

JOSÉ ALBERTO YUNI

En el ámbito académico-científico la recepción de un nuevo texto es siempre motivo de interés, curiosidad y alegría. El interés nos conecta con la expectativa de encontrar ideas nuevas, de que una obra nos permita interpelar lo ya conocido o de reconocer la artesanía del autor en la elaboración de filigranas teóricas que nos permiten ampliar y ensanchar nuestros horizontes de representación respecto a determinados temas. Un nuevo libro siempre habilita el reconocimiento de la falta y, con ello, el deseo de sumergirse en él en la búsqueda de aquello que promete. Un libro nuevo también moviliza la curiosidad en tanto que nos predispone a adoptar una actitud exploradora y nos conecta con el deseo de averiguar y descubrir nuevos territorios del saber. Y un libro nuevo también genera alegría en tanto representa algo que adviene al mundo, algo vivo que se irá desplegando en múltiples lecturas, relecturas e interpretaciones que recrean y resignifican el texto propuesto por el autor.

Para quienes habitamos el mundo académico, un nuevo libro siempre es celebratorio y renueva el sentido de nuestra condición de intelectuales. Celebramos el alumbramiento de una obra que ha sido imaginada, gestada y cuidada para ser lanzada al diálogo con los otros. Una obra que es expresión de la pulsión generativa inherente a toda creación humana y que revela la voluntad de su autor por compartir eso que es algo de sí mismo, en un acto de comunión con los lectores.

Por ello, prologar un libro siempre es un desafío ya que opera como un portal que invita, sugiere y estimula a los eventuales lectores a sumergirse en las páginas que esperan. Y es también una enorme responsabilidad ya que

supone que el autor deposita en el prologuista la confianza en que podrá interpretar el significado de su obra y proponer algunas claves para su abordaje. Pudiera parecer tarea fácil escribir la presentación del libro de un autor con quien hace poco más de dos décadas compartimos el trayecto vital-profesional, desarrollamos juntos varios trabajos y gestamos diferentes espacios de formación académica. Sin embargo, no lo es.

Este texto de Claudio Urbano expone de manera sistemática los desarrollos que ha venido realizando desde el año 2000 y que articulan una serie de temas-problema que son objeto de su interés intelectual y su recorrido como académico e investigador. En tal sentido, el libro debe leerse como una propuesta de un modelo conceptual -que ha sido validado en relación con diferentes temáticas y disciplinas- cuyas bases y derivaciones se exponen en el texto.

La psicología es la matriz de formación del autor y su extensa trayectoria en el campo de la clínica individual y grupal con sujetos y colectivos en situaciones vitales críticas ha sido la cantera de sus preocupaciones teóricas. Su aproximación al ámbito de la psicogerontología y sus tareas de intervención “psi” con personas mayores lo han llevado a pensar acerca de la identidad y las subjetividades en el curso vital, advirtiendo el sesgo de diferentes enfoques psicológicos acerca de ellas. Su encuentro con el campo de los estudios sociales y culturales y, en particular, con los aportes de Mijaíl Bajtín, le permitieron repensar la cuestión de la constitución subjetiva desde una lectura socio-semiótica articulada con los debates del psicoanálisis contemporáneo.

Asumiendo algunos supuestos de los enfoques construccionistas de las identidades personales y colectivas, el autor propone otras claves para dar cuenta de los procesos de constitución subjetiva y acuña una noción clave: la de resignificación identitaria. Esa categoría teórica se presenta como una herramienta poderosa que permite conectar la discusión contemporánea sobre el sujeto y las subjetividades con la cuestión de las narrativas. En tal sentido, podría

decirse que el principal aporte del texto es que restituye, desde una perspectiva compleja y multirreferencial, al sujeto al campo de las narrativas.

Diferentes autores contemporáneos sostienen que la episteme de nuestra época se estructura en torno al giro narrativo, cuya presencia en el campo de las ciencias sociales es cada vez mayor. Las teorías posmodernas manifestaron un profundo desdén por la cuestión del sujeto (básicamente asimilado a la concepción cartesiana heredada de la Modernidad), y al celebrar el reconocimiento de múltiples identidades visibilizaron el estallido de esa noción tradicional y su consecuente abandono. Por su parte, el postestructuralismo al poner en valor las “historias mínimas” generó un mayor interés por los métodos biográficos. No obstante, hablar de giro narrativo implica ir más allá de las elecciones metodológicas y postular que a través de las narrativas es posible la reconstrucción de fenómenos sociales, psicológicos y de producción cultural.

A mi entender, el aporte de este libro es que invita a pensar las narrativas no sólo como un “producto” de la subjetividad o de la dinámica socio-cultural, sino como las posibilitadoras del proceso mismo de constitución subjetiva y de estructuración del orden social. En los diferentes capítulos, Claudio Urbano despliega la idea de que el pasaje de cachorro humano a individuo y sujeto social implica recibir un baño de lenguaje en el que no solo somos signados e integrados a un universo de significaciones, sino que somos inscriptos en un orden simbólico que sienta las bases para la representación de sí y, con ello, el advenimiento del Yo como instancia de producción identitaria. Advenimiento que instaaura, pero que a la vez inscribe el devenir en una continua reactualización durante la trayectoria vital.

A lo largo del curso vital, el sujeto se verá amenazado y/o desafiado por diferentes crisis que le demandan el trabajo psicosocial de mantenerse integrado en las discontinuidades del trabajo de vivir en un orden sociocultural en permanente movimiento. En ese proceso, la re-significación de

la identidad supone la revisión de las formas con las que el Yo se narra a sí mismo, y esa reflexividad lo conducirá a la elaboración de una nueva versión de sí y consecuentemente a reformular la narrativa de sí. En ese acto necesario e incesante de sostenimiento de la identidad personal y social a través de la reversión de las narrativas del Yo, se despliega la complejización psíquica a lo largo de la vida, y en ese proceso de múltiples identificaciones se reactualiza el acto de sujeción al orden sociocultural.

De esta manera el autor, con el auxilio del psicoanálisis y de los aportes bajtinianos, propone pensar la constitución subjetiva como un continuo a lo largo de la vida, y la resignificación identitaria como un proceso dialógico, habitado por la polifonía y la heteroglosia que a través de la narrativa de sí, (se) articulan en el Yo en tanto dispositivo productor de subjetividades individuales y sociales. De ese modo, la hibridación de diferentes aportes teóricos le permite al autor esbozar una teoría del sujeto que habilita el diálogo con las perspectivas actuales de las teorías *queer*, los estudios de género o los estudios decoloniales, al dar cuenta de los interjuegos entre lo transubjetivo, lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo en las tensiones de la constitución subjetiva, la resignificación identitaria y la reconfiguración del Yo a través de las narrativas.

Si el trabajo de sostener la identidad supone la tarea de elaborar narrativas transformadas, reformadas y alteradas de sí mismo, la producción narrativa del sujeto debe abordarse también de un modo original. Para el autor, las narrativas no pueden ser abordadas ingenuamente como una expresión mimética de la conciencia de sí, del autoconocimiento del sujeto o de la evocación de los acontecimientos vividos. Por ello, apelando nuevamente al legado bajtiniano, el autor sostiene que las narrativas de sí deben ser abordadas como elaboraciones ficcionales, formas noveladas que el sujeto tiene de contarse a sí mismo. Novelas del Yo que pueden reeditarse en cada presente y que, al hacerlo, modifican la versión anterior de lo vivido y de la anticipación

de lo porvenir. Así, la re-elaboración de las narrativas de sí supone que el sujeto pueda otorgar otro signo a lo vivido y en la reformulación de su relato biográfico transforme los significados y los sentidos que enuncia su posición como autor de su propia experiencia vital.

El texto plantea, además, que el sujeto no sólo es un mero productor de una narración de sí, sino que requiere ser interpretado en conexión con las múltiples posiciones subjetivas que deben atenderse para comprender la relación entre resignificación identitaria e identidades en el curso de la vida. Superando la perspectiva del sujeto como autor de su relato biográfico, Claudio muestra la necesidad de considerarlo en múltiples posiciones que lo implican de modo diferente frente a la demanda de elaborar una narrativa de sí.

En tal sentido, propone pensar al sujeto como autor protagonista de la acción, que en la afirmación del soy siendo puede reconocerse a sí mismo en las discontinuidades de los cambios; como testigo que testifica el atravesamiento de los acontecimientos en su trayectoria vital; como lector que re-interpreta incesantemente el texto biográfico en el marco de los condicionantes socioculturales; como relator de su texto bio-gráfico en las sucesivas reediciones y modificaciones estilísticas que, en cada presente, requiere la reelaboración de la novela de sí para mantenerse integrado y sostener su mismidad, a pesar de las transformaciones de los cambios producidos en el mundo interno y externo.

Otro aspecto que resulta de interés en este texto es el papel que otorga al aprendizaje como un acto continuo de humanización por el que se sostiene la sujeción al orden simbólico y se garantiza la inclusión en la vida social. Desde esa perspectiva el aprendizaje sería un proceso imprescindible para que la complejización psíquica se despliegue en la trayectoria vital y, por lo tanto, sería una necesidad existencial. El autor aborda esta cuestión apelando al doble sentido del término aprendizaje en tanto adquisición y como acto de aprehender, es decir, como apropiación de

valores, creencias, conocimientos, actitudes y disposiciones, que incorpora a sus tramas de pensamiento, sentimientos y vivencias. Sin aprendizaje -en ese doble sentido- no hay posibilidad alguna de que el sujeto pueda percibir y afrontar los desafíos de la adaptación a sus múltiples transformaciones. Sin aprendizaje no hay posibilidad de transmutar la vivencia en experiencia, y esta en conocimiento de sí; no hay posibilidad de apropiarse de nuevos signos y símbolos para poder re-significarse; no hay posibilidades de adquirir herramientas y lenguajes nuevos que permitan nuevas formas de re-presentarse. Sin aprendizaje, la vitalidad y la vivacidad no podrían renovarse y movilizar el deseo y la voluntad del sujeto para mantenerse integrado a lo colectivo, ni sostener el proyecto vital en las circunstancias que impone el trabajo de vivir. Sin aprendizaje, la constitución subjetiva y el trabajo del Yo quedarían atrapados en la repetición y la cristalización en modos de ser/estar pretéritos.

Este punteo de los aportes más relevantes que ofrece el texto muestra también las potenciales apropiaciones que entendemos que posee. De hecho, como hemos dicho anteriormente, entendemos que el trabajo fundamenta de una manera singular la perspectiva narrativa, enriqueciendo las herramientas conceptuales disponibles actualmente. La perspectiva abierta, compleja, polifónica e interseccional que subyace en la concepción del sujeto y su constitución subjetiva la convierten en un recurso teórico original para dar cuenta de cuestiones tales como la conformación de múltiples y diversas identidades singulares y colectivas en un enfoque que articule la instancia psíquica, el orden social y el imperio de lo simbólico, tanto en sus dinámicas de reproducción como de alteración de sus condiciones de existencia. Por otra parte, el modelo teórico posibilita el análisis del carácter performativo de las instituciones y los dispositivos socioculturales en la producción signíca de las subjetividades y su inscripción en los cuerpos y en los modos de representación de sí.

Por su parte, el texto no sólo sostiene una perspectiva antiesencialista de las identidades y del sujeto humano, sino que fundamenta desde múltiples referencias teóricas el carácter móvil, flexible, dinámico, contextual, recursivo y paradójico del trabajo identitario a lo largo de todo el curso de la vida. En tal sentido, la propuesta del autor tensiona las concepciones naturalizadas de las identidades como un acto de pura autodeterminación, o como expresión de las determinaciones de la estructura social; por ello aporta herramientas para abordar cuestiones del campo pedagógico, de la psicología del desarrollo o de los estudios culturales de las edades de la vida.

Asimismo, la propuesta de Claudio sobre la multirreferencialidad del sujeto en relación con la producción de una narrativa de sí abre múltiples interrogantes teóricos y metodológicos respecto a cómo abordar su estudio desde la investigación en las diferentes disciplinas de las ciencias humanas y sociales. El abordaje de las narrativas de sí como entrada al conocimiento del mundo de los otros requiere el abandono de la ilusión de transparencia del relato biográfico; de la ingenuidad del mimetismo entre lo narrado y lo vivido; de la comprensión de los relatos como textos vivos, en movimiento, sujetos a reedición y revisión según el recorrido experiencial y las demandas que implica sostener la propia identidad más allá de los cambios que conlleva el atravesamiento del tiempo y la temporalidad.

Cabe advertir a los lectores que están frente a un texto rico y generoso en sus múltiples aperturas. Sin embargo, estas aperturas solo serán posibles con su compromiso lector y con el ejercicio que supone todo acto de comunicación y diálogo: escuchar(nos/se). Asimismo, este es un texto que invita a la relectura y a las múltiples lecturas. Fiel a su estilo personal, hay una escritura densa, profunda y compleja, que apela a la metáfora y a la poética para poder decir y decir mejor lo que desea dejar y compartir de su trabajo. Este es un texto atravesado por las vicisitudes del vivir y por la vida misma que atraviesa la potencia intelectual del autor,

por ello, estoy convencido de que contiene no solo ideas, sino vida transformada en conocimiento; conocimiento que como a él le gusta imaginar, decir (y practicar) es como el pan que se ofrece para saciar el hambre y como un gesto nutricional para alimentar lo mejor de lo humano.

Deseo que estas palabras previas hayan sido las apropiadas y les hayan brindado a los eventuales lectores algunas claves para invitarlos a atravesar el portal hacia las páginas siguientes. Deseo que en ellas se encuentren con el autor de este texto y que en/con sus aportes puedan enriquecer la comprensión de nuestra condición de sujetos humanos, seres narrados y narradores de mundos vividos, e imaginar mundos otros por vivir y para vivir con otros.

Mayo de 2021

Introducción

 Mi cuerpo, ese extraño tan conocido por mí
que se desvanece entre los fragmentos de mis imágenes.
 Soy quien me habita,
 el espectador de esta apariencia
 que muta en figuras que se transforman en sus formas.
Soy lo que aparece ante mis ojos: un rostro, una mirada,
 una expresión,
una huella que se hace surco para depositar una palabra
 que le otorgue sentido.
Soy esa grieta en donde se filtra y escapa ese sentido.
 Yo uno y muchos.
 ¿Desde dónde me miro?
 ¿Cuál es el punto que referencia mi imagen?
Aquel punto que permite el acceso transparente de mi apariencia
 y deja detrás mi sombra que desborda sus bordes
 para velar la certeza de mi imagen.
Soy el foco que pre-figura el semblante de mis fragmentos.
A veces como espectador contemplo mi unidad en perspectiva.
 A veces me implico y complico mis sentidos.
 Pierdo el foco de mi unidad.
 Soy la duda que interpela mi creencia.
¿Sólo soy una creencia enunciada de manera afirmativa?
 Soy la negación de mi afirmación,
el punto ciego en donde habita la angustia de no ser.
El espacio oscuro en donde soy solo sombra.
Soy la mirada que deja fuera cualquier duda
 que desmienta el sentido.
Aquel necio que no cuestiona su apariencia
 y que niega el semblante de su sombra.
Soy el mediador de mis imágenes.
 Soy,
 no hay duda.
 La duda no cuestiona mi existencia,
sólo el foco que enuncia mi existencia.

Soy uno refractado al abismo de muchas formas.
Soy lo inaprensible del ser.
El sitio en donde se escapa la certeza.
Soy la incertidumbre que me pone en la orilla del proyecto.
La anticipación que es antes y después de la afirmación.
Soy el reflejo de mis sentidos múltiples.
El faro que hace presente el sitio donde llegar.
Soy quien suma mis fragmentos y les da un índice total.
Soy uno en mis diversidades.
Soy el narrador que cuenta los muertos en batalla.
Soy quien perdona sus deudas y quien pone en garantía
su propia identidad.
Soy uno y muchos.
Soy todos y ninguno.
Soy la resta del tiempo vivido
y la suma del tiempo consumido.
Soy quien se apropia de sí y se produce en su mirar.
Soy reflejo de existencia y palabra de autoridad para dar sentido
a quien soy.

Claudio Urbano

La discusión conceptual acerca de la constitución subjetiva, la identidad y la subjetividad se nutre de las discusiones contemporáneas que han puesto en cuestión los supuestos ontológicos, gnoseológicos y epistemológicos que caracterizaron los debates teóricos y los quiebres en la racionalidad moderna acerca de los procesos de configuración de lo humano (Cyrulnik y Morin, 2005; Karol, 1999; Harlan, 1984; Mannoni, 1979). Estas discusiones han permitido la emergencia del sujeto humano como objeto teórico, desemarcado de concepciones esencialistas que sitúan su constitución como un fenómeno dado *a priori* e independiente de los procesos de socialización (Schnitman, 1995; Morin, 1995). Ello ha convocado el interés desde múltiples disciplinas por los procesos de constitución de identidades, los procesos identitarios y la conformación de las subjetividades (Sibilia, 2005; Merea, 2005; Urbano y Yuni, 2005; Singer, 1998).

En este horizonte se inscribe nuestro intento de analizar el proceso de la constitución de las identidades y la subjetividad a través del curso de la vida, como una perspectiva propicia desde la cual abordar las narrativas. La constitución de la identidad es un proceso psíquico individual y subjetivo que supone el subsidio de lo social y colectivo. Conjuga la puesta en juego de elecciones individuales, realizadas en el marco de posibilidades y condicionalidades de los factores socioculturales.

Contrariamente a la idea de que la identidad es un constructo-psíquico-existencial que se construye en los primeros ciclos del desarrollo evolutivo y que configura un núcleo más o menos estructurado e invariable en el curso de la vida, nuestra posición sostiene que la identidad es móvil, dinámica, continuamente re-centrada, interactiva y que se reconstituye en el proceso de vivir. Si ser es ser-siendo, la subjetividad es un continuo y permanente proceso de re-significación de la identidad personal y de un modo de ser/estar como sujeto “marcado y nombrado” por esa identidad.

Abordamos estas cuestiones desde una perspectiva multirreferencial (Ardoino, 2005) que asienta sus bases epistemológicas en las teorías de la complejidad (Morin, 1996). Estas conciben la realidad como campos de problemas complejos que requieren para su aprehensión de diversas referencias teóricas que sitúen a quien observa en vistas tomadas a partir de puntos divergentes.

El andamiaje conceptual que sostiene este texto, como aporte al campo de las narrativas y las subjetividades, se apoya en enfoques teóricos del campo de la psicología y de los estudios culturales. Recurrimos a desarrollos teóricos fundamentados en diversos enfoques del campo psicológico tales como los de inspiración psicoanalítica de orientación lacaniana, la psicología del desarrollo, el enfoque sistémico y la perspectiva cognitivista.

La elección de estos enfoques se basa en que todos ellos han sido atravesados por el giro lingüístico, como

revolución paradigmática que transformó radicalmente el desarrollo de las ciencias humanas y sociales a partir de la segunda mitad del siglo XX. Esas perspectivas teóricas permiten abordar la complejidad, las interacciones recursivas y las relaciones de co-implicación de las tríadas individuo/sujeto/sociedad e identidad/subjetividad/dispositivo cultural; tríadas sobre las cuales articulamos nuestro modelo conceptual.

Este modelo representa un esfuerzo de reconstrucción y entramado de diversos aportes conceptuales que pretende diseñar un mapa teórico que permita cartografiar el objeto de estudio. La lógica de construcción y exposición del modelo que se propone en estos capítulos es la del despliegue progresivo de categorías que se van entramando siguiendo los dinamismos de la co-implicación y la recursividad de la triada identidad/subjetividad/dispositivo cultural. Como dijimos, el modelo pone en diálogo diferentes vertientes del campo psicológico que operan como sustento de la trama que articula y sostiene la estructura teórica de nuestra propuesta. A los fines de ubicar a los lectores respecto a los elementos que configuran nuestra episteme, explicitamos los siguientes aportes:

- *El modelo contextual dialéctico* de desarrollo psicológico (Riegel, 1975; 1976) propone un análisis contextualizado del cambio, en el que el desarrollo es producto del entrecruzamiento de un sistema de normas que lo regulan, las mediaciones que el propio sujeto introduce como parte de un grupo social y las herramientas que su cultura le provee. Postula la interdependencia entre el sujeto y el contexto ecológico-cultural como dos instancias íntimamente relacionadas en una espiral dialéctica en la que mutuamente se forman y transforman. Lo distintivo del desarrollo humano en todos los ciclos del curso vital estaría dado por su propensión al cambio antes que por su orientación a la estabilidad. Aquello que experimenta modificaciones a lo largo del curso

vital es el tipo de vector de los procesos de cambio, los que están en una constante interacción recíproca. En este modelo confluyen los aportes y supuestos de diferentes disciplinas, entre los más relevantes, cabe mencionar los enfoques innovadores que en el campo de la física introdujo Prigogine (1984) con su teoría del caos; en la biología, los aportes de Maturana y Varela (1988) con su concepto de *autopoiesis*; Bateson y Von Bertalanffy (1995) con la Teoría General de Sistemas. Estos aportes pusieron en cuestión la concepción homeostática del sujeto, la sociedad y las instituciones, y plantearon que el desarrollo de las funciones biológicas y psicológicas son las resultantes de la interacción e interdependencia con el medio sociocultural.

- *El enfoque del curso vital* se trata de un conjunto de principios fundamentados en diferentes teorías (psicológicas, sociológicas, antropológicas, biológicas) que orienta la descripción, la interpretación y el análisis de los procesos de desarrollo evolutivo a lo largo de todo el curso vital. El valor de este enfoque radica en su capacidad para poder responder cuatro problemas fundamentales propios de la psicología del desarrollo. En primer lugar, permite explicar la naturaleza dinámica, contextual y procesual del desarrollo evolutivo. En segundo lugar, ofrece un modelo que da cuenta de las transiciones relacionadas con la edad y las trayectorias vitales en el que se relativiza la influencia de la edad cronológica y se revalorizan los aspectos biográficos del sujeto como moduladores de los procesos de cambio. En tercer lugar, describe cómo las diferentes fases del curso vital son moldeadas y condicionadas por los contextos sociales, por los significados culturales atribuidos a cada una y por la posición que ocupan los sujetos en la estructura social. Finalmente, el enfoque del curso vital explica cómo el tiempo histórico y la pertenencia a distintas cohortes modelan el proceso de

desarrollo, influyendo tanto en los individuos como en los grupos e instituciones sociales (Erikson, 2000).

- *Aportes del psicoanálisis heterodoxo.* En gran medida nuestro trabajo es tributario de la noción de sujeto de Lacan (1901-1981), psicoanalista francés de tendencia estructuralista, que en su relectura de Freud hace hincapié en la importancia del papel del lenguaje y del análisis lingüístico. Lacan introduce la noción de sujeto escindido (dividido) por la intromisión de la función simbólica, la que en su eficacia opera como un efecto de sustitución de la falta (que se encuentra en el orden de lo real) que le permite habitar un discurso. El sujeto surge como una noción lógica, como un lugar determinado por la posición diferencial que un significante ocupa para otro significante. El sujeto surge como aquello que representa un significante para otro significante. En este caso la representación no equivale a la transposición de un signo a una cosa que se presenta en el plano de lo inteligible, sino que se trata de la re-presentación en el sentido de que vuelve presente algo que está ausente. El sujeto es quien representa la presencia de la ausencia que se presenta incesantemente ante el significante y es aquello representado por otro significante.

En la noción de sujeto opera la escisión como condición necesaria para que a través de la palabra sustituya lo que le falta, es decir que introduzca una presencia en la ausencia y esta opere como condición de sujeción a lo largo de toda la cadena de significantes. El sujeto surge como efecto de corte de la intromisión de la función simbólica en tanto instancia trans-individual. La noción de sujeto no se confunde con la conformación del Yo, en tanto el Yo se constituye en la instancia imaginaria individual que resulta de los procesos de identificación alienante, que opera tratando de encubrir el efecto de la división que lo causa.

Retomamos, también, algunos aportes de Piera Aulagnier (1923-1990), psicoanalista formada en Francia, que plantea el ad-venimiento del Yo como una instancia anunciada en el discurso materno, que prepara las condiciones para que este de-venga en un espacio preexistente que se le impone. La autora plantea el carácter identificante del discurso materno que opera sobre el *infans* o cachorro humano, que posibilita que este despliegue sus experiencias para conocer y nominar las consecuencias afectivas de su realidad. Resalta el papel que juega el proceso identificatorio -resultado de la función relacional entre el *infans* con el deseo materno, el cuerpo, la realidad, la intromisión de la función paterna y los sucesivos encuentros con los otros representantes del campo social- en la constitución subjetiva.

El Yo adquiere en estos procesos relacionales puntos de referencias simbólicos que le permiten realizar su proceso de historización. Sugiere que abordar la noción de sujeto en psicoanálisis requiere hablar de la psiquis como “pluralidad de personas psíquicas”. Protagonista de una historia, el sujeto es la resultante de sucesivas remodelaciones y reconstrucciones sustentadas en las teorizaciones del yo y en el trabajo de simbolización que este hace desde el presente, apoyado en un fondo de memoria que se inscribe en el psiquismo a partir del impacto afectivo de los distintos aconteceres de su vida. El Yo se constituye en el historiador y en el narrador de sus propias causas.

- *Aportes de los estudios culturales contemporáneos* respecto a la problemática de la constitución del sujeto y la con-formación de la/s identidad/es. La articulación de autores enrolados en esta corriente se sostiene en su adhesión a la perspectiva de Mijaíl Bajtín (1895-1975), filósofo del lenguaje perteneciente a la Escuela Soviética, quien propone un modo de leer las perspectivas historio(bio)gráficas desde un dialogismo que hace de puente entre las discontinuidades culturales que se

producen en la lectura de narrativas ficcionales que pertenecen a tiempos y espacios precisos.

El autor propuso la noción de dialogismo como un modo plurilingüístico/translingüístico en el que se incorporan las escisiones, discontinuidades y movimientos heterogéneos de espacio/tiempo que se producen en los modos de re-leer el pasado. Reconoce que el presente no contiene al pasado de un modo homogéneo, sino que lo construye a través de procesos de re-significación sustentados en la posición relativa de quien lee y en el inacabamiento semántico del texto, que queda abierto en sus referencias al diálogo inacabado con quien realiza la acción de re-lectura. De este modo la historia al igual que la lengua son considerados procesos vivos, dinámicos, cambiantes en sus movimientos de significación.

El recorrido que propone este texto sigue el itinerario de los diferentes tópicos que están planteados en cada capítulo. El primero abre un conjunto de reflexiones acerca de los debates sobre naturaleza/cultura: ¿se nace hombre?, ¿se hace sujeto? Aborda la temática del binomio naturaleza/cultura para ubicar la emergencia de la constitución del sujeto humano a partir de la efectivización de la función simbólica. Para poner de manifiesto cómo a la base de todo modelo explicativo se cuelan las “creencias” acerca de la importancia que se le adjudica (o no) a la intromisión de la función simbólica en los procesos de constitución del sujeto, se analiza un caso relevante en la literatura del siglo XIX: *El salvaje de Aveyron*. Ese caso permite plantear el carácter performativo de lo cultural para considerar *civilizado* a alguien dentro de los códigos hegemónicos del poder, en el marco de una estructura societal, cultural e histórica determinada.

El segundo capítulo aborda la temática de la constitución del sujeto psíquico y la adquisición de un estatus social en el complejo entramado del *ethos* comunitario. Para ello se describen los itinerarios a partir de los cuales emerge el

Yo como aquella instancia psíquica producto de un *nuevo acto psíquico* que anuncia la sujeción a un orden organizado por el lenguaje. Desde allí se postula que el proceso de complejización psíquica es condición necesaria para que se despliegue la actividad mental representativa y la conformación de una identidad integrada en el de-venir de las expresiones de la subjetividad personal. A su vez, esta se encuentra atravesada por una subjetividad colectiva, a través de la cual la sociedad imprime su sello en la individualidad de los sujetos, y así coloniza los sentidos de la experiencia cotidiana.

El tercer capítulo propone una descripción de los procesos de con-formación intra-inter y transubjetivos en los que se performan las identidades sociales e individuales. Esos procesos se con-figuran a partir de la efectivización del acto de sujeción a un orden que ubica y asigna posiciones diferenciadas en el inter-juego de inter-cambios de acciones entre los miembros que integran ese orden. Desde esta perspectiva, no es posible pensar en la constitución de un Yo particular sin hacer referencia a los sistemas de representación de los que emerge, es decir, del campo social organizado a partir de las estructuras del lenguaje.

El lenguaje, en tanto sistema de re-presentación, *pre-existe* al acto de con-formación de un sistema identitario singular, que se particulariza en una identidad personal y que de-viene en múltiples subjetividades que se articulan en un cuerpo físico-biológico que opera como el sitio en donde se cristaliza lo estructural de la estructura sociocultural. De este modo, la materialidad real del cuerpo biológico se constituye en el soporte en donde se *performa* la atribución valorativa que impone la violencia de la significación y la irrupción de una imagen que opera como reflejo de la estructura simbólica.

En el cuarto capítulo se conceptualiza la noción de re-significación identitaria como condición para realizar otros trazos de sí mismo, y ad-venir/de-venir subjetivamente en otro/s de sí. El planteo se asienta sobre la premisa de que

la identidad personal es un continuo, que se elabora y reelabora a lo largo del curso de la vida. Ello supone un trabajo psíquico de otorgamiento de nuevos significados y sentidos a las versiones/visiones que el sujeto tiene de sí mismo a través de sus cambios. El Yo es lo que sobrevive de sí en el trabajo de resignificar-se dentro del acontecer temporal. El de-venir de las identidades de los sujetos a partir de la conformación de subjetividades se constituye en un producto y un proceso que liga lo innato con lo adquirido en el proceso de hominización socializadora. Se aborda también la cuestión de la con-formación de la/s identidad/es como sistema colectivo emergente, que caracteriza los modos de ser/estar de los sujetos, construidos en el marco de un espacio contextual e histórico que con-figura las distintas prácticas comunales.

El quinto capítulo aborda el concepto de narrativas vivenciales como un tejido ficcional a través del cual el yo de-viene en sí mismo. Se conceptualiza la noción de narrativas vivenciales como condición para que se haga efectivo el proceso de resignificación identitaria, a través del cual el Yo de-viene subjetivamente otro/s de sí y otro con otro/s. Proponemos el atravesamiento entre las categorías *narrativas vivenciales*, *identidad personal* y *resignificación identitaria*.

Este capítulo se asienta sobre la premisa de que la identidad personal es una construcción subjetiva que realiza el Yo de sí mismo y que se sostiene mediante los relatos narrativos que expresan los itinerarios que se han seguido en los procesos de historización. Estos relatos son verdaderas ficciones en tanto procesos de re-invenición en los que el Yo re-visa, re-crea y re-significa las versiones de sí mismo, mediante el cambio de posiciones subjetivas/subjetivantes que generan nuevas visiones respecto a los modos de ser/estar en determinadas condiciones de existencia. Mediante la noción teórica de *narrativa ficcional* se intenta dar cuenta del medio que posee el Yo para de-velar *algo* de sus procesos de construcción identitaria en el marco de coordinadas socioculturales a través de sus relatos biográficos.

El último capítulo aborda el papel del aprendizaje en los procesos de complejización psíquica y en tanto mecanismo de adaptación necesario a lo largo de todo el curso vital para sostener el trabajo de re-significación identitaria. El capítulo propone una visión del aprendizaje que desborda los clásicos enfoques instruccionales y sostiene que el aprendizaje es simultáneamente un proceso, un recurso y un contenido existencial inherente al despliegue vital y al de-venir de la identidad, que habilita la posibilidad de subjetivarse como un acto continuo a través de todo el recorrido del curso vital. En la última parte, se relaciona el aprendizaje con diferentes dimensiones del trabajo psicosocial que realiza el Yo para continuar integrado en las visiones/ versiones de sí mismo que apuntalen su integridad, mismidad y continuidad a través del acontecer temporal.

Finalmente, deseo expresar que esta obra condensa un largo recorrido de producción inicialmente ligado al ámbito de la psicología y ampliado al campo de las ciencias humanas y sociales. En ese recorrido, el diálogo y el trabajo con colegas de equipos de investigación y de cursos de posgrado en universidades nacionales y extranjeras ha sedimentado nuestra posición autoral y reafirmado el potencial de este aporte teórico al campo de la investigación narrativa y las identidades. En particular, deseo reconocer la contribución del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), en cuya carrera de investigador me desempeño y que constituye una plataforma institucional desde la cual he podido desplegar este enfoque en relación con diferentes temáticas propias de mi línea de trabajo o de los grupos institucionales de los que formo parte.

1

¿Se nace hombre? ¿Se hace humano? Reflexiones acerca de los debates sobre naturaleza/cultura

La cultura comienza con el lenguaje y el lenguaje es esencialmente traducción. Comienza en el interior mismo de cada lengua: la madre traduce al niño, el sabio a las palabras de los antiguos, el brujo a los animales y a las plantas, el astrólogo a las constelaciones (...). Traducir no es sólo trasladar sino transmutar. Esta transmutación cambia al traductor y a lo que traduce.

Octavio Paz

Desde fines del siglo XIX, las preguntas por el sujeto y por aquello constitutivo de lo humano desestabilizaron la concepción de inspiración cartesiana del sujeto de la modernidad. Esa concepción racionalista operó como piedra de toque de todo el edificio de las sociedades occidentales y como soporte de la ciencia moderna. Durante el siglo XX la cuestión del sujeto ocupó uno de los lugares centrales de las agendas de varias disciplinas de las ciencias humanas y sociales y renovó antiguos debates.

En lo que va del siglo XXI, con el retorno al campo social de las perspectivas biologicistas y deterministas impulsadas por la neurobiología, las neurociencias y la genética, parece necesario reponer en el debate conceptual la cuestión del sujeto humano. Plantear la cuestión del sujeto humano parece redundante, en tanto que el sentido común dictaminaría la homologación y equivalencia de ambos términos. No obstante, en un momento en el cual algunas corrientes teóricas distinguen la ontología

social entre animales no humanos y animales humanos y disputan el reconocimiento de derechos de la naturaleza y de otros seres vivientes, la afirmación de lo humano en el/del sujeto supone una apuesta teórica que habilite la posibilidad de refundamentar una perspectiva que sustente las corrientes actuales de indagación interdisciplinar.

Desde los primeros pensadores griegos el pensamiento filosófico acerca de la ontología de los seres ha abierto un debate que ha caído en el espacio común de establecer una dualidad entre materia y esencia, sobre la base de la cual se constituyen la mayor parte de los dualismos ontológicos, gnoseológicos y antropológicos. Esa dualidad no solo cumplió una función descriptiva y clasificatoria de los entes, sino que a través de ella se les atribuyó diferencias jerárquicas.

Herederas de este dualismo y a la sombra de esta manera de considerar la ontología de lo real, las teorías científicas han oscilado recurrentemente entre posturas realistas e idealistas. De estas últimas derivaron concepciones esencialistas que acentúan el carácter innato de algo constitutivo *a priori* como cualidad inherente al ser, mientras que de las primeras surgieron posiciones constructivistas que resaltaron el carácter constituyente de los procesos en los cuales el ser se va conformando a sí mismo *a posteriori* de su existencia. Las primeras posiciones fundamentan la naturaleza ontológica de los entes fenoménicos en la inmutabilidad del ser y en la irreversibilidad del tiempo; las segundas, en cambio, asientan sus postulados en la dialéctica de la mutabilidad del ser y de la reversibilidad del tiempo.

Superar el dualismo para reponer la pregunta por la constitución del sujeto humano

Nuestra interrogación acerca de la emergencia de la constitución del sujeto humano a partir de la intromisión/efectivización de la función simbólica torna explícita la adopción de un posicionamiento en ese debate. No obstante, con fines expositi-

vos retornamos al binomio naturaleza/cultura para dar curso a los interrogantes: ¿se nace hombre? O ¿se hace humano?

Desde las perspectivas esencialistas, abordar la naturaleza en oposición a la cultura supone atribuir a *lo natural* un carácter prelingüístico en tanto no instauración de lo simbólico. Ello remite a una instancia instintiva anterior a toda subordinación del poderío individual a las normas del derecho que regulan y re-presentan el poderío colectivo. Las normas regulatorias del orden social se inscribirían, de este modo, en esos atributos naturales de los que deriva su propia legitimidad y legitimación. Desde esta perspectiva, la naturaleza en estado puro supone el salvajismo de los instintos y la supervivencia del más apto como regla general. Numerosos debates contemporáneos retoman esa posición esencialista a la hora de abordar algunos debates de las políticas públicas relacionadas con la agenda biopolítica.

Por el contrario, desde una perspectiva constructivista y estructuralista es posible pensar a la naturaleza como el sitio en donde la especie humana, en tanto linaje, opera su proceso de hominización; proceso a partir del cual se produce el acto de sujeción a un orden cultural y simbólico que transmuta al individuo humano en sujeto social. De este modo, el escenario de lo natural se constituye en la condición necesaria para que se produzca eficazmente la intromisión de la violencia simbólica, que co-implica complementariamente a los pares naturaleza-cultura, individuo-sujeto, cultura-sociedad.

Estas posiciones polares (esencialistas o constructivistas) respecto del binomio naturaleza/cultura pueden apreciarse en la literatura científica acerca de los niños ferales u hombres lobos. En ella se pone en cuestión la ontología de la *naturaleza humana* y se abre el debate acerca de lo constitutivo del ser humano y la diferenciación entre lo humano y el proceso de hominización, en relación de oposición y/o complementariedad respecto de lo natural/selvaje/animal.

Cuando hacemos referencia a los niños ferales aludimos a aquellos seres encontrados en los bosques, que han

sobrevivido en condiciones de naturaleza pura, sin la asistencia de otro/otros ser/es humano/s, sin lenguaje y alejados de toda construcción societal cultural. Uno de los casos más resonantes y que tuvo derivaciones en la configuración de campos disciplinares y de instituciones especializadas fue el caso conocido como el Salvaje de Aveyron.

Este caso (basado en el hallazgo en el año 1787 de un “niño” en los bosques de la Bassine francesa) produjo en el siglo XIX uno de los debates más interesantes acerca de *la naturaleza del hombre* y sobre las condiciones de constitución del sujeto humano en relación con y dentro del orden cultural y simbólico. El foco del debate estuvo puesto en preguntas tales como: ¿cuáles son las condiciones por las que un individuo humano se constituye en un sujeto humano? ¿Qué es lo que permite el pasaje de la naturaleza a la cultura? ¿Se nace hombre? ¿Se hace humano?

Este debate inaugural -que prefiguró la agenda de numerosas disciplinas de las ciencias humanas y sociales a lo largo del siglo XX- puso en discusión los supuestos acerca de la importancia de la función simbólica en el desarrollo humano, el carácter performativo de lo social sobre el proceso constitutivo de la condición humana y la homologación de la especie humana a la nomenclatura genérica de “hombre”, sin distinción entre femenino y masculino.

Para describir el caso del salvaje de Aveyron, los informes de la época daban cuenta de que se había “capturado” a un “ser”, “un desgraciado sin cuidados de la humanidad”, un “salvaje en estado natural” al cual se le podría asignar una edad cronológica que oscilaba entre los 12 y 15 años. Este “salvaje” fue ex-puesto en exhibición pública en la plaza principal del lugar. La “captura” de este “ser” despertó una serie de discusiones que ocupaban la escena del campo de la psiquiatría hasta dirimirse en discusiones filosóficas. Nuestro entrecomillado resalta aquellos términos que en la discursividad de la época enfatizan su cercanía ontológica con el reino animal, más que su condición humana.

Los representantes que ocuparon el escenario de los debates científicos en relación con el caso fueron Philippe Pinel (médico y filósofo a quien se le reconocen aportes innovadores y fundacionales en el campo de la psiquiatría) y Jean Itard (médico especializado en la reeducación de sordomudos), quien le asignó al salvaje el nombre de Víctor.

Ambos teóricos difirieron acerca del diagnóstico de Víctor. Pinel realizó un informe para la Société des Observateurs de l' Homme en el cual exponía las condiciones en que se encontraba Víctor de la siguiente manera:

Conocemos todos los demás detalles sobre su vida desde que comenzó a formar parte de la sociedad. Pero su discernimiento, siempre limitado a los objetos de sus primeras necesidades, su atención, que sólo fija su vista en las sustancias alimenticias o en los medios para conseguir un estado de independencia al que se encuentra muy acostumbrado, la ausencia de desarrollo adicional de las facultades morales en relación con cualquier otro objeto, ¿no muestran que debe ser considerado como los niños que muestran idiotéz o demencia, y que no existe ninguna esperanza fundada de obtener éxito mediante una enseñanza metódica y verdadera? (Harlan, 1984: 76).

Con este informe Pinel señaló la dificultad de considerar a Víctor como el caso apropiado para estudiar el estado primitivo del hombre y para dilucidar los **protosentimientos** morales, que podrían presentarse como independientes de todo acontecer social. Por su parte, Itard sostenía que Víctor era perfectamente reeducable, para lo cual dedicó casi diez años a la administración de una “terapia moral” que consistía en un tratamiento médico-pedagógico cuyos objetivos eran:

vincularlo a la vida social, despertar su sensibilidad nerviosa mediante estimulantes más enérgicos, ampliar su campo de ideas creándole nuevas necesidades y multiplicando sus relaciones, inducirlo al uso de la palabra a partir de la imitación y bajo la ley de la necesidad (Karol, 1999: 79-80).

El énfasis de la reeducación estaba puesto en implementar estrategias tendientes a producir la intromisión de la función simbólica como aquella instancia re-presentante del orden de lo cultural. A pesar de todos los esfuerzos, Víctor no adquirió la función simbólica que le permitiese hacer uso de las representaciones semióticas ni la posibilidad de adquirir articulaciones fonéticas propias de la lengua hablada.

Al respecto Octave Mannoni (1979: 140) dirá que

Itard comprende perfectamente que el problema (de la constitución subjetiva de Víctor) no es de ninguna manera el mismo que el que plantean los sordos. Existe una diferencia radical entre un sujeto sordo de nacimiento, que ha vivido en un universo organizado por las estructuras del lenguaje, aun cuando nunca haya oído, y un sujeto no hablante por haber vivido siempre en el seno de la naturaleza muda. También se puede decir: porque ha vivido en la soledad y no tan sólo en el silencio.

Desde esta perspectiva, Mannoni advierte el nudo del planteo de Itard en tanto que permite pensar que Víctor no estaba imposibilitado de emitir palabras por una cuestión de incapacidad de sus funciones intelectuales, sino más bien como consecuencia de la deprivación de un entorno sociocultural configurado y habilitado mediante palabras que signifiquen y nominen las cosas, que le otorguen un sentido representacional a aquello susceptible de aprehensión sensorial. El problema de Víctor es que ha crecido en el silencio solitario de la proximidad con un Otro/otro semejante; un portavoz y portador de la función simbólica que lo signifique y le asigne un lugar dentro del desfiladero de la significación.

El ejercicio de la función simbólica por parte de un otro es la condición para que el cuerpo biológico se ubique en donde anida la palabra que complejiza el psiquismo incipiente del individuo humano, lo que permite el pasaje a la sujeción a/de las estructuras socioculturales organizadas

por el lenguaje. Esas estructuras performan el silencio de la naturaleza muda y la materialidad del cuerpo biológico, ofertando un sentido de significación que posibilita el despliegue de la re-presentación del relato fundante que actúa como condición para la narración de la experiencia historizante e historizable. A lo largo del curso vital el sujeto *re-crea* y *re-edita* el acto de sujeción a la cultura mediante el agenciamiento de su ligazón a un orden que sustantiva aquello que es objeto de objetivación.

El lenguaje en tanto instancia de re-presentación no solo codifica *lo real* situándolo en el orden de lo simbólico y en el reflejo de lo imaginario, sino que lo construye haciéndolo susceptible de decodificación. La función semiótica transmuta aquello que re-presenta y transforma a quien es el representante de tal representación. De esa manera la tangibilidad de la materialidad de las cosas no puede disociarse de la intangibilidad de su representación.

El de-venir de individuo humano a sujeto supone -como condición necesaria pero no suficiente- la dotación de un cerebro especializado y la aparición de un sistema nervioso que le permita ampliar los dominios de interacción entre el organismo y el medio; ello a partir de la diversificación de configuraciones sensomotoras, lo que hace posible la aparición del lenguaje y la autoconciencia. No obstante, la especialización cerebral no responde a un plan madurativo intrínseco, sino que requiere del concurso de la cultura. Con lo cual el proceso mismo de complejización biológica requiere de la interacción con otros seres humanos y la participación/inclusión en un sistema de significados y significaciones culturales (...). El individuo humano, al ser introducido en la trama de significaciones culturales, debe subordinar sus características que lo inscriben a un orden natural -como individuo perteneciente al linaje humano- para ligarse a un orden cultural y simbólico, que lo sitúa como sujeto y le provee de códigos culturales que a través de procesos adaptativos se terminarán inscribiendo en los códigos genéticos de la especie (Urbano y Yuni, 2005: 41).

Desde el constructivismo estructural y dialéctico no es posible pensar la díada naturaleza/cultura como entidades separadas, sino más bien como complementarias. La atribución del carácter *prelingüístico* de la naturaleza adquiere una re-significación en tanto que ella indica un *antes de* en el sentido de la temporalidad de la aparición de la función simbólica, pero no una posición respecto de la función. Es decir que en el *pre* ya se ha hecho efectiva la función simbólica pues se ha constituido como **acto** que mueve e inaugura la cadena de significantes y por eso la incluye. Por lo dicho no es posible hablar de naturaleza pura en un sentido esencialista -en tanto que la instauración de lo simbólico ha transmutado la ontología de *lo natural*-, al atravesarla desde la representación que le otorga un código que la significa, la incluye *dentro de* un orden de significaciones y actúa como condición de posibilidad para su conocimiento.

La función humanizante de la instancia simbólica

El binomio naturaleza/cultura se presenta como un par de opuestos contruidos mediante categorías de representación lingüística. Re-presentar la naturaleza supone categorizarla desde los márgenes de lo lingüístico. Por ello, asignarle un carácter *prelingüístico* a la naturaleza es una re-presentación representante de *lo lingüístico*. Esta categorización lingüística opera como un postulado gnoseológico acerca de la ontología de lo natural. En tal sentido recuperamos la distinción de Jerome Brunner (1997) entre *natura* y *nurtura*, en tanto que ella permite dar cuenta de que la naturaleza en su condición *prelingüística* es inaprehensible como tal, excepto a partir de las condiciones que impone el uso de signos y símbolos lingüísticos.

Reconocemos la pre-existencia de *lo real* más allá de las condiciones que posibilitan su aprehensión desde lo gnoseológico. *Lo real* es inaprehensible como tal sin la

inter-mediación de *lo simbólico*. Por ello el paradigma socio-crítico y el constructivismo epistemológico consideran que la realidad es un *real construido*. Esa construcción está condicionada por los procesos socioculturales que *performan* los *puntos de vista* a partir de los cuales los agentes sociales pueden concientizar reflexivamente las **formaciones discursivas** en las que participan y que de-vienen en actuaciones prácticas.

Desde la perspectiva constructivista, es posible pensar la tríada individuo/sujeto/sociedad como un sistema solidario e interdependiente en sus articulaciones dinámicas.

La sociedad es el producto de las inter-acciones entre sujetos, las cuales crean y recrean una organización que tiene cualidades propias, en particular el lenguaje y la cultura. Y esas mismas cualidades coactúan sobre los individuos-sujetos otorgándoles códigos de significados en el mundo. De esta manera, podemos decir que los individuos-sujetos producen a la sociedad; que la sociedad produce a los individuos-sujetos. Paradójicamente, el individuo-sujeto se convierte de producto en productor, y viceversa; razón por la cual, sólo podemos reconocer su autonomía en la dependencia e interdependencia con su medio (Urbano y Yuni, 2005: 41).

De tal manera que naturaleza/cultura poseen una relación de co-implicación, al igual que la tríada individuo/sujeto/sociedad. Ellas se entrelazan en los atravesamientos del campo simbólico que les asigna un lugar en los itinerarios de la representación, y los inviste así del atributo encodificación/decodificación en tramas de significación y sentido.

De ese modo, el sujeto humano es el lugar donde se hace efectiva la violencia de lo simbólico y el sitio en donde anidan las marcas/huellas que la estructura de las sociedades inscribe mediante el acto de amamantamiento de una lengua madre. Por ello, el sujeto humano será capaz de desandar reflexivamente los pasos a partir de los cuales él se constituyó como producto de un orden sociocultural

que imprimió sus matrices en el sistema de valores, creencias, pautas y actuaciones valoradas como ideales o recriminables.

Es a partir de esa acción reflexiva que el sujeto puede *versionar* el relato que lo constituyó como tal y que le permite aprehenderse en ese mismo acto de historizar-se. El sujeto continúa sujetándose a las narraciones que produce de sí mismo y que les otorgan sentido a los condicionantes a partir de los cuales ha de-venido en lo que es. Este relato producto de la acción reflexiva supone la condición de posibilidad de agenciar lo eminentemente humano.

El sujeto humano *re-crea* su acto de sujeción fundante en la acción de de-construir-se, re-construir-se y construir-se a sí mismo en el dinamismo *performante* de la palabra que teje y entreteje la significación que da sentido a un orden. El sujeto se objetiviza en la predicación de un enunciado y se sustantiva en la subjetivación de aquello que enuncia.

Al decir de Piera Aulagnier (1988: 147):

El Yo realiza un trabajo de interpretación de lo percibido, de una puesta de sentido sobre el mundo que lo rodea que implica el acceso al lenguaje como medio privilegiado para operar el pasaje de la significación. (...) A partir de poder nombrar lo que era innombrable, incognoscible, el sujeto se transforma en enunciante, en teórico. En el mismo acto de enunciación de un sentimiento, se autodefine el Yo. (...). El Yo no es más que el saber que el Yo puede tener sobre el Yo: si nuestra fórmula es exacta, ella implica, también, que el Yo está formado por el conjunto de los enunciados que hacen decible la realización de la psique con los objetos del mundo por ella catectizados y que asumen el valor de referencias identificatorias, de emblemas reconocibles para los otros Yo que rodean al sujeto.

Desde esta perspectiva, es posible pensar en la conformación del sujeto a partir de la intromisión de las estructuras del lenguaje que *performan* lo natural de lo biológico

y lo transmutan en un **intertexto** abierto al **inacabamiento semántico** susceptible de adquirir significación y sentido.

En el concepto de sujeto co-existen de modo complejo los sistemas biológicos, psicológicos y sociales. El sujeto particular es el producto del cumplimiento efectivo de la violencia simbólica. Es el re-presentante de un orden cultural organizado por las regularidades arbitrarias de un lenguaje convencional y colectivo, que ordena la vida de los sujetos signando con un código, de-signando con una nominación y asignando un lugar de pertenencia que opera como referencia dentro de campos sociales heterogéneos.

En el sujeto particular se singularizan las matrices sociales que operan como condición de posibilidad para imprimir en el cachorro humano aquellas marcas primigenias, que de-vendrán en huellas itinerantes de los procesos de sujeción socializadora propia de la **función humanizante**. La particularidad de un sujeto nos ubica en el entramado complejo de los procesos de constitución psíquica que son los que con-forman y con-figuran los procesos de elaboración de identidades y su aprehensión/portación en el de-venir de las subjetividades.

En el siguiente capítulo se propone un entramado teórico que intenta reconstruir los itinerarios a partir de los cuales el Yo emerge como aquella instancia psíquica, producto de un nuevo acto psíquico que anuncia la sujeción a un orden organizado por el lenguaje. Desde esa perspectiva, el proceso de complejización psíquica se constituye en la condición necesaria para el despliegue de la actividad mental representativa y la con-formación de una identidad integrada en el de-venir de las expresiones de la subjetividad.

2

El yo, colono colonizado por el imperio de lo cultural

Imaginemos que viviésemos en un mundo en donde no hay espejos. Soñaríamos con nuestro rostro y lo imaginaríamos como reflejo exterior de lo que hay dentro nuestro. Después... alguien, nos pondría por primera vez en la vida un espejo delante, ¡imaginémonos el susto! Veríamos un rostro completamente extraño y comprenderíamos lo que no somos capaces de entender: nuestro rostro no es nuestro Yo. Pero no vivimos en ese mundo. Así que tenemos que dejar de asombrarnos de que precisamente esto (lo que vemos frente a nosotros en el espejo) es nuestro Yo.

Rodrigo Cuesta

Pensar el modo en que la sociedad imprime su sello en la individualidad de los sujetos, colonizando los sentidos de la experiencia cotidiana, nos sitúa en la temática de la constitución del sujeto psíquico en el entramado complejo de las relaciones sociales articuladas por un *ethos comunitario*.

La constitución del sujeto psíquico supone un acto de sujeción a un orden simbólico que, a partir de los códigos lingüísticos, trans-muta aquello que es desde lo natural. La constitución subjetiva del sujeto conlleva un proceso de sujeción del que emerge el Yo, como proyección anticipada de la de-legación atribuida por el campo social a un Otro/otro que, al posicionarse como representante de la función materna/paterna, hace efectiva la intromisión del orden simbólico.

El acto de con-formación del sujeto remite al atravesamiento de órdenes (en tanto sistemas de estructuras) que permiten la transitividad de la necesidad -cualidad innata a todo ser vivo como individuo perteneciente a una especie del orden de lo natural- a la sujeción al orden de lo simbólico. Ello permite la adquisición de una estructura de representación organizada a partir de signos/símbolos lingüísticos que signan, asignan y de-signan lo natural a partir de lo propio de lo cultural. Ese pasaje de individuo de necesidad a sujeto de deseo supone la complejización del psiquismo individual, mediante el establecimiento de vínculos que ligan lo natural de la humanidad con lo cultural y colectivo del proceso de hominización. El devenir de las identidades de los sujetos a partir de la conformación de subjetividades se constituye en un producto y un proceso que liga lo innato con lo adquirido en el *continuum* de socialización humanizante.

El proceso de complejización del psiquismo requiere de un trabajo permanente de ligazón de la energía vital, de modo que conecte el orden de la necesidad autoconservatoria con los intentos de realización de deseos gratificantes, que se constituyen en los re-presentantes de lo representado. La co-implicación entre naturaleza/cultura e individuo/sociedad constituye la condición necesaria para que el acto de sujeción a un orden simbólico construido a partir de las estructuras del lenguaje devenga en la constitución subjetiva de un sujeto integrado en la diversidad de sus sistemas.

El acto de sujeción constituye el anclaje/andamiaje en/por el que el sujeto ad-viene en un momento fundacional. En ese acto el esquema corporal del individuo-sujeto se sujeta a la imagen de una re-presentación cultural, que constituye el anclaje en el que el Yo adquiere la capacidad de nominarse como objeto de conocimiento y de significarse en relación con otros objetos de la realidad. Esa posibilidad de significación pone en movimiento el de-venir de la propia historización y con ella el trabajo por referenciarse en la pertenencia a un orden.

El Yo se aprehende a sí mismo en la interpretación de sus significaciones, y de este modo se constituye en el colono colonizado por el imperio de la cultura. Sin embargo, el Yo para mantenerse sujetado al deseo de ser sujeto de re-presentación debe actuar como colonizador de su propia experiencia. Esa acción de colonizar la experiencia se constituye en la condición para que el Yo genere su ideal y circule en el juego del deseo. El deseo remite al orden de la gratificación, aunque su consecución se verá postergada por el *principio de realidad*. En esa dinámica el sujeto deberá realizar un trabajo permanente e inacabado por constituirse a sí mismo, como enunciación de una imagen ideal que se constituye en el objeto de su identificación.

El funcionamiento del aparato psíquico exige al sujeto la realización de un trabajo por ligar la energía biológica e instintiva (representante de la necesidad) a un objeto de satisfacción que se constituya en el re-presentante de la gratificación interna y que conecte la necesidad con el placer, de manera que transforme lo instintivo en *pulsión* como representación del psiquismo que contiene las huellas que imprime el objeto en el sujeto.

La emergencia del primer acto de consciencia se ins-taura en el de-venir de la huella que inscribe el primer objeto (la madre) en el sujeto. La inconsciencia es condición para que surja la consciencia como un acto de *alienación fundante* que permite el pasaje de individuo de necesidad a sujeto de deseo; sin que por ello la necesidad abdique en la búsqueda de satisfacción, ni el deseo sacrifique su gratificación.

El de-venir en sujeto de deseo supone la realización del trabajo psíquico de compensación de la tensión proveniente del interjuego de los instintos eróticos y destructivos. Ello permite al sujeto orientar sus fines hacia metas nobles que propongan al Yo la autoconstrucción de un proyecto identitario. Ese proyecto se constituye en la autoaprehensión del Yo en sí mismo, a través de las memorias de sus saberes

de tiempos historizados y mediante la elaboración de una imagen ideal que se oferta como meta.

El Yo se constituye en el acto psíquico de estructuración, que instauro el movimiento estructurante y estructurador, que es condición de la complejización de la actividad anímica. A partir del proceso de complejización psíquica, el trabajo del Yo consistirá en elaborar una identidad como aquel producto construido a partir de su propio proceso de individuación y como aquella entidad re-presentante de su subjetividad. Esta última se constituye en la síntesis que expresa la aprehensión a *imago*s identificatorias que constituyen el soporte de la elaboración de su autoproyecto.

El acto mediante el cual el Yo se constituye en el proyecto de sí mismo conecta el deseo primigenio de ser objeto colonizado por el deseo de Otro, con el acto re-creativo de ser un sujeto colono del propio deseo y constructor del ideal yoico. La elaboración de un ideal de sí constituye la acción a través de la cual el Yo se proyecta anticipadamente en su pertenencia a una referencialidad construida en/a partir de la multiplicidad.

El Yo: precipitación de una imagen en el espejo

El Yo ad-viene en el proceso mediante el cual se posiciona efectivamente en el cumplimiento de una función, constituida y constituyente de un “nuevo” acto de complejización psíquica. Ese acto psíquico supone la adhesión a

una *imago* identificatoria que se constituye en el prototipo inconsciente de personajes que orientan electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantaseadas con el ambiente familiar (Laplanche y Pontalis, 1981: 191).

El Yo constituye el acto psíquico mediante el cual se construye como objeto de amor, a partir de la incorpora-

ción de identificaciones que imprimen las huellas del objeto en el sujeto. De este modo, es posible pensar en el Yo como aquel re-presentante de la sujeción del sujeto que re-presenta la realidad, en tanto enunciante de un enunciado y en tanto producto objeto del investimento de su energía en sí mismo. En tal sentido, el Yo supone un acto de narcisismo.

Lacan, en su escrito sobre *El estadio del espejo* (1936) plantea que en el *infans*¹ se produce, alrededor del sexto mes, un extrañamiento frente a la refracción de su imagen frente a un espejo. Este extrañamiento es consecuencia de la tensión producida por la discordancia entre la imagen que se precipita como una totalidad y la insuficiencia motora que imposibilita al *infans* reconocerse como integrado. Ello produce en el *infans* una rivalidad entre la fascinación que despierta esta imagen como totalidad y las sensaciones corporales de fragmentación. Para resolver esa tensión el *infans* se precipita y anticipa en esta imagen, se identifica con ella como una manera de hacer frente a la amenaza de quedar fragmentado. A partir de este momento el Yo se reconoce en el espejo como aquella imagen que refracta.

Sin embargo, para que este *nuevo* acto psíquico acontezca es preciso que el Yo incipiente del cachorro humano encuentre su soporte en una *matriz simbólica* que actúe como continente. Es decir que cuente con un espacio habilitado/habilitador para contener la precipitación de la imagen como objeto. Esa matriz simbólica la constituye la mirada del Otro: la madre, quien en su incompletud demanda desde su deseo que su hijo se ubique en la posición de falo imaginario. La madre oferta una demanda de deseo con la cual se liga la necesidad del *infans*, quien se identifica con esta imagen refractada imaginariamente por la matriz

¹ Término empleado por Piera Aulagnier (1988) para designar al sujeto infantil que manifiesta un estado de indefensión tal que requiere para sobrevivir de la asistencia de un Otro primordial: este es quien ejerce la función materna.

simbólica. Esa identificación se constituye en la condición necesaria para que el *infans* se sujete al deseo de Otro y pueda precipitarse en la imagen anticipada de Otro.

El *infans* se ubica en el lugar de falo imaginario ofertado por la madre y adquiere el valor de esa imagen, por ello esta identificación se denomina narcisista. La oferta materna de una matriz simbólica, que actúa como continente, ubica a su hijo como falo imaginario y se constituye en la pantalla fascinante que encubre el lugar de la falta. Lugar de encubrimiento que ubica al *infans* en una posición dentro de lo simbólico y que le otorga un valor dentro de lo imaginario.

La identificación narcisista es aquella que permite la formación del Yo como aquella instancia que se anticipa precipitadamente a apropiarse de la imagen que aparece en el espejo. Apropiación que es un efecto de la fascinación que esta imagen produce; fascinación que se constituye en un engaño para el deseo pues se oferta como el lugar de encubrimiento de la falta. De ahí que, a partir de este acto psíquico constitutivo, el Yo se ubica en el sitio del desconocimiento de la conciencia de sí, desconocimiento que supone que hay algo que sabe que no sabe y que es del orden de lo inconsciente (Urbano, 2005: 2). Al respecto, Freud sostiene:

La expresión inconsciente (...) designa (...) ideas latentes que, a pesar de su intensidad y eficacia, se mantienen lejos de la consciencia... Lo inconsciente es una fase regular e inevitable de los procesos que cimientan nuestra actividad psíquica; todo acto psíquico comienza por ser inconsciente, y puede continuar siéndolo o progresar hasta la consciencia, desarrollándose según tropiece o no con una resistencia... (Freud, 1912: 1699-1700).

Al afirmar que el Yo se constituye en un lugar de desconocimiento, se hace referencia a que se ha efectivizado la *represión originaria* que posibilita el asentamiento de las futuras formaciones inconscientes. La represión

originaria constituye el primer momento de la instauración de la represión propiamente dicha, que escinde al aparato psíquico en los tópicos de los sistemas inconsciente y pre-consciente-consciente.

De esa manera se complejiza la dinámica de las transacciones libidinales a partir de la conformación de instancias o cualidades psíquicas que se co-implican entre sí: el ello, el yo y el superyó. Esas instancias psíquicas que expresan la co-implicación dialéctica de las formaciones de contenidos inconscientes y de aquellos contenidos pre-consciente-conscientes interactúan con los mecanismos de defensa que funcionan como censuras que impiden el retorno directo y transparente del acontecer inconsciente a la vida consciente.

El Yo: reflejo y refracción del por-venir de una ilusión

La formación del Yo supone un acto psíquico de ocupación de la imagen como un objeto de pertenencia propia. El Yo se identifica con la imagen que aparece en el espejo, y así se transforma en el reflejo de ella. Para Lacan el estadio del espejo constituye un acto de enajenación del Yo, en tanto representa el acto por el cual se transforma en su propia imagen. Es decir, se constituye en el primer objeto sobre el que deposita e inviste su energía libidinal.

El acto de con-formación del Yo posibilita la emergencia de un mundo de objetos en los cuales el sujeto puede depositar su energía libidinal como una manera de apoderarse de ellos para imprimirles su propio sello. El Yo se apasiona por los objetos de la realidad en tanto estos le permiten sostenerse en la permanencia de su propia imagen. A través de los objetos de la realidad el Yo despliega su deseo y energía a los fines de enmascarar su incompletud.

La función del Yo consiste en aprehenderse en la permanencia de ser idéntico a sí mismo a partir de la

identificación que lo liga a su imagen. Imagen que le pertenece y en la que se reconoce y encuentra. El acto psíquico que permite la formación del Yo lo sujeta al de-venir simbólico de la multiplicidad de enunciados que predicán algo acerca de sí como objeto de predicación y sostiene la ilusión de mantenerse invariante en la in-versión especular de los objetos en los cuales deposita su energía amorosa.

El Yo se aliena en su imagen y se fascina en la imagen de un semejante en el que deposita la ilusión de la no fragmentación. Lo propio de la sujeción del sujeto es el nuevo acto psíquico que permite la formación del Yo como aquella instancia que emerge de la fascinación performativa de la imagen (en este caso la matriz simbólica) que lo ubica en el lugar ilusorio de falo imaginario.

El narcisismo es el acto de sujeción del Yo a la imagen especular del deseo de Otro que oferta la demanda de encubrir su falta a partir de la refracción de una imagen de completud y permanencia contenidas en la apariencia de la forma. El Yo puede ser entendido como la precipitación de cristales: se une en las líneas de sus identificaciones y es susceptible de ser fragmentado por las mismas líneas en las que se unió previamente. De esta manera, el trabajo del Yo será tomarse como objeto de su propio deseo y re-conocer-se-en-la permanencia de su imagen. Para ello articula una versión de sí mismo, desde lo simbólico, que le permite hacer coincidir aquello que narra de sí con la permanencia de su imagen.

El Yo: en la intersección entre lo real, lo simbólico y lo imaginario

El Yo, en tanto cualidad psíquica, no responde a lo real del cuerpo biológico. Este está legislado por el orden de la necesidad y de la naturaleza pura. La formación del Yo es funcional al orden de lo simbólico, pues al enunciar un

predicado se desdibuja como sujeto. Lo propio de la constitución del sujeto es la sujeción al orden de lo inconsciente, cuya legislación responde a la repetición (no en el sentido psicopatológico) y al deseo.

El Yo es funcional al orden de lo simbólico pues esta es la instancia encargada de enmascarar los determinantes de lo inconsciente. El Yo se constituye en la precipitación del cristal que denuncia y designa la falta, instalada en el reflejo vacío de lo imaginario. *Lo imaginario* obtura la falta en la precipitación de una imagen con características de inercia, invariancia e inversión. De este modo, el Yo mediante la significación del significante nomina aquello propio de la dimensión real y enmascara, desde el desconocimiento, la emergencia abrupta de las formaciones de lo inconsciente.

Mediante lo simbólico el Yo enmascara, denunciando y otorgando existencia representacional a la falta, ya que el significante al signar, asignar y designar aquello susceptible de representación (pues tiene una existencia ontológica desde lo real) deja fuera algo de la aprehensión de lo real. De este modo, las dimensiones de lo real, lo simbólico y lo imaginario con-forman un orden dinámico en la estructuración del aparato psíquico. Orden que articula, de manera interactiva y transaccional, la necesidad, la demanda y el deseo.

Para Lacan lo real es lo que es. Es decir, es lo que no le falta al ser en tanto remite al acto de la necesidad que conecta la supervivencia en la preservación y autoconservación de los sistemas biológicos. Lo simbólico -mediante la intromisión del significante que ubica en el universo del lenguaje y que transmuta aquello que designa, al asignar un lugar de falta a lo que es- ordena desordenando aquello que es en lo real. Lo simbólico ordena instalando la pérdida de lo que es en lo real, a partir de la intromisión del significante que no puede aprehender en su significación la completud del ser. De este modo, lo real deja de ser lo que es, para trans-mutarse en real construido a partir de las estructuras del lenguaje.

El orden de lo simbólico denuncia la falta de aquello perdido en lo real. En tanto, lo imaginario *figura* obturando aquello que aparece como perdido, pues recubre aquello que falta mediante la cristalización de la imagen que funciona como desconocimiento del re-conocimiento de la falta. El Yo es la instancia psíquica que permite al sujeto, a partir del empleo de un enunciado simbólico, desconocer aquello que le falta. El Yo en tanto referente del sujeto hablante nunca se va a encontrar con lo real como tal, sino que lo hallará ordenado según las convenciones o leyes del lenguaje.

Podría ocurrir en algún momento que el Yo se encuentre con lo real, pero este encuentro no será de manera directa, ya que el Yo está separado de lo real a partir del ordenamiento introducido por el orden de lo simbólico. En otras palabras, el Yo sólo se encontraría con lo real *a partir de una ruptura del orden simbólico* (D'Angelo *et al.*, 2000: 81). De ahí que lo real nos remite al goce y lo simbólico al orden del placer. No es posible gozar desde lo simbólico sino a condición de que se produzca una ruptura en el ordenamiento de esta dimensión.

El Yo: intermediario entre la necesidad y el deseo

El Yo se constituye en la instancia psíquica que actúa como inter-mediario entre las demandas del ello (en tanto representante del orden de lo real que remite a lo natural de la vida instintiva) y las exigencias del superyó (que actúa como el portavoz de las interdicciones impartidas por la cultura, a través de las distintas instituciones sociales a quienes les delega la función de impartir las normas que regulan la con-vivencia entre sus miembros). De esta manera, el Yo se constituye en el intermediario entre la necesidad y el deseo.

El Yo es la instancia que encarna la demanda que conecta con el objeto perdido de la necesidad; perdido por la intromisión del lenguaje que al emplear el significante como el referente para de-signar al objeto renuncia a contener-lo desde lo real.

En ese mismo momento surge el precepto de la ley del deseo. Deseo que supone una demanda de algo que le falta y que se constituye en un significante que con-lleva en sí la imposibilidad de otorgar una significación total, por lo insignificabilizable de la aprehensión total del objeto por medio del lenguaje.

El Yo es el enunciante de la demanda y el inter-mediario entre la consecución del placer a partir de la realización del deseo, en las coordenadas espacio/temporales, como condición de posibilidad que impone la realidad. El Yo se constituye en el acto psíquico de sujeción a un significante que re-presenta la demanda del objeto de la necesidad, perdido en los desfiladeros del significante. El Yo demanda la incondicionalidad a un Otro que lo sostenga en la ilusión de que se oferte como garante de su no condicionalidad en la falta. Ilusión que se constituye en el pedido de una promesa de amor incondicional, que tropieza con la condicionalidad como instauradora de la ley del deseo. Este Otro demandado es también otro demandante.

La promesa de amor se constituye en uno de los soportes del narcisismo, cuyos pilares fundacionales se asientan en los *signos de amor* provistos por Otro/otro; signos que se constituyen en la re-presentación representante de algo para alguien. El despliegue de los signos de amor tiene por finalidad el encubrimiento de la falta. De ahí que el deseo es deseo de Otro. El Otro se constituye en la causa del deseo y es la condición para que se ponga en movimiento la demanda como la re-presentación del acto de sujeción a la cadena de significantes. El significante re-presenta un sujeto para otro significante. De este modo, la sujeción sujeta a un sujeto a Otro significante, que es el representante del orden simbólico que lo significa.

El Yo y la significación: ad-venimiento del proceso de historización

La posibilidad de construir significados supone que el Yo se haya *aprehendido* en los códigos de una lengua que le permita

articular-se organizadamente, a fin de otorgar significación a lo real a partir de la formulación de un enunciado. De ese modo, el Yo en tanto hablante se con-vierte en el enunciante/anunciante de un enunciado acerca de algo que percibe como objeto de interpretación.

El Yo se realiza a sí mismo en el acto de nominar, pues al otorgar significación a la realidad transfiere los códigos aprehendidos en la lengua y se aprehende con ellos. Es decir, en el acto de nominar el Yo utiliza los signos provistos por la lengua materna y de-signa con un nombre aquello que se presenta como objeto de conocimiento. El Yo en tanto sujeto hablante re-significa los significados colectivos de la lengua y los aproxima a los significantes subjetivos del habla. Por ello, todo acto de nominación constituye en sí mismo una puesta de sentido que conecta la interioridad del sujeto hablante a la sujeción de un orden estructurado a partir de las convenciones arbitrarias instituidas por el lenguaje. “El acto de nominación por parte del sujeto es, al mismo tiempo, un acto de enunciación, de interpretación y de autodenominación de su yo” (Karol, 1999: 89).

El Yo se realiza a sí mismo en el acto de nominación, asignando un nombre a aquello que no tiene nombre. Es decir, hace decible lo indecible de lo real. El Yo, al formular un enunciado decible de aquello del orden de lo indecible, liga una representación causal a una vivencia incognoscible en sí misma desde lo afectivo.

El Yo se autodetermina en el acto de nominación, y de este modo insntaura el movimiento del proceso secundario por medio del cual la realidad de lo simbólico ordena, desde la representación *ideica*, aquello que se presenta como real. El Yo se constituye en el intérprete de su propio enunciado, es decir, en el re-presentante de los enunciados de sí.

La existencia del Yo está dada por su capacidad de nominar, de interpretar los objetos del mundo y de otorgar significación a su *afecto sentido*. Por ello, el acto de significar es constitutivo del Yo en tanto que supone la puesta en juego de la inscripción de lo social que constituye el

origen de la subjetividad. Esta subjetividad inscribe al Yo en los desfiladeros de la aprehensión de las significaciones que le permiten auto-referenciarse en la equivalencia de su identidad y en la diferencia de sus semejantes.

El Yo como intérprete de sus enunciados ad-viene en teórico de su proceso de historización, a partir del cual va narrándose a sí mismo en los relatos constitutivos y constituyentes de su identidad. De este modo, el Yo se construye en el espacio de un tiempo historizado.

La historia por la cual un sujeto se cuenta y se asume como tal exige, al igual que toda historia, que el primer capítulo no sea una serie de hojas en blanco; a falta de ello, el conjunto de los demás correría el riesgo de que un día una palabra al inscribirse, las declarase pura falsedad. Su particularidad establece que este capítulo sólo pueda escribirse gracias a los testimonios de aquellos que pretenden saber y ser los únicos que recuerdan lo que el autor ha visto, percibido, escuchado en ese momento lejano en que se escribió. “Yo nací”...; de ese primer momento, necesario para que exista la historia, el sujeto no puede saber nada más, como tampoco puede prescindir de ese saber: de ahí que lo tome necesariamente prestado del discurso de los otros (Aulagnier, 1994: 225).

El Yo: colono colonizado y colonizador de su experiencia cotidiana

La formación del Yo se hace efectiva a partir de la irrupción de un nuevo acto psíquico mediante el que se identifica con lo especular de su imagen. La imagen es anterior a la idea. Por lo cual, el proceso de nominación le posibilita al Yo ingresar al universo de las imágenes percibidas a partir de un contenido representacional.

El Yo interviene en el funcionamiento de los procesos secundarios, los que están conformados por el pensamiento vigil, la atención, el juicio, el razonamiento y la acción controlada. Los procesos secundarios tienen por función

inhibir el proceso primario mediante el aplazamiento de la satisfacción que rige el principio de placer, a partir de las condiciones impuestas por la realidad, ligando la energía psíquica a una representación. De este modo, el acto de significación es condición necesaria para la existencia del Yo y para el despliegue de toda actividad mental.

El acto de significación inscribe al Yo en categorías espacio/temporales susceptibles de historización, en la medida en que estas adquieren un estatuto de sentido mediante el trabajo de interpretación. El estatuto de sentido que emerge del acto de significación atraviesa al Yo en la complejidad del tiempo historizado. El Yo enuncia un saber desde su presente, le permite realizar una re-visión acerca de su pasado y anticipar-se en un proyecto identificatorio futuro, al que adscribe como una manera de mirarse en una imagen ideal a la que aspira.

Sin embargo, para que el Yo se inscriba en la narración historizante de sus tiempos, es necesario que las primeras páginas de su relato sean escritas por una “mano extranjera”. “Ese relato sólo puede ser revelado a ese sujeto en constitución por esos otros significativos, porque ese sujeto deberá estar inscripto en una memoria que no es la suya” (Karol, 1999: 92).

Por lo antes dicho, el Yo emerge como colono colonizado por el deseo de Otro que lo ubica en su imaginario como aquel significante que en-cubre su incompletud. El Yo le pone el cuerpo a la necesidad de este Otro, quien a cambio le otorga el sentido significador que lo sujeta a la mirada deseante de constituirse en un ideal de perfección. El Yo emerge del ideal de un Otro que lo ubica como un *Yo ideal*: completo, integrado, ubicado en el lugar de en-cubridor de la propia falta. En lo sucesivo el trabajo del Yo consistirá en apuntalar-se en el deseo de Otro para aprehender-se en su propio deseo. El Yo está interpelado, desde la realidad, a colonizar su experiencia cotidiana.

El primer acto de constitución psíquica es aquel a partir del cual el Yo se enajena a sí mismo en la aprehensión de

una imagen que adopta como propia a partir de la identificación. El Yo es la imagen que aparece en el espejo. Acto psíquico que unifica la vivencia corporal a la experiencia psíquica. A partir de este acto, al que Lacan designa como *alineación fundante*, el Yo debe realizar un trabajo constante por mantener la sensación de integridad y continuidad de sí mismo, mediante la apropiación de su deseo en el ad-venir como su propio ideal.

En lo sucesivo, el trabajo de complejización psíquica consistirá en que el Yo se auto-nomine y diferencie de la mirada ajena. Para ello debe transitar por los desfiladeros del proceso de auto-referenciar-se en las versiones historizadas de la complejidad de sus tiempos. El Yo se transforma en su propio proyecto. “Proyecto que es autoconstrucción permanente del Yo por el Yo, que permite un continuo movimiento, del cual depende la propia existencia del Yo” (Karol, 1999: 92).

La tarea del Yo está orientada a aprehender-se permanentemente en el acto de ligar su energía libidinal a objetos de la realidad, que se constituirán en los puntales a través de los cuales circula el deseo de completar lo que le falta. De ahí que el Yo esté interpelado a constituirse en el propio proyecto de su ideal. Proyecto que tiene por función “ofrecer al Yo la imagen futura hacia la cual se proyecta, (así) como preservar el recuerdo de los enunciados pasados, que no son nada más que la historia a través de la cual se construye como relato” (Aulagnier, 1988: 174).

El yo como acto de referenciación del sí mismo

La acción de sujeción del Yo a las estructuras del lenguaje supone la síntesis reflexiva que convoca el acto de posesión del *mí mismo*.

El Yo es un acto de ocupación del sitio egocéntrico, yo hablo. “Mí” es específicamente la objetivación del Yo. (...) “Yo soy

mí mismo” quiere decir que el “mí” no es exactamente el “yo” (...) sino que es un acto de objetivación y diferenciación, de este “yo” que aparece “como el puro surgimiento del sujeto” (Morin, 1994: 74).

El surgimiento del Yo constituye un acto psíquico de consciencia que sitúa al Yo en el conocimiento de sí mismo. El Yo es idéntico a sí en la continuidad de sus versiones que ligan sus discontinuidades. La noción de identidad es entonces un acto de conocimiento y de re-conocimiento, mediatizado por el “mí”, que permite tratar objetivamente al ser sujeto. El *mí*, que es la objetivación del sujeto, remite al *sí*, que es la entidad corporal. En el *sí* están incluidos el yo y el mí. Surge aquí un principio de auto-referencia, mediatizado por el *sí*, en donde “Yo puedo tratarme a mí mismo”, referirme a mí mismo”, porque necesito un mínimo de objetivación de mí mismo, a la vez que permanezco como yo-sujeto. Este principio de auto-referencia liga el “sí mismo” del Yo a la equivalencia: semejante/diferente, que ubica lo propio en relación con lo ajeno. “Y así se opera la distinción entre sí/no-sí, mí/no-mí, entre el yo y los otros yo” (Morin, 1994 : 75).

En esta acción de auto-referenciarse, el Yo se auto-identifica con la imagen ideal de su deseo y de-viene en los itinerarios de su subjetividad. En tanto que la identidad es el producto de las interacciones entre el sujeto y el sistema social al que pertenece, la constitución del sujeto en la construcción de su identidad, a partir del de-venir de sus subjetividades, funda/hunde sus raíces en los intercambios relacionales y sociales. Ello hace que sujeto y sistema se constituyan recíprocamente, ya que el sujeto toma consciencia de sí en la relación-delimitación respecto de los otros y su contexto.

El sujeto se constituye como idéntico a sí en el *reconocimiento de sí* o *auto-reconocimiento*, lo que le posibilita hablar de sí y actuar diferenciándose de los otros afirmando la propia diferencia. Sin embargo, el reconocimiento de sí que

posee el sujeto necesita de un *reconocimiento intersubjetivo* o *hetero-reconocimiento* para poder constituir su identidad. La posibilidad de distinguirse de otros debe ser reconocida por los otros. La unicidad que se produce y es mantenida a través del auto-reconocimiento y que se expresa con la afirmación “Yo soy mí mismo” se apoya a su vez en la pertenencia a un grupo; es decir, en la posibilidad de situarse en el interior de un sistema de relaciones.

3

El yo: espacio en donde los ecos de las representaciones resuenan/ estallan en subjetividades

No hay ninguna naturaleza, sólo existen los efectos de la Naturaleza: la desnaturalización o la naturalización.

Jacques Derrida

Reflexionar acerca de los procesos que conforman la constitución de los sujetos en el entramado de inter-relaciones de las sociedades y las culturas del que emergen identidades sociales y que apoyan su expresión en subjetividades (individuales y colectivas) obliga a reconsiderar la cuestión de las representaciones representantes del orden simbólico.

Vivimos en un universo construido por re-presentaciones, por lo que la aprehensión de lo real solo es posible mediante construcciones simbólicas que transforman y performan la naturaleza pura de lo real. Las representaciones operan como una pátina que re-cubre y en-cubre aquello que es en sí y sin las cuales no podríamos llegar al conocimiento del fenómeno a través del cual los objetos se hacen evidentes para el sujeto.

Las representaciones se constituyen en la intersección mediadora entre aquello que es en sí mismo, las construcciones de significado en torno a ello y la manifestación de ese significado que se materializa en la asunción de un fenómeno que se hace visible a la percepción. Ese fenómeno puede ser objetivado a partir de la elaboración descriptiva, interpretativa y explicativa de aquellas características que presenta en su materialidad, las que adquieren

sentido desde las estructuras de significación que organizan su percepción.

Todo acto discursivo se constituye en el re-presentante de un conjunto articulado de representaciones que adquieren y otorgan sentido a las cosas, en la arbitrariedad por la que han constituido su eficacia simbólica alojándose en la memoria de la sociedad. Los discursos sociales se imbrican con prácticas que son manifestaciones materiales que producen y recrean los efectos de aquello latente en su eficacia simbólica. La deconstrucción de los procesos mediante los cuales las prácticas son *performadas* a partir de la discursividad produce un efecto de concientización reflexiva que permite desnaturalizar aquello naturalizado y posibilita a los sujetos agenciar sus procesos de cambio.

Sin embargo, el acto mismo de de-construcción al develar instauro un nuevo velo que desplaza un nuevo ocultamiento que podrá ser objeto de otra acción de-construccionista. El acto de de-construcción se institucionaliza en un nuevo discurso social que se materializa en una práctica de actuación que instituye como oposición su propio instituyente.

La instancia simbólica: urdimbre en la que se entretejen entramados de re-presentaciones

No nos damos cuenta de la prodigiosa diversidad de juegos de lenguaje cotidianos porque el revestimiento exterior de nuestro lenguaje hace que parezca todo igual.

Ludwig Wittgenstein

Antes de la palabra no existía la realidad. Aquello era lo que es, sin nominación ni designación alguna. Lo que es, existe *a priori* de aquello que nombra a lo que es. Estamos en el entramado dialógico de aquello real que es lo que existe *per se*, lo que nombra a lo que es construyéndolo a partir de lo simbólico y del reflejo

imaginario que refracta una imagen que hace presente la visión obtenida a partir de un punto de referencia en el que se asienta “la vista tomada desde un punto”. Estamos en un universo construido por cadenas de significantes, que se unen en la acción de significar algo que es susceptible de ser aprehendido a través de la re-presentación.

Re-presentar es hacer presente algo que está ausente. La re-presentación ocupa el lugar inaprehensible de lo real *per se*, sustituyendo la (im)posibilidad de acceso a lo que *es en sí* por y con la presencia de un significante. Re-presentar supone aprehender lo que *es* desde un código que, en el momento de efectivizarse, trans-forma aquello que nombra, lo contiene en parte y pierde aquello que es en sí.

El *ser* es inaprehensible en su forma pura. La re-presentación desde lo simbólico vivifica aquello que hace presente. Trae al presente aquello ausente. Hace visible algo que no está a la vista. Hace presente la ausencia. Toda re-presentación deja un lugar vacío para que se cuele un significante. Las re-presentaciones son las representantes de la ausencia, y por ello están *signadas* por la marca de aquello que le falta al signo/símbolo para designar al Ser. Llevan inscriptas en sí su imposibilidad de hacer transparente y visible lo real del ser. En el intento de aprehenderlo estructuran desde lo lingüístico aquello que re-presenta el ordenamiento de las normas regulatorias, instauradas por aquellos que tienen en sí la autoridad de conferir sentido a la realidad.

Acerca del proceso de etiquetamiento simbólico que opera como atribución de identidad

Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.

Ludwig Wittgenstein

El proceso de sujeción de los individuos humanos a los sistemas sociales se opera a partir de un acto de violencia simbólica.

Mediante él se asigna un código semiótico que signa arbitrariamente a un orden legislado por las estructuras del lenguaje. El individuo humano antes de ser sujetado a *lo simbólico* es acogido en una estructura de significación que lo nomina con un código significante lingüístico que es previo a su condición de existencia. Dichos códigos se imponen arbitrariamente, signando un lugar susceptible de ser interpretado e interpelado en el marco del uso arbitrario de ellos.

El acto de sujeción opera otorgando un código de sentido para la designación de *lugares* que habilitan la existencia desde la re-presentación de este individuo perteneciente al linaje humano. Constituirse en sujeto supone operar desde un lugar de significación designado arbitrariamente y aprehendido como propio a partir de la adhesión desde la pertenencia. De este modo, cada sujeto entra en la trama de significación de lo simbólico, a través de la naturalización de los códigos que son aprehendidos por medio de los contactos socializantes.

El sujeto es con-formado a partir de la designación externa, condición de referencia que le otorga un lugar de reconocimiento dentro de las estructuras sociales. Ese lugar de reconocimiento conlleva en sí la de-signación de un concepto que representa una idea y que contornea los límites de la apariencia de una imagen en la que se manifiesta. Este reconocimiento a partir de la designación externa distribuye en su asignación un valor social en el cual se conjuga la semejanza y la diferencia de la singularidad de cada sujeto que se constituye en un Yo. De esa manera, el Yo actúa como re-presentante de la estructuración lingüística y como portavoz de los enunciados de esa estructura.

La constitución del Yo puede entenderse como aquella instancia psíquica capaz de sujetar-se a su propio enunciado. El Yo se constituye en el sujeto que enuncia y adquiere consciencia de sí en los predicados de su enunciación. De este modo, el surgimiento del Yo ubica al sujeto en el reconocimiento de sí a partir de la apropiación de los conceptos provistos por la cultura.

El Yo re-presenta el acto a partir del cual el sujeto personaliza su propio nombre. Desde lo lingüístico, el Yo es un pronombre que puede sustituir al nombre o ubicarse delante de la

acción. De ahí que lo característico de su atribución lo constituya la singularidad desprovista de género. Desde lo psicológico, el *Yo constituye el momento* a partir del cual se expresa la apropiación a un orden cultural y simbólico. Acto de complejización psíquica que permite operar el pasaje de individuo de necesidad –ejemplar perteneciente al campo de la naturaleza pura– al sujeto de la re-presentación.

El surgimiento del Yo constituye un acto de afirmación de la singularidad de la existencia. Esa afirmación supone la apropiación de un cuerpo que adquiere unicidad y se esquematiza a partir de la re-presentación de su imagen. El Yo constituye la referencia de la conciencia en la que esta se re-presenta; es decir, la conciencia del Yo constituye su propia re-presentación. La identidad personal está constituida por el conjunto de autoconceptos que el Yo reconoce como re-presentativos de sí mismo. Todo acto de conciencia sitúa al Yo en el centro de sí mismo, pues es quien emite sus predicados a partir de la posición de sujeto cognoscente.

El sistema social: espejo en el que se refleja y refractan semejanzas y diferencias

No conocemos gente sin nombre, ni lenguas o culturas en las que no se establezcan de alguna manera distinciones entre yo y el otro, nosotros y ellos.

El conocimiento de uno mismo –siempre una construcción pese a que se considere un descubrimiento– nunca es completamente separable de las exigencias de ser conocido por los otros.

Calhoun

El Yo se constituye en aquella instancia psíquica que sintetiza en sí los contenidos que referencian su identidad. La identidad personal que caracteriza al Yo en tanto sujeto cognoscente se configura en relación con la proximidad

que le confiere el reconocer-se en los vínculos con *otros* semejantes. Estos vínculos de proximidad en los cuales el Yo reconoce su pertenencia le permiten incluir-se dentro de un *nosotros* con el cual identifica su semejanza y, a la vez, diferenciar-se de un *ellos* en el cual deposita su diferencia.

El Yo se implica a sí mismo en la membresía a un colectivo que opera como grupo social de pertenencia, con el cual constituye una unidad diferenciada y diferenciable. La adhesión a un colectivo implica al Yo en las inter-acciones englobadas en la paridad de relaciones re-presentadas a partir del *nosotros*, que se oponen y diferencian frente al *ellos*.

La condición para que el yo se identifique con su propia unicidad la constituye la alteridad con lo ajeno. Surgen así los colectivos que son clasificados a partir de una denominación que los engloba dentro de una etiqueta que opera como designación externa. Estas etiquetas se valen de categorías hegemónicas como el sexo, el género, la etnia, la edad y la orientación sexual. De acuerdo con el valor social que con-lleven en sí, estas categorías se constituirán en “bienes” simbólicos apreciados o depreciados, condicionando así la deseabilidad de apropiación por parte de los sujetos designados.

Estas categorías suponen modos de re-presentar a los sujetos a partir de criterios de de-signación externa, que se constituyen en representaciones sociales en tanto funcionan como

conjuntos organizados de creencias compartidas por los miembros del grupo y localizadas en la memoria social (...) Las representaciones sociales constituyen el medio por el que las personas como sujetos de cultura aprehenden y se apropian de los hechos de la vida, del ambiente propio, de la información que circula en él. Son modos de interpretar, pensar, categorizar la vida cotidiana que en gran medida se forman, cambian y reproducen a través del discurso aunque éste no sea la única práctica social a tomar en cuenta en la aproximación al conocimiento de lo social. (...) Las

representaciones sociales son parte del conocimiento de sentido común, son construcciones con estatus de teoría ingenua que sirven para interpretar la realidad y para (orientar) la acción (Yuni, Urbano y Arce, 2003: 22-23).

Las categorías que circulan a través de los discursos sociales se alojan en la memoria colectiva y se materializan en prácticas que proyectan los criterios de clasificación en los colectivos de sujetos. Estos reciben esas categorías como etiquetas a partir de las cuales se los reconoce e identifica en el campo social. Los atributos asignados a esa identidad social pueden estigmatizar a ciertos colectivos de sujetos o prestigiarlos, según el valor social que se atribuya a la diferencia que portan y sostienen como baluarte identificadorio.

La estructura social se conforma a partir de un proceso de diferenciación, clasificación y segmentación que opera agrupando a los sujetos de acuerdo con clases/categorías en que los ubica conforme a una posición de poder, según la acumulación del capital simbólico o económico que posean. La acumulación de bienes culturales y materiales delimita el acceso a campos sociales que diferencian las condiciones que los sujetos tienen para la satisfacción de sus necesidades primarias y secundarias. La posición relativa en el campo social performa los puntos de vista a través de los cuales los sujetos definen y diferencian aquello que es primordial de lo secundario. De este modo, el entramado social está organizado a partir de estructuras que descansan en la desigualdad y la asimetría de los intercambios distributivos. Estos se expresan en interacciones de oposición complementarias entre los sujetos que intentan acceder a posiciones de igualdad.

Lo performativo del etiquetamiento social sobre la materialidad real del cuerpo singular de los sujetos

En la pared hay un agujero blanco, el espejo. Es una trampa. Sé que voy a dejarme atrapar. Ya está. La cosa gris acaba de aparecer en el espejo. Me acerco y la miro; ya no puedo irme. Es el reflejo de mi rostro. A menudo en estos días perdido, me quedo contemplándolo. No comprendo nada en este rostro. Los de los otros tienen un sentido. El mío no. Ni siquiera puedo decir si es lindo o feo. Pienso que es feo porque me lo han dicho. Pero no me sorprende. En el fondo, a mí mismo me choca que puedan atribuirle cualidades de ese tipo, como si llamaran lindo o feo a un montón de tierra o a un bloque de piedra.

Jean-Paul Sartre

El cuerpo social imprime su sello sobre los cuerpos singulares de los individuos a los que sujeta a un orden cultural. Esa impresión funciona como ley que institucionaliza los estatutos de constitución social, que regulan “normativamente” las condiciones y atributos de clasificación, a través de los cuales se les otorga a los miembros de una comunidad un lugar visible. El cuerpo social se constituye *por y de* los cuerpos particulares de sus miembros, a los que les ha impuesto un código de atribución de sentido y de valoración social. Este se pone en juego en la trama inter-activa de los inter-cambios sociales.

El cuerpo real de cada sujeto particular es atravesado por lo simbólico en el mismo momento en que comienza a desplegar su desarrollo y adquiere el estatuto de un lenguaje susceptible de de-codificación y, por ende, de de-construcción en los procesos que han performado sus condiciones de existencia. El carácter performativo de *lo simbólico* se manifiesta en el registro re-presentante de un orden social y cultural, que contiene en sí aquellas convenciones arbitrarias que imponen el sentido de las significaciones

consideradas válidas y que operan como normas que regulan las posiciones de los sujetos dentro del campo social.

El cuerpo material de cada sujeto se constituye en el espacio en donde se co-implica la inmaterialidad del significante simbólico re-presentante de la re-presentación y la materialidad que hace visible algo que está contenido en la significación. Por ello, no es posible pensar en el cuerpo físico-biológico como *lo concreto* pre-existente a todo acto de nominación, sino más bien como el sitio en donde habita la palabra que se corporiza en una imagen; en este caso, la imagen corporal.

En el cuerpo real de cada individuo singular, se articula lo performativo de lo simbólico y la refracción anticipada de una imagen que aparece como figura y hace semblante de sombra, ya que al visibilizar de-vela e instauro su propio velo. En la categoría simbólica *cuerpo* se articulan las significaciones de las categorías sexo y género. Estas instauran regularidades normativas que imponen las condiciones en que este cuerpo de-signado mediante un sexo *debe* normalizar sus acciones, con-forme a las atribuciones determinadas por el género.

De esa manera el sexo y el género se materializan matrizando operativamente al cuerpo biológico a través de los procesos de sexualización y de generización; a partir de ellos se pre-figura aquello que se manifiesta en una apariencia que adquiere determinado valor en el inter-juego de las relaciones sociales en las que el sujeto co-participa activamente.

Los sujetos portan sus cuerpos con-forme a los aprendizajes sociales realizados en la trayectoria de su desarrollo. Esos aprendizajes serán significativos en tanto re-presentan aquellas adquisiciones de conocimientos y saberes valorados por el sujeto que van transformándose en el curso de la vida. No obstante, la significatividad de lo aprehendido no es del todo original, sino que responde a la matriz social propia del contexto socio-cultural en sus variaciones históricas, en la que el sujeto despliega su experiencia vital.

La co-participación de cada sujeto en el entramado social está impregnada de aspectos socioafectivos performativos que le permiten portar su cuerpo para expresar *su modo de ser*. Los procesos de sexualización y generización son parte del engranaje de la socialización y funcionan como condición de reconocimiento de las diferencias de sexo (consideradas de base anatómica) que han sido categorizadas como norma.

Los sujetos naturalizan las diferencias sexuales anatómicas y les atribuyen una normatividad en la portación de caracteres que se valen de lo generizante para instaurar en sus comportamientos el par binario masculino/femenino. De esa manera la estructura cultural opera el acto de sujeción a un orden en donde lo natural de las diferencias sexuales anatómicas se transmuta en una asignación de cualidades conforme a la división binaria de lo pasivo/receptivo/delicado/introspectivo a lo femenino y lo activo/dativo/rudo/extrospectivo a lo masculino.

El cuerpo real de los sujetos se inviste de atributos simbólicos que actúan como máscaras sociales que lo encubren a la manera de pátinas y que se solapan corpóreamente, de modo que le otorgan una materialidad polisémica y polifónica. Es decir, el cuerpo real es atravesado/construido por la instancia simbólica que performa su actuar y le otorga un valor a su existencia en el escenario de lo social.

El cuerpo real de cada sujeto se compone de/por articulaciones complejas de sentidos y voces que lo codifican a partir de significaciones que le otorgan una posición en el inter-juego de lo social. Este cuerpo se convierte en objeto de diseño no solo desde su apariencia física/material, sino también desde su significado inmaterial en tanto que es el representante de las representaciones de un orden socio cultural.

La aceptación que el/los sujeto/s tiene/n de la portación de su propio cuerpo estará condicionada por las normativas de lo que proponga como valioso el contexto socio-cultural de cada época. Desde esta perspectiva, es

posible pensar que las diferencias sexuales a las que se les ha atribuido un carácter generizado son portavoces de las asimetrías que tienen los sujetos en la capacidad de influir sobre la construcción de significación respecto a su cuerpo y su corporeidad. “Afirmar que las diferencias sexuales son indisociables de las demarcaciones discursivas no es lo mismo que decir que el discurso causa la diferencia sexual” (Butler, 1993: 18).

Si bien las diferencias sexuales asientan su existencia en el orden de lo biológico, la atribución de sentido y de valor otorgado a estas diferencias va por cuenta de las construcciones semióticas que tienen eficacia simbólica sobre ellas. De este modo, se opera un proceso de corporización sobre los cuerpos reales y materiales de los sujetos, mediante las atribuciones de valor simbólico que demarcan la importancia de estos cuerpos en función del sexo, la edad, la etnia y la clase social.

Los sujetos portan sus cuerpos conforme a las convenciones del orden cultural del que devienen lugares diferenciales asignados según la portación de estos caracteres. De ahí que se establezca una asimetría en la valoración social de estos cuerpos y en la ubicación de los sujetos que los portan en el campo social.

La distribución valorativa implícita en las representaciones sociales condiciona el lugar que los sujetos tienen en el engranaje de oportunidades socio-culturales y que se imprimen como un sello en la portación de sus cuerpos. La actuación de los sujetos dentro del campo social se expresa a través de sus actuaciones corporales. Ellas responden a los esquemas internalizados de las pautas que han normalizado sus cuerpos mediante la formación de hábitos y la educación en las convenciones sociales propias del contexto de pertenencia.

En tal sentido el cuerpo material de cada sujeto es el depositario de la matriz inscrita en el proceso de socialización. En el cuerpo de los sujetos se corporizan las improntas de las etiquetas sociales que lo nominan. De este modo, este

cuerpo será el semblante de las articulaciones operadas por los atravesamientos de las categorías género, edad, etnia y clase social, a las que se les agrega la orientación sexual.

El atravesamiento de estas etiquetas sociales condiciona el acceso a las oportunidades de los sujetos, y así refuerza las asimetrías entre ellos. Esas asimetrías ubican diferencialmente en posiciones de poder a los sujetos y dividen a las sociedades en clases que constituyen “una expresión de (la) desigualdad innata e irremediable” (Freud, 1932-33: 3213) de las estructuras organizadas en torno a las normativas del registro simbólico.

Sin embargo, las asimetrías distribuidas por las estructuras sociales a través del acto de sujeción no son acatadas resignadamente por los sujetos. La adscripción de los sujetos a los lugares sociales asignados por las estructuras simbólicas está condicionada por la designación externa que funciona como norma clasificatoria:

Cada sujeto se constituye como idéntico a sí en el “reconocimiento de sí”. Sin embargo, el reconocimiento de sí que posee un sujeto necesita de un “reconocimiento intersubjetivo” para poder constituir su identidad. La posibilidad de distinguirse de los otros debe ser reconocida por los otros. La unicidad que se produce y es mantenida a través del autorreconocimiento, que se expresa con la afirmación “Yo soy mí mismo”, se apoya a su vez en la pertenencia a un grupo, es decir, en la posibilidad de situarse en el interior de un sistema de relaciones (Urbano, 2005: 5).

Por otra parte, ¿qué sucede cuando el/los sujeto/s no adscriben el lugar social que les otorga la estructura simbólica a partir de la designación externa? ¿Qué sucede cuando la re-presentación no re-presenta aquello que nomina y ubica al/a los sujeto/s en un lugar *no deseable*? ¿Quién desea poner el cuerpo a aquellas representaciones que sitúan en el lugar de exclusión de las normas regulatorias? ¿Quién desea parecer lo que no siente que es?

En las encrucijadas y fracturas que producen las re-presentaciones no representativas de la realidad

La metáfora consiste en dar un nombre a una cosa que corresponde a otra produciéndose una transferencia.

Elina Matosso

Lo real es construido por lo simbólico que refracta el reflejo de una imagen con la que se le asigna una materialidad. La intangibilidad de lo simbólico se entrelaza con la tangibilidad muda de lo real y se asimila a las refracciones imaginarias de la forma a la que adscribe. A partir de la nominación la re-presentación aleja el ser de lo que es y lo acerca a lo que puede ser; nominación que se liga a un parecer que se hace tangible a la visión. Sin embargo, *no todo lo que es parece reflejarse de la misma manera, ni todo lo que parece es aquello que ha sido nominado.*

Y es aquí en donde continúa el antiguo debate de los filósofos clásicos acerca de la dualidad entre la materia y la esencia; entre la idea inmaterial y la imagen que le da forma material. De una parte, se postula que la nominación intenta re-presentar algo susceptible de ser representativo para la re-presentación y de allí se valida su verosimilitud; por la otra, se plantea que al nominar no se re-presenta adecuadamente ni la idea inmaterial, ni la imagen que le otorga cuerpo material a lo simbolizado desde la re-presentación.

Hay re-presentaciones que al nominar de-forman y disocian la idea de la imagen. Esas re-presentaciones no representativas distancian lo inaprehensible de lo real, al otorgar un *no lugar* que hace visible lo invisible. Sin embargo, aquello no aprehendido desde lo re-presentativo de la representación puja y pugna por ser vivificado y para expresarse en un cuerpo material, en el que emerja la voz de una palabra capaz de otorgar un lugar y una posición representante de aquello que quedó fuera.

Algunas re-presentaciones no de-signan adecuadamente aquello que representan, y lo ubican en un lugar en el que presentifican lo inadmisibile para aquel orden que posee el poder para imponer el sentido de la nominación. Tal re-presentación instituye la subversión que hace presente aquello que se ubica en el sitio de lo ominoso y prohibido. Esta re-presentación es portadora y portavoz de lo nomina-ble a partir de lo abominable; por ello constituye *el lugar* en donde se ubica lo inaceptable e incomprensible poniendo un velo en aquello que pretende de-velar. Velo inherente a toda re-presentación que se refuerza a sí mismo en la violencia de la interpretación al no dar lugar a los sujetos para que otorguen sentido sino que, más bien, los codifica sin otorgarles el derecho a hacer uso de tal codificación.

Estas representaciones representantes de lo siniestro provocan horror ante la posibilidad de ocupar la posición signada por una asignación con la cual se designa lo abominable. Ese horror se inscribe en los cuerpos de quienes son etiquetados bajo la ley de un estigma y genera diversas acciones defensivas que abarcan la gama de la negación y la renegación, hasta formas sintomáticas de reacción. Si bien estas acciones defensivas responden a estructuras particulares de personalidad, también se aprehenden en el intercambio con aquellos otros que ponen el cuerpo a esta asignación abominable. Los sujetos etiquetados con categorías de de-signación externa desvalorizantes se ven interpelados a afrontar y re-significar los criterios de atribución social a fin de elaborar una identidad personal conforme a sus autodefiniciones.

Agenciar la identidad para desplegar la subjetividad

Cada sujeto se encuentra constantemente agenciando sus procesos de constitución identitaria y de con-formación de sus subjetividades. Entendiendo por subjetividad

... esa interioridad hecha de huellas, representaciones, pensamientos, sentimientos, en fin... de fantasías, (que) se apoya, se sostiene y modela en los grupos, el cuerpo, la cultura y el aparato psíquico. Cuando alguno de esos soportes o apuntalamientos flaquea, se produce una crisis (Singer, 1998: 254).

Agenciar supone atravesar, afrontar y resolver esas crisis que interpelan el sentido de continuidad y unicidad de *la posición subjetiva* elaborada por el sujeto, y que le exigen resignificar sus sentidos a partir de un trabajo de afirmación u oposición de sus enunciados. Ese proceso de agencialidad implica atravesar los itinerarios del tiempo y de las significaciones construidas en las inter-acciones e inter-cambios con Otro/otros re-presentante/s de lo humanizable, quien/es opera/n simultáneamente como condición de posibilidad y como frontera a la originalidad.

El acto inédito de constituir un Yo singular encuentra su frontera en el límite que plantea el corporizar una imagen que refleje la apariencia de la orientación de las elecciones asumidas. Es en esta intersección entre lo real, lo simbólico e imaginario del cuerpo de cada sujeto en donde opera el vacío del significante. Vacío que es condición de posibilidad para ser ocupado por un código que nomine desde la re-presentación y que pre-figure el semblante de una apariencia. Este vacío del significante es condición para que el campo social realice la operatoria de encodificar con códigos móviles, dinámicos y polisémicos que renueven las ofertas de significados y sentidos que puedan ser aprehendidos por sujetos para referenciarse en sus procesos de re-significación.

Mediante sus dispositivos culturales el campo social genera nuevos significados y sentidos que continúan la operatoria de etiquetamiento y les permiten a los sujetos agenciar sus procesos de identificación, según su adhesión a la representatividad de aquello que se oferta como representación. Cada sujeto toma en préstamo las creencias, valores, significados y sentidos provistos por el campo social y

realiza un trabajo inédito de significación, que le permite asignar-se representaciones que lo designen conforme a sus procesos de identificación. En ese proceso de autonominarse y de emprender el trabajo de re-inventar-se, el Yo queda sujeto a los imperativos de las exigencias implícitas en los ideales del campo social propios de la época en la que se despliega su proceso de constitución subjetiva.

4

Subjetividades: trazos del de-venir otro/s de sí

Gracias quiero dar al divino
Laberinto de los efectos y de las causas.
Por la diversidad de las criaturas
que forman este singular universo,
Por la razón, que no cesará de soñar
con un plano del laberinto, (...)
Por los ríos secretos e inmemoriales
que convergen en mí, (...)
Por el lenguaje, que puede simular la sabiduría,
Por el olvido, que anula o modifica el pasado,
Por la costumbre,
que nos repite y nos confirma como un espejo,
Por la mañana,
que nos depara la ilusión de un principio, (...)
Por el sueño y la muerte,
esos dos tesoros ocultos,
Por los íntimos dones que no enumero,
Por la música, misteriosa forma del tiempo.

Jorge Luis Borges

Este capítulo intenta conceptualizar la noción de resignificación identitaria como condición para realizar otros trazos de sí mismo, y ad-venir/de-venir subjetivamente otro/s de sí. El Yo en su trabajo de complejización psicosocial se construye a sí mismo mediante la participación en los intercambios que acontecen en los procesos de socialización humanizante. El Yo singular se constituye en su unicidad, mismidad e integridad a partir de las referencias provistas

por el campo social y entreteje su subjetividad singular a los significados y sentidos de la subjetividad colectiva; en un interjuego que posibilita sostener lo inédito de ser sí mismo, a condición de re-significar sus visiones/versiones de sus modos de ser/estar en sus condiciones de existencia.

Sujeción, subjetivación, subjetividad: trazos itinerantes del de-venir identitario

El acto de subjetivación supone inscribirse en los códigos de Otro/otro en una relación que co-implica lo idéntico de sí a lo asemejable a un otro. Lo inmaterial de la representación transmuta lo material del cuerpo biológico. De este modo, el cuerpo real se transforma en el escenario en donde lo simbólico lo re-presenta (lo hace presente en las ausencias) a través de un código lingüístico que lo torna susceptible de adquirir significación y sentido y lo adscribe a una forma imaginada.

El acto de sujeción a un orden cultural y simbólico se asienta en una política de subjetivación que sienta sus bases en la asimetría del deseo de un Otro que signa, designa y asigna un lugar dentro de una estructura de significación. Este Otro es condición de posibilidad, en tanto sus posibilidades están condicionadas a un universo de re-presentación que lo hace ser un otro junto a otros. La alteridad se construye en relación con la otredad.

Ser sujeto supone estar sujetado a un orden organizado a partir de las estructuras del lenguaje. Estructuras paradójicas que constituyen sistemas de sistemas que aparentan descansar en el monologismo homogéneo y unívoco del referente que re-presenta. Sin embargo, las estructuras del lenguaje están en constante vigilia con el dinamismo del referente, que ubica a la re-presentación en campos de referencias múltiples, abiertas, permeables al dialogismo móvil entre referente, narrador y lector. El sujeto se constituye

en el sitio en que se produce el diálogo controversial de referencias múltiples, que intentan dar cuenta de los procesos del ser siendo a través de la ocupación de espacios temporales en donde circulan, chocan, se entremezclan y estallan sentidos existenciales.

El sujeto se constituye en el narrador que referencia sus procesos de historicidad a partir de la lectura de los trazos de sí. Estos le han posibilitado acceder a la posición subjetiva de ser sí mismo. El sujeto interpreta, decodifica e inviste de nuevos referentes y significados a la trama simbólica que inscribe su historia singular en las coordenadas de una historia colectiva, en el acto de lectura de los itinerarios que ha transitado para esbozar los trazados que otorgan sentido a su experiencia existencial temporal. De ese modo, el sujeto construye un texto de sí que contiene de manera organizada diversas versiones, visiones y narraciones que intentan dar cuenta del de-venir histórico de hacerse a sí mismo en el trabajo de vivir.

Ser sujeto es estar sujetado a las trampas ficcionales del lenguaje, en tanto el sujeto es quien enuncia un predicado y el predicado es quien anuncia a un sujeto. Sujeto y predicado son posiciones móviles que adquieren sentido en relación con un contexto. El contexto constituye el espacio intermediario en el que se expresa el debate que pone en crisis las referencias cerradas, canónicas, institucionalizadas de los modos de ser/estar dentro de las estructuras sociales, los modos de relación con el/los otro/s y *las tendencias* de lo que es definido como creación cultural.

El sujeto es trazado por los trazos de un contexto semiótico que lo inscribe dentro de campos sociales

cargados de sentidos subjetivos y de procesos simbólicos que se desdoblán en un conjunto de figuras sociales que habitan en esos espacios: discursos, representaciones, códigos, normas, moralidad, que están instituidos en un espacio social y definen la carga subjetiva de esos espacios (Díaz Gómez, 2006: 244).

El acto de subjetivación constituye un proceso continuo que realiza el sujeto en pos de posicionarse de modo singular y subjetivo frente a los modos de ser/estar propuestos por los campos sociales. El sujeto se objetiviza/ subjetiviza a través de las lecturas de las narraciones que realiza de sí mismo. En ese mismo acto construye los trazos que tejen su subjetividad.

La subjetividad es un sistema que se constituye en la historia de una persona desde la multiplicidad de consecuencias de la trayectoria social de un sujeto singular, y que es inseparable de la producción de sentidos subjetivos de ese sujeto (...). La subjetividad se forma socialmente, pero no es la “suma objetiva” de lo vivido; representa una producción arbitraria y distorsionada de la experiencia vivida que se produce a partir de un momento real o imaginario en que un espacio de esa experiencia se carga de emocionalidad y se desdobra en múltiples alternativas simbólicas. O sea, ese proceso se da a partir de la experiencia vivida, pero no representa una expresión inmediata de esa experiencia, pues esa producción sólo se da a través de las configuraciones subjetivas de cada sujeto en momentos concretos (Díaz Gómez, 2006: 245-246).

El sujeto se constituye en el sitio en que habita la intertextualidad contextual y dialógica de sentidos múltiples. El sujeto referencia su experiencia vital a través de narraciones que predicen el de-venir de sus elaboraciones psicoemocionales respecto de los cambios, la temporalidad y la proyectualidad.

A la vez, el sujeto es referenciado por un contexto que lo ubica en los intersticios de prédicas que aluden a cómo debe pensar, actuar y sentir según las normas regulatorias asignadas a su/s colectivo/s de pertenencia, inscriptas en coordenadas socioculturales particulares. De este modo, sujeto y predicado constituyen posiciones móviles que participan de la dialéctica referente, narrador y lector. De acuerdo con quién se ubique en la posición relativa de narrador/lector, el referente variará otorgando dinamismo

al inacabamiento semántico en la asignación de sentidos múltiples.

Acerca de la identidad y su resignificación

La identidad personal se constituye en un continuum (Erikson, 2000). Es el producto de un proceso que articula las instancias de conformación intra-inter-transubjetivas en las que se performan las identidades individuales y colectivas. Desde esta perspectiva, no es posible pensar en la constitución de una identidad personal sin hacer referencia a los sistemas de representación en los que ella emerge y que operan como condición de posibilidad otorgada por el campo social organizado a partir de las estructuras del lenguaje (Yuni, Urbano y Arce, 2003).

La identidad personal

... supone la síntesis e integración de las autodefiniciones que el sujeto tiene de sí mismo. Es decir, la forma en que el sujeto se define, se describe e interpreta en tanto ser único y particular. (...) Se construye en el interjuego e interacción que se produce entre el auto-reconocimiento y el hetero-reconocimiento (Urbano y Yuni 2001: 52).

Por su parte, Inés Dussel sostiene que algunos “autores contemporáneos definen a la identidad como ficciones narrativas que nos dan un sentido de permanencia en el tiempo y de pertenencia a grupos determinados, que se construyen a través de la historia” (2000: 4). La identidad personal, en tanto síntesis, contiene las versiones que un sujeto realiza de sí mismo. Esas versiones esbozan los trazados de un argumento que el sujeto sostiene en un relato y en las narraciones que dan cuenta del de-venir subjetivo que la experiencia vivencial extrae al acontecer temporal.

A partir de sus ficciones narrativas el sujeto relata la historia de su historia, inscribiendo en este trazo subjetivo

el acto del de-venir otro/s de sí. De-venir que expresa en el producto narrativo la integración de diversas versiones, visiones y registros cognitivos/afectivos respecto a la posición adoptada frente a los eventos vivenciados. De ahí que el entramado de estos argumentos “se teje en una malla de emociones y de desdoblamientos simbólicos, tan complejos, que no es regulado en forma inmediata por la intencionalidad del sujeto, ni por su capacidad consciente de elaboración, ni por sus discursos elaborados en el lenguaje” (Díaz Gómez, 2006: 245).

Los relatos que el sujeto realiza de los trazados e itinerarios que otorgan sentido a su acontecer temporal son ficciones narrativas, en el sentido de que adquieren el estilo de un texto novelado que ubica lo real del acontecimiento vivido en el registro de una construcción simbolizada imaginariamente. En la reconstrucción e interpretación del evento real que efectúa el sujeto narrador/lector de su itinerario vital, apela a la fantasía (consciente e inconsciente) y así produce una distorsión. El evento real es tamizado en la experiencia vivenciada subjetivamente y ubicado en un sistema organizado temporalmente, en el que, a partir de la atribución de sentido existencial que le confiere el sujeto, le imprime la jerarquía de evento significativo.

El acto por el cual el sujeto inscribe y se inscribe en las narraciones de los procesos representativos de su historicidad le permite sostener una identidad personal integrada en los aconteceres subjetivos de su temporalidad. Ese acto supone un trabajo constante de otorgar nuevos sentidos a la mismidad, a fin de incorporar dentro de la experiencia vital el de-venir de otros modos de ser sí mismo. Surge así un relato que genera una sensación de continuidad e integra las discontinuidades de tiempos, espacios y modos de aprehenderse subjetivamente, a través de procesos de subjetivación particulares, en el marco de contextos colectivos subjetivantes. Es que

... en la medida en que el ser humano entra en relación con otros y con cada espacio particular –existe un proceso de subjetivación que no es simplemente su subjetividad individual, sino la del espacio que está articulándose, y ahí siempre existe una tensión– esa relación entre la subjetividad social y la subjetividad individual toma desdoblamientos singulares, pues el sujeto tiene que producir espacios en esos espacios sociales (Díaz Gómez, 2006: 243-244).

De esa manera, la identidad personal se re-crea en el trabajo de otorgar sentido al diario vivir. Entendemos el acto de re-significación identitaria de la siguiente manera:

Re-significar supone actualizar las significaciones de los esquemas construidos a partir de conceptos individuales que se desacomodan de los lugares de significación e intercambian en la acción comunicativa. Mediante ella los sujetos realizan un movimiento de acomodación/desplazamiento de los autoconceptos que constituyen la versión de sí mismo. Esto exige el trabajo por re- visar/reordenar los modos de mirar/evaluar/valorar las acciones realizadas a través del tiempo y otorgarles un nuevo sentido en pos de una acción que incorpore y asimile los cambios. Trabajo interno de reelaboración que puede ser sostenido u obturado por los dispositivos ofrecidos por el contexto social (para hacer efectiva) la transmisión (de la cultura) (Urbano, 2006: 6-7).

En su trabajo de subjetivación cada sujeto realiza una reconstrucción de los itinerarios de sus procesos de historización y reactualiza las visiones/versiones que tiene de sí mismo respecto de su temporalidad en los quehaceres de su vivir. Estas reactualizaciones del acontecer temporal ubican al sujeto como narrador de su relato vital. Ese relato puede hacerse gracias a que el sujeto, en sus posiciones móviles, se ubica como el testigo de sí mismo; es quien testifica acerca de los trazos e itinerarios en los que ha de-venido quien es.

Esta acción de re- visar la propia historia supone una re-lectura de las versiones de relatos pretéritos que se

re-éditan en el presente. Re-lectura que muestra un cambio en los puntos de apoyo que le permiten al sujeto elaborar nuevas visiones sobre las que se asientan las actualizaciones de sus procesos de historización, su significación y sentido. Así el sujeto se constituye en el autor, protagonista, lector y relator de su propio texto historizante. Y es en estos procesos de historización en donde el sujeto re-significa su identidad personal y rescata, en sus relatos, lo que sobrevive de sí a través del acontecer temporal.

Políticas de subjetivación: dispositivos performativos en los que circulan trashumantes el deseo, la subjetividad y el pensamiento reflexivo/creativo

Los diferentes dispositivos culturales (que remiten a variados modelos organizacionales) operan como redes sociales de contención en los que simultáneamente se materializan procesos de socialización y políticas de subjetivación. Los dispositivos se constituyen en escenarios en donde se actúan los diversos modos que el sujeto tiene de aprehender-se subjetivamente.

Los procesos de subjetivación también están regidos y regulados por políticas de subjetivación que performan las alianzas que se establecen entre el Yo individual/personal con un Otro/otro particular/colectivo. En esas alianzas se hacen efectivos inter-cambios de necesariedades, sistemas de valores y creencias, modos de actuaciones y pautas de comportamientos.

La dimensión política de los procesos de subjetivación nos sitúa en los antagonismos y paradojas de las fuerzas que nutren los procesos de creación de diversas composiciones de tejidos sociales. Estos procesos creativos resultan de las interacciones entre las políticas de subjetivación y los procesos de agenciamiento que realizan los sujetos particulares, en pos de posicionarse frente a sus procesos

de subjetivación. “La subjetivación es el proceso mediante el cual permanentemente se da esa integración simultánea entre los espacios individual y social” (Díaz Gómez, 2006: 244).

Mediante su acción el sujeto ejerce un impacto sobre los sistemas de representación social y define una posición dentro de los sistemas de referencia en contextos socio-históricos específicos. Las políticas de subjetivación tejen las tramas que conectan los procesos de identidad personal a la asunción/adscripción/ocupación de una identidad colectiva.

La identidad se configura en los procesos de interacción del sujeto en su participación en los dispositivos culturales. Interacciones que son elaboradas, interpretadas e interiorizadas por el sujeto individual y a partir de las cuales se organiza la experiencia vital según las convenciones arbitrarias del lenguaje. “El lenguaje tiene una naturaleza social (...) es producto de una sociedad y expresión de una cultura (...) se adquiere en la comunicación y en el diálogo con los demás” (Mayoral i Arqué, 1998: 42).

A través del amamantamiento de la lengua materna el lenguaje opera como condición para que se efectivice el acto de sujeción, mediante la co-participación del sujeto en las políticas que rigen los procesos de subjetivación. En el sujeto la lengua materna resuena como una polifonía de voces que remiten a otros y que adquieren diversos sentidos polisémicos. Al respecto, Germán Vargas Guillén (2006: 166) dirá:

Así, pues, puede afirmarse que somos lenguaje, pero no nos agotamos en él. Hay un plus del lenguaje en que somos pasivamente constituidos, aunque ese “fondo” o “trasfondo” constituido se halle en el lenguaje o a través del lenguaje, hay una “fuente” que no se agota en él. (...) el sujeto mismo puede ser constituido con el lenguaje, pero lo que él mismo tiene –porta y comporta– es un plus que puede ser aquello a lo cual se refiere el lenguaje o aquello que queda insinuado

por él mismo; es decir, puede tratarse de un “referente” o de un “horizonte”.

Ese plus que porta el sujeto lo saborea a través de la lengua materna que ha sido otorgada por la mano de un Otro primordial como representante de la cultura.

El primer Otro estará representado por la función materna, quien a partir del abastecimiento de la necesidad introducirá algo del orden de lo vincular que será objeto de representación, pues supone el agregado de algo más que la acción material de proveer cuidado y nutrición. Ese algo más es del orden de la significación y el sentido con que este Otro ejerza esta acción (Urbano y Yuni, 2005: 44). Este Otro nutre, asiste, arrulla, mimó, toca, abriga, habla, imagina a su bebe (cría humana) como sólo un sujeto con una subjetividad constituida puede hacerlo (Karol, 1999: 84). Este Otro desde su propia necesidad reconoce o desconoce la necesidad del cachorro humano, la gratifica o descalifica, (...) desde su acción y significaciones, que no son sólo individuales sino también sociales, significa a la vez la experiencia del infans, contribuyendo a determinar cualidades de los objetos internos y formas de interpretación de la realidad (Quiroga, 1990).

La polifonía semiótica de la lengua madre comienza a desplegarse desde los orígenes de la constitución subjetivante. Es aprehendida a través de la inclusión en los dispositivos dispuestos por la cultura para su transmisión. Desde su génesis, esa polifonía de voces actúa como una fuerza ciega determinante propia de lo inconsciente. De ahí que

... el sujeto no se autocomprende en un mero acto proposicional; como tampoco en el discurso, ni en el diálogo. Todos estos “momentos” abren mundo; en ellos también hay autoengaño, justificación, ideología, fe y otros ámbitos que “encubren” y en otros casos “recubren” la subjetividad; de modo que ella no se dice y no se muestra de manera transparente, ni prístina (Vargas Guillén, 2006: 166).

El sujeto es constituido a través de procesos de objetivación subjetivante, por medio de la pluralidad de voces que emergen de la lengua madre y que hacen del sujeto el sitio en donde habita el habla. Es que el sujeto

... se constituye de manera pasiva en el mundo del lenguaje que habla su entorno y va traspasando fronteras del lenguaje, hasta que llega a fungir en mayor o menor medida como lugar o agente del habla. Cuando (se) funge como voz en medio de un contexto: son los otros quienes le otorgan ese "poder". Sus oídos y sus ojos, sus rostros, con sus respectivos cuerpos, al dispensar(le) su atención, pasivamente (lo) constituyen como un lugar del habla. (...) La voz (del sujeto) es parte de la polifonía de los otros (Vargas Guillén, 2006: 167).

El sujeto se aprehende a sí mismo en la síntesis activa que pone en juicio su experiencia de vida. A través de la revisión reflexiva y crítica de la experiencia vivida, el sujeto hace uso de su voz mediante la palabra que otorga sentido -desde su perspectiva- a las categorías, posiciones y expresiones que le han sido otorgadas por las voces de padres, maestros, libros y agencias culturales.

En la acción reflexiva el sujeto sitúa en perspectiva aquello que resuena desde un *trasfondo* que le permite otorgarle un valor de propiedad a la otredad, objetivizando las resonancias de las voces que lo constituyen, y se subjetiviza en la entonación de su voz. De este modo, el sujeto se agencia en su voz como *otros de sí*, en diálogo interno con las voces que con-forman su horizonte comunitario. "Y en ese paradójico despliegue del habla va apareciendo la voz de la ciudad, de la nación, de la cultura, de la época" (Vargas Guillén, 2006: 167).

En su bio-grafía el sujeto elabora los trazos que inscriben su experiencia vivida en las validaciones que hacen suyo el sentido de apropiarse con su voz de aquellos ecos que resuenan de las marcas instauradas en la intersubjetividad, en las acciones realizadas en los dispositivos culturales que demarcan los contornos de su experiencia vital. Los

procesos de producción creativa del acto de subjetivación engendran sus condiciones de posibilidad/imposibilidad en las marcas que han dejado en el sujeto las huellas de los dispositivos culturales. A través de esas marcas se imprime, a la manera de código, la violencia simbólica que adquiere eficacia en las acciones que intentan (de)codificar los sentidos y significados de lo que aparece escrito como texto bio-gráfico.

El texto bio-gráfico se manifiesta en una narrativa que pretende hacer un relato de los itinerarios y desplazamientos que el sujeto ha transitado para arribar a la síntesis de sí mismo. Ese texto de-vela los hilos que entraman trazos de sentido que se expresan en formas discursivas engendradas en vistas tomadas desde un punto del campo social y personal. El relato argumental se oferta en una variedad de tramas argumentales integradas y coherentes, que son presentadas como un todo que, en el mismo acto de develar, oculta los itinerarios y trayectos que han hilvanado los espacios, tiempos y movimientos discontinuos, disruptivos, heterogéneos, paradójicos y antagonistas del proceso de constitución subjetiva.

El texto bio-gráfico posee un intertexto que se abre a la multiplicidad de interpretaciones. Texto bio-gráfico/narrador/lector se enlazan en sus condiciones de otredad. Es decir, interactúan desde la alteridad que los define como un todo autónomo, abierto a los flujos de interpretación intra, inter y transubjetiva. De este modo, texto bio-gráfico/narrador/lector circulan en espacios, tiempos y movimientos socioculturales heterogéneos, diferenciados y diferenciables.

Texto bio-gráfico/narrador/lector se constituyen en otredades que conectan los dijes de la necesidad, la demanda y el deseo a procesos políticos de subjetivación. Procesos a partir de los cuales se engendran, figuran y transfiguran las itinerantes subjetividades que circulan a la deriva: a veces a la intemperie; otras sin posibilidades de ver cielo abierto, tapadas tras el silenciamiento e invisibilización de

su expresión; otras distorsionadas en el exceso de interpretación.

A partir de una geopolítica del poder, en la que se encuentran imbricados la subjetividad y el deseo, las posibilidades que tiene el sujeto para desandar los trazos que han configurado los itinerarios, trayectos y destinos seguidos en los procesos políticos de subjetivación engendran sus propias condiciones de imposibilidad. Esas condiciones de imposibilidad se generan en los entrecruzamientos de las diferentes capas de realidad, impuestos por la heterogeneidad de la composición formal de los tejidos sociales y de las fuerzas que agitan los marcos de referencias, de modo que otorgan sentido a las formas de discursos que dan cuenta de las diversas prácticas sociales. Formas de discursos que no constituyen en sí prácticas, sino representaciones de las prácticas.

Cualquier pretensión por parte del sujeto de cartografiar en un sistema único de representación los espacios, tiempos y movimientos sociales que configuran formas de subjetividades y políticas de subjetivación conduce a la contextualización de los trazos de las formas de discursos en escenarios de “fragmentación de los espacios, las discontinuidades de los tiempos y la diversidad de los movimientos de los que participan unos y otros, impiden así pues postular de entrada la existencia de un sistema (narrativo) único” (Perus, 1995: 42).

Existe una relación de reciprocidad entre pretexto/texto bio-gráfico/contexto. Reciprocidad que se sustenta en la heterogeneidad de la polifonía de voces, inscriptas en las formas discursivas articuladas en composiciones estilísticas que dan forma al contenido de la representación, pero que no son la representación. Esta a su vez no es el reflejo-copia fiel- del objeto representado. En estas coordenadas, los procesos de creación del tejido social son indisolubles de los procesos de disolución. Todo acto creativo supone algo de invención. Toda invención constituye la combinación de elementos que ya tienen existencia propia. Se

crea a partir de la existencia de algo existente. Y este algo cambia de composición, en tanto puede descomponer lo propio e incorporar algo de lo ajeno, para constituir algo inédito y novedoso.

En este acto de des-estructuración de un orden radica el principio de subjetivación: sostener el ser desde la individualidad de un particular, que puede ser identificable con un colectivo en una relación de semejanza. El colectivo contiene algo de las particularidades de lo singular y viceversa.

Conflicto y crisis: momentos oportunos para el cambio

La geopolítica del deseo constituye el espacio multirreferencial en el que circulan, fluyen, chocan, se dispersan y aglutinan las condiciones de posibilidad/imposibilidad en las que se inscriben y escriben los procesos de creación intra, inter y transubjetivos. A través de los intercambios intersubjetivos, la lengua materna conecta efectivamente los particularismos sociales contextuales a procesos macropolíticos en los que se articulan espacios, temporalidades y movimientos procesuales complejos y heterogéneos.

El contexto cultural es el espacio en donde se expresa el conflicto que emerge de la descomposición de ciertas formas, estilos y modos de vida, y la gestación de otras formas de ser/estar dentro o fuera de los dispositivos culturales. El debate abre paso a la interpelación de formas discursivas instituidas como hegemónicas; los centros se desplazan hacia los márgenes; los márgenes pugnan por encontrar su centro y se desestabilizan las certidumbres.

La crisis de las certezas en los sistemas de referencias produce un cambio en los modos habituales de funcionamiento. Cambio en donde emergen reacciones diversas -angustia, ansiedad, inseguridad, parálisis, resistencia, negación, etc.- tanto en el interior de los sujetos como en las relaciones intersubjetivas. Los componentes del tejido

social se ven afectados, sensibilizados e interpelados a negociar mecanismos de compensación que le permitan enfren-
tar, afrontar y resolver aquello que se presenta como con-
flictivo.

El debate contextual abre canales para la manifestación de escisiones, interrupciones, discontinuidades y fisuras en los espacios, temporalidades y movimientos culturales que hasta el momento presentaban formas de discursos aparentemente cerrados, homologados a estatutos instaurados desde posiciones definidas a partir de cierta estabilidad preestablecida.

De este modo, el debate acerca de los sistemas de referencia ubica a los sujetos en lo que Bajtín (citado por Perus, 1995: 36) llama una *zona de contacto máximo con el presente de la cultura en devenir*, en donde la realidad se presenta como un intertexto que conlleva en sí el dinamismo y la reversibilidad del *inacabamiento semántico*, que permanece abierto al contexto de su recepción por parte de los agentes sociales.

La *zona de contacto máximo con el presente de la cultura en devenir* posibilita el diálogo entre la codificación y la (de)codificación de lo propio en lo ajeno, de lo colectivo en lo individual, de lo subjetivante en lo objetivante. Aquí radica la intertextualidad de las co-implicaciones que propone la acción dialógica y que da lugar a movimientos de asimetría, oposición y complementariedad de sentidos y de formas discursivas.

La crisis de los sistemas de referencias en un contexto determinado interpela a los sujetos para que movilicen recursos que pongan en marcha mecanismos de compensación que les permitan adaptarse a los cambios que el movimiento vital del tejido social impone/propone a la vida cotidiana. Estos mecanismos de compensación exigen el trabajo, por parte del sujeto, de extraer a las pérdidas una ganancia. Trabajo psíquico que supone acomodar el dolor que produce la pérdida de una posición de autorreferencia y dejar de combatir aquello que se propone como nuevo, en pos de seguir elaborando/restaurando/

reconstruyendo sistemas de referencias actualizados que le permitan aprehenderse en sus representaciones.

El trabajo de adaptación consiste en la posibilidad que se otorga/n el/los sujeto/s para reubicarse en una nueva posición, mediante la re-definición de los sistemas de pertenencia/referencia que le/s permitan otorgar nuevos sentidos a formas de discursos preestablecidas. Este trabajo es posible por la entrada en escena del pensamiento reflexivo y creativo que atenúa las emociones dispersas que impiden la generación de condiciones de producción para poner en movimiento la invención de lo posible. De este modo, los sujetos agencian activamente los procesos de cambios existenciales, sociocontextuales y participan activamente de los procesos de producción de la cultura.

En las encrucijadas de la repetición y de la creación de lo posible

Participar de los procesos de producción de la cultura supone, por parte del sujeto, el pasaje de ser actor reproductor de un orden preestablecido a ser agente productor de cultura. Los sujetos, en tanto *actores reproductores* de cultura, interpretan un papel social que está inscripto y escrito en la composición del tejido social bajo la forma prescriptiva de aquellos modos de ser/estar/actuar desde un deber ser esperable. Transformarse en *agentes productores* de cultura supone una participación activa en el otorgamiento de sentido de las pautas y discursos sociales instalados en el “deber ser” de una sociedad, con el fin de adecuar el ser social a las competencias, recursos e interpretaciones de los sujetos individuales y colectivos.

El sujeto se define por la posibilidad de una producción de sentidos que abre espacios singulares, dentro de contradicciones con otros espacios. Cuando (se) pierde la capacidad individual de producción de sentido, en el ámbito

institucional o en cualquier otro ámbito social, (se) pierde la condición de sujeto (Díaz Gómez, 2006: 244).

De esta afirmación se desprende que lo propio del sujeto se encuentra en la dialéctica producto/productor/ producido, a partir de la cual el acto de sujeción se inscribe en el de-venir de lo posible. “Cuando el sujeto pierde la capacidad de producir sentidos subjetivos, y queda rehén de configuraciones subjetivas que se expresan en el sufrimiento y en los síntomas” (Díaz Gómez, 2006: 247), enajena su capacidad para devenir otros de sí, se cierran *universos de posibilidad*. En ese caso el acto de sujeción se constituye en la mordaza que encadena el deseo de otorgar sentidos particulares a la existencia, dentro de un contexto colectivo.

El sujeto queda escindido de su propia capacidad para otorgar sentido a acciones novedosas. Es decir, no puede acompañar sus acciones y representaciones con una producción de sentidos subjetivos renovados. El sentido queda atascado en definiciones pretéritas, en tiempos pasados, y lo porvenir permanece ligado a una repetición de algo acontecido. La espera de que en la existencia se produzca algo ya producido, des-liga la fantasía creativa de la invención de un proyecto posible; pues no se construye en pos de alcanzar algo que no se tiene y se desea, sino en pos de recuperar algo perdido. El sujeto se pierde en el sufrimiento de lo perdido y en el sin sentido de lo sentido como perdido.

Ocupar la posición de agente productor de cultura supone que los sujetos puedan escuchar los imperativos de las necesidades que tensionan la vitalidad en sus posibilidades y condiciones de subsistencia; establecer demandas que den cuenta de los requerimientos que se necesitan para seguir siendo, a partir de condiciones de existencia que se correspondan con los propios deseos; y movilizar el deseo vital de apropiarse del placer que se pone en juego en las invenciones de lo posible, sostenidas por la confianza y la espera del por-venir de una ilusión. Para todo lo cual, es condición que se produzca en los sujetos

... la superación de la anestesia de la vulnerabilidad al otro. Propia de las políticas de subjetivación en curso. Es que la vulnerabilidad es condición para que el otro deje de ser simplemente un objeto de proyección de imágenes preestablecidas y pueda convertirse en una presencia viva, con la cual construimos nuestros territorios de existencia y los contornos cambiantes de nuestra subjetividad (Guattari y Rolnik, 2005: 479).

El texto bio-gráfico: trazos que inscriben en representaciones el de-venir de las memorias de sí

El texto bio-gráfico supone la narración de un relato que conjuga en un hilo argumental, aquellos elementos conscientes acerca de los trazos que el sujeto ha realizado en los recorridos que configuran su continuo acto de subjetivación y a través del cual se otorga sentido a la experiencia de sí mismo. Estos relatos se encuentran tamizados por la selectividad de la memoria, que inscribe en el recuerdo las huellas de un evento acontecido. Sin embargo, el recuerdo no es la inscripción del evento sino la/s referencia/s que intentan representar en un sistema ideativo ese acontecimiento.

El recuerdo es el resto representativo de lo que queda del acontecimiento vivido. Sin embargo, este resto es simbolizado a través de una narración que se asienta en un proceso complejo en el que co-participan los sistemas inconsciente/consciente e intelectual/afectivo, que le extraen al acontecer de lo vivido una representación que la ubica dentro de un sistema temporal historizable. Las huellas e inscripciones de cada evento son desandados desde el punto de llegada hacia el sitio de retorno, pero este se emprende a partir de un tiempo diferido (el presente) y se asienta en un punto que referencia la vista y que ubica el evento en perspectiva. De ahí que el recuerdo contenga la superposición

de tiempos, espacios y movimientos de historización intra, inter y transubjetivos.

La narrativa personal se inscribe en la bio-grafía del sujeto, y así demarca los trazos e itinerarios seguidos en la construcción de la experiencia de sí mismo. Esta construcción se manifiesta como un relato organizado a partir de la apropiación de la experiencia vivida, cuyo propósito es ser transmitida a otro/otros como los relatos de sí mismo. De este modo, la narrativa es la fracción de la apropiación del sentido de la propia existencia de sí, ubicada en sistemas de representaciones realizadas en contextos en donde la versión del relato constituye una puesta en escena para ser vistos por otros.

La experiencia de sí permite al sujeto objetivar los procesos por los cuales ha llegado a esbozar los trazados de la construcción de la experiencia de sí mismo. Pero en el mismo momento en que esos procesos son relatados, adquieren el estatuto de un texto autónomo, abierto a la interpretación y al otorgamiento de sentido por parte del contexto, que lo acoge como el relato de la experiencia de vida del sujeto, y legitima así ese fragmento de verdad.

Este fragmento verdadero de la experiencia de sí se ubica en las secuencias temporales de un tiempo historizable y adquiere la coherencia sistemática de un argumento que da cuenta de los procesos que ha realizado el sujeto para de-venir en lo que es. El sujeto cuenta algo de sí para ubicarse en el contexto desde su temporalidad, pero da cuenta de los fragmentos que han sobrevivido a lo vivido y los ordena selectivamente de manera intencional según la audiencia a quien vaya dirigido.

El sujeto produce/propone un texto de sí en un contexto referencial que pone nombre a la experiencia vivida y que expresa no sólo lo que puede mirar o lo que puede decir, sino lo que quiere contar acerca de sí. La manera que tiene el sujeto de contar sobre su experiencia vivida construye formas de narrar-se, las que en el mismo momento en que son relatadas ubican la temporalidad en los trazos

de la representación que liga lo que cuenta de sí con los procesos de elaboración/gestión de su identidad personal. Tanto lo que cuenta como lo que calla, lo que puede como lo que quiere decir, ubica el de-venir de la subjetividad como una operación en la que se construye, compone e inventa el relato que porta los sentidos que el sujeto otorga a la existencia, a partir de la experiencia vivida.

Es decir, la evaluación del contexto -en tanto audiencia hacia quien va dirigida la narración- de su experiencia de sí por parte del sujeto condiciona la visibilidad del texto emergente. El sujeto cuenta/narra menos de lo que sabe, sabe más de lo que cuenta, calla más de lo que dice, dice menos de lo que piensa. Y aquello que narra de una manera ficcional ubica al/los personaje/s de la ficción con diversas intenciones de ex-posición: algunas las de-vela, otras las oculta.

No todo lo que se sabe se recuerda, ni todo lo que se recuerda se cuenta, ni todo lo que se cuenta se ex-pone visiblemente. Recuerdos recordados, olvidos recordados..., recuerdos que se dejan en el olvido, olvidos que se traen al recuerdo...

5

Narrativas vivenciales: tejidos ficcionalés a través de los cuales el yo de-viene en sí mismo

Quien escribe, teje.
Texto proviene del latín *textum*, que significa tejido.
Con hilos de palabras vamos diciendo,
Con hilos de tiempo vamos viviendo.
Los textos son como nosotros:
Tejidos que andan.

Eduardo Galeano

En este capítulo se aborda la noción de narrativas vivenciales como condición para que se haga efectivo el proceso de resignificación identitaria, a través del cual el Yo de-viene subjetivamente en otro/s de sí y otro con otro/s. Para ello, se retoman los atravesamientos entre las categorías *narrativas vivenciales*, *identidad personal* y *resignificación identitaria*.

En los últimos años las ciencias sociales y humanas registran una amplia expansión de estudios basados en narrativas, y para algunos autores la investigación narrativa va en camino de constituirse en un enfoque paradigmático del campo. Estas perspectivas se inscriben en la tradición de los estudios biográficos y pretenden recuperar las voces y los discursos de los propios sujetos como punto de partida de la producción de un conocimiento científico de lo social.

Lejos de la actitud objetivante de la noción tradicional de investigación, las narrativas suponen la re-construcción del punto de vista del sujeto, quien, a través de una cons-

trucción discursiva, da cuenta de su experiencia personal. La noción de narrativa se apoya en la idea de que la producción de discursos sociales es una construcción a la vez social y subjetiva, que supone una acción intencional que selecciona lenguajes y temas por medio de los cuales los sujetos expresan su visión del mundo y de su experiencia personal en él.

Nuestra noción de narrativa interpela la mirada ingenua que sostiene la ilusión de la transparencia de la conciencia individual, así como el supuesto de que a través de los discursos los sujetos reproducen su pensamiento a modo de copiado de la conciencia. En otras palabras, entendemos las narrativas como creaciones que se producen en determinadas condiciones sociopersonales y que responden a necesidades particulares de los sujetos.

En tal sentido, la premisa que sostiene nuestra argumentación se sustenta en que

la identidad personal se constituye en un *continuum* (Erikson, 2000); supone la síntesis e integración de las autodefiniciones que el sujeto tiene de sí mismo. Es decir, la forma en que el sujeto se define, describe e interpreta en tanto ser único y particular. (...) Se construye en el interjuego e interacción que se produce entre el auto-reconocimiento y el hetero-reconocimiento (Urbano y Yuni, 2001: 52).

Desde esta perspectiva, no es posible pensar en la constitución de “una identidad personal sin hacer referencia a los sistemas de representación en los que ella emerge” (Yuni, Urbano y Arce, 2003).

La identidad personal es el producto que articula las instancias de conformación intra/inter/transubjetivas en las que se performan las identidades sociales e individuales. De ahí que la identidad personal se *re-crea* y *re-significa* en el curso vital en el trabajo de otorgar sentido al diario vivir.

A partir de la categoría teórica de *resignificación identitaria* intentamos dar cuenta de los procesos que permiten al sujeto sostenerse idéntico a sí mismo, en la apropiación/

asimilación de los cambios que propone e impone el trabajo de vivir. Mediante los procesos de *re-significación* el sujeto actualiza las significaciones de las versiones de sí mismo; cambiando los modos de posicionarse frente a sí y los otros, en torno a su experiencia de la temporalidad, la ocupación de lugares sociales y el desempeño de roles.

Los procesos de re-significación identitaria constituyen un verdadero trabajo de elaboración psíquica. Permiten al sujeto sostener/apuntalar la integridad de su Yo en la continuidad, permanencia y estabilidad de la complejidad de las experiencias espacio/temporales que configuran sus condiciones de existencia. Este trabajo psíquico es un trabajo personal, pero también supone el auxilio del orden de lo social. Es en los procesos de intercambios comunicativos con otros donde se ponen en juego las tensiones entre lo que el sujeto sabe, siente y actúa respecto a/de sí mismo.

La identidad personal se constituye/expresa en la narración que realiza el sujeto respecto a las autodefiniciones mediante las que se describe e interpreta en sus condiciones de mismidad, integridad, continuidad y permanencia en su acontecer temporal. Estas narraciones adquieren el carácter de ficciones porque el dinamismo del relato ad-viene/de-viene de la invención de posiciones subjetivas/subjetivantes del sujeto, que opera como autor, testigo, lector y relator de su texto bio-gráfico.

Los relatos que el sujeto realiza de los trazados e itinerarios que otorgan sentido a su acontecer temporal se constituyen en ficciones narrativas en tanto que poseen el estilo de un texto novelado. El texto novelado ubica lo real del acontecimiento vivido en el registro de una construcción simbolizada imaginariamente. En la reconstrucción e interpretación del evento real, el narrador/lector apela a la fantasía (consciente e inconsciente), lo cual produce su distorsión respecto de lo efectivamente vivido. El evento real es tamizado en la experiencia vivenciada subjetivamente y ubicado en un sistema organizado temporalmente, acto en

el cual el sujeto le confiere una atribución de sentido existencial que le otorga la jerarquía de evento significativo.

El acto por el cual el sujeto inscribe y se inscribe en las narraciones de los procesos representativos de su historicidad le permite sostener una identidad personal integrada en los aconteceres subjetivos de su temporalidad. Ese acto supone un trabajo constante de otorgar nuevos sentidos a su mismidad, a fin de incorporar dentro de la experiencia vital el de-venir de otros modos de ser sí mismo. El sujeto elabora así un relato que le genera una sensación de continuidad e integra las discontinuidades de tiempos, espacios y modos de aprehenderse subjetivamente a través de procesos de subjetivación particulares, en el marco de contextos colectivos subjetivantes.

De este modo, la producción bio-gráfica se constituye en un sistema de sistemas que conecta espacios, temporalidades y movimientos, a través de heterogeneidades poli-sémicas y polifónicas. La producción bio-gráfica articula el contenido formal del texto con la composición estilística propia del género en el que se inscriben las narrativas, que dan cuenta de los atravesamientos del pasado, el presente y el futuro. Esta construcción narrativa sitúa el punto de vista de quien narra en las coordenadas de un tiempo presente que contiene las discontinuidades latentes de un pasado y condiciona los gérmenes de las aspiraciones e ideales futuros.

De este modo, las narrativas vivenciales podrían entenderse como un intertexto ficcional que contiene las heterogeneidades de temporalidades, espacios contextuales y movimientos socioculturales inscriptos y adscriptos a/en una trama de significación. La narrativa vivencial se manifiesta en un enunciado que anuncia el diálogo endogámico y exogámico que conecta el lenguaje con el decir/latir de una lengua.

Narrativas: el desandar de las huellas que conforman el interior de un mapa

El cachorro humano es amamantado por la lengua materna que le infunde el soplo cultural de la re-presentación y transmuta la necesidad del ser vivo en demanda vivificante, que lo introduce y sujeta al despliegue de movimientos de significantes, y lo ubica en el registro del deseo de Otro/otros.

Durante los procesos de subjetivación se inscriben en/sobre el sujeto los enunciados de Otro/otros representantes del campo social. Estas inscripciones dejan huellas sobre su subjetividad individual y se constituyen en los actos de sujeción que operan como matriz socializadora humanizante. El sujeto se constituye en el sitio de enunciación de Otro/otros que lo representa/n y significa/n desde el lugar de su enunciado. De ahí que desde su constitución y a lo largo del curso vital, el sujeto humano puede leerse como un texto abierto e inacabado semánticamente en su proceso de resignificación subjetiva/subjetivante.

Las narrativas subjetivas que dan cuenta de las conjunciones y atravesamientos de los tiempos que caen sobre la vida que transcurre pueden entenderse como los intentos por parte del sujeto de dar sentido continuado a las experiencias de vida. Estas experiencias se constituyen a partir de las vivencias subjetivas/subjetivantes a las que el sujeto arriba a través de las inscripciones que las múltiples temporalidades han dejado sobre sus espacios internos/subjetivos y que se encuentran ordenadas en la cronología objetivable de los acontecimientos vividos.

El sujeto se encuentra lanzado a la re-significación del acontecer temporal en el interior de su espacio/tiempo subjetivo, en un trabajo para dar sentido a los acontecimientos ocurridos en tiempos pretéritos y que se recuperan en la sincronía del presente. El sujeto se constituye en el narrador no solo de su historia, sino de las huellas que han posibilitado su proceso de historización. En tanto narrador, el

sujeto es el cronista-testigo-testimonial de la inscripción de su historización en relación con las historias en las que se entrama. Queda sujeto a las narrativas de su enunciación y siendo objeto de las prédicas de su enunciado.

El enunciado predicado a través de las narrativas vivenciales adquiere la autonomía de un nuevo texto que referencia el sí mismo del Yo y adquiere la posibilidad de dispersarse en la multiplicidad heterogénea de espacios, tiempos y movimientos socioculturales. De este modo, el enunciado puede desplazarse del enunciante y el sí mismo del Yo mismo. El predicado adquiere autonomía del sujeto, quien queda revestido con las vestiduras de formas discursivas que protegen y cubren la desnudez de Yo como pronombre singular que precede a un nombre particular.

Las narrativas vivenciales vivifican la memoria histórica de los procesos a través de los cuales el sujeto puede elaborar una teoría acerca de *quién es* y de aquello que sobrevive en sí. Teorías de sí y para sí mismo, que se manifiestan en un relato que no sólo contiene los itinerarios y desfiladeros que ha seguido en los procesos de aprehendizaje y de subjetivación. Relato que construye ficcionalmente la continuidad en tanto que oculta las discontinuidades de los diferentes movimientos históricos e historizables de las huellas e inscripciones producidas en el interior de los grupos sociales de pertenencia y de referencia a lo largo del curso vital.

Las narrativas acerca de las teorías del sí mismo constituyen sistemas de relatos abiertos, móviles y permeables a los influjos de lo vital y a las tensiones que amenazan su continuidad. Aquello que el sujeto narra acerca de sí mismo constituye un relato de hibridaciones, en que se han producido transformaciones mutuas en las formas discursivas y en las composiciones del contenido de su narrativa ficcional. La narración opera como un intertexto en el que se expresa la vitalidad de sus procesos de desarrollo.

El despliegue del desarrollo y el dinamismo del lenguaje vivo convocan al sujeto a renovar los sentidos y

significados de la prehistoria de sus acontecimientos vitales, en pos de reescribir un relato de sí mismo que se apoye en la relectura de la heterogeneidad de aconteceres en los que se ha visto afectada la existencia y que renueve los pactos con lo por-venir.

De este modo, la memoria se encuentra sostenida en las discontinuidades del olvido y la narración se pone al servicio de la integración de las heterogeneidades generadas por las condiciones variables de producción de los fragmentos discursivos. Al relatar, el sujeto re-crea una versión argumentativa que ilumina las certezas y oculta la incertidumbre de aquello que queda inscripto desde el monologismo cristalizado del mito fundacional del Yo.

Las narrativas que el sujeto realiza de sus procesos de subjetivación se constituyen en relatos de posibilidad, condicionados y condicionales a las (im)posibilidades de las tensiones que emergen de la extracción de una ganancia a la pérdida; del otorgamiento de una oportunidad para sí en lo adverso de una situación o condición. Por ello las narraciones constituyen intentos de entramar la heterogeneidad de enunciados portavoces y portadores de fronteras vitales, que ponen en contacto diferentes modalidades de aprehenderse en los intersticios de los relatos legitimadores de la propia historia.

A través de las narraciones de sí mismo, el sujeto se sujeta a las versiones permeables, móviles, flexibles, inciertas y de polifonía heterogénea que se manifiestan en la co-participación entre la realidad y la fantasía. A través de la re-creación narrativa en un relato, construye la ficción de otorgar un sentido holístico al acto del ser/estar siendo. La narrativa de la propia historia se constituye así en las versiones de una historia en devenir que interpela la cristalización del ser sido. Ello le exige al sujeto la exploración de su acontecer temporal a través de las transiciones del sí mismo, en pos de sostener su ser siendo.

Narrativas vivenciales: espacio de gestación del debate de seguir siendo

Las narrativas vivenciales expresan los otorgamientos de sentido que el sujeto realiza de su acontecer interno y contienen el relato resultante de la relectura de las versiones argumentales realizadas sobre la base de autoconceptos, creencias y puntos de vista centrados en la toma de posición respecto a las condiciones de posibilidad/imposibilidad que el contexto exterior le provee. Dicha relectura se sostiene en una actitud para reelegir aquello que el sujeto considera significativo y valioso de las huellas que lo han conducido hacia tal o cual posición en la vida. Ello supone realizar un nuevo acto de ligazón de los contenidos de los procesos de historización que conectan en un tejido argumental las discontinuidades, disrupciones y los saltos críticos que han exigido el replanteo de las teorías de sí mismo en función de un pensar, sentir y hacer-se en la historia.

Las narrativas que un sujeto realiza de los aconteceres del sí mismo se constituyen en sistemas de sistemas de configuraciones que correlacionan argumentaciones intertextuales, composiciones de estilos genéricos, tonos, modos, registros que se condensan en la enunciación de un relato. El relato puede entenderse como el objeto de la narración, en donde aparece de modo manifiesto el argumento como un producto que mimetiza juicios, valores, posiciones funcionales respecto de la inscripción historizable.

El hilo argumental oculta tras su continuidad y pretendida univocidad las discontinuidades latentes que han engendrado las diferencias como disrupciones constitutivas del proceso de historización. Sin embargo, tal pretensión de continuidad contiene voces y pre-textos que ubican la otredad como el lugar de la semejanza, diferente a lo idéntico y no por ello, extraño al relato narrativo. De ahí que las narraciones del sí mismo modelan sus formas discursivas en la relatividad dialógica y complementaria de los pretextos, textos y contextos.

Es posible pensar en las narrativas vivenciales del sujeto como el lugar en donde se inscribe el debate que remite al diálogo que emerge de la heterogeneidad de la polisemia de voces significativas. Espacio de interpelación a la cristalización del relato cerrado, excluyente, canónico y continuo que intenta reducir y capturar el movimiento de lo eidético.

Desde esta perspectiva, las narrativas vivenciales se inscriben en el espacio del debate que desanuda lo que ha quedado amordazado en una forma discursiva totalitaria de sí mismo, incorporando el diálogo entre la codificación y la (de)codificación de lo propio en lo ajeno, de lo colectivo en lo individual, de lo subjetivante del objetivar-se. En ello radica la intertextualidad de las co-implicaciones que propone la acción dialógica, que da lugar a movimientos de asimetría, oposición y complementariedad de sentidos y de formas discursivas que asientan sus bases en las fallas, escisiones, disrupciones y discontinuidades de la memoria, el saber y el poder de la narrativa, el narrador y el lector.

Narrativas vivenciales: poética novelada de una ficción

Las narrativas vivenciales de sí mismo pueden homologarse al estilo de género novelado que posee la

capacidad (de) redefinir en su propio interior todos los géneros y formas discursivas, literarias o no, pasadas y presentes. Es decir que ofrece, teóricamente al menos, la posibilidad de conjuntar y reunir, bajo modalidades específicas, los espacios, los tiempos y los movimientos que, fuera de ella, se presentan escindidos, separados e inconexos. Consiste luego en la estructuración de las representaciones literarias, y los materiales que constituyen su soporte, en torno a lo que el autor (Bajtín) llama una “zona de contacto máximo con el presente de la cultura en devenir”. Esta zona de contacto conlleva, por un lado la reducción de la escisión temporal entre el mundo narrado y el presente de la enunciación, y por otro, el “inacabamiento semántico” del texto, el cual permanece así

abierto al contexto de su recepción por parte de los lectores (Perus, 1995: 36).

Asociar el lenguaje del género novelesco a las narrativas vivenciales las sitúa en el *espacio transicional* entre la realidad y la fantasía, en el que se elabora un intertexto ficcional que moviliza diversos materiales heterogéneos regulados normativamente y estructurados en un *como si* del juego lingüístico. En el espacio del *como si* de la narrativa vivencial se atraviesan diferentes movimientos, espacios y tiempos que emergen como co-implicación entre el mundo narrado y su enunciación; en el que prima el inacabamiento semántico que abre a la multiplicidad de sentidos e interpretaciones.

Las narrativas vivenciales no son el informe de las crónicas que atestiguan la ocurrencia de un sistema de sucesos, a la manera de descripción fidedigna y neutra de la realidad por la que se intenta capturar en el relato la mimesis de lo acontecido. Por el contrario, constituyen un relato que articula la heterogeneidad de los materiales organizadores de sentido a través de una composición estilística que abre el contexto de interpretación. En este relato el producto narrado, narrador y lector dialogan en una relación de mutua otredad.

Las narrativas vivenciales intentan formalizar en el relato la unicidad de la experiencia vivida por el sujeto, quien compone un argumento novelado que da cuenta de los destinos de su acontecer temporal. Este relato se propone como un sistema de historización que se asienta en la palabra viva propia del dinamismo del referente que referencia. De ahí que el producto de lo narrado en su proceso de enunciación supone una co-implicación dinámica, móvil, abierta y relativamente inestable entre referente, narrador y lector. El texto resultante es un intento de re-edición de fragmentos del acontecer temporal que se articulan y adquieren una estructura narrativa continua e integrada, que esconde

las voces ajenas que operan como referencias identificatorias y enmascara en su trama argumental los quiebres, fisuras y saltos de las temporalidades.

El sujeto que narra su acontecer temporal se ubica, así, en una posición de versatilidad relativa que está dada por

las infinitas variaciones de su actitud para colocarse a la vez dentro y fuera del mundo narrado, para confundirse con y distanciarse de los personajes que crea o de las voces que deja oír, y para traspasar, con la consiguiente reversibilidad de posiciones, imágenes y símbolos, el sistema de fronteras que él mismo establece en su texto en consonancia con las heterogeneidades de tiempos, espacios y movimientos que le marcan su propia cultura (Perus, 1995: 41).

Las narrativas vivenciales se inscriben en un tiempo de historización que se encuentra atravesado y trasvasado por la heterogeneidad compleja de la discontinuidad, las escisiones que remiten a diferentes registros cognitivos y afectivos que impregnan las formas discursivas del proceso de enunciación y de lo enunciado propiamente dicho. El sujeto construye un relato continuado acerca de su experiencia de vida articulando los hitos que exponen los movimientos de compensación y adaptación que organizan el sentido existencial de la vivencia, mediante la elaboración de un relato que simplifica la heterogeneidad de sus procesos de temporalidad. La versión de las narrativas de sí mismo se asienta en la continuidad que entrama el relato histórico de superficie en secuencias de eventos, procesos y aconteceres que se hilan desde la homogeneidad.

Recuperar la heterogeneidad que se esconde tras la homogeneidad del texto de las narrativas vivenciales historizantes supone reconocer que los elementos que configuran los relatos narrados pueden estar conformados por diferentes elementos, legislados por diferentes temporalidades y que pueden participar de diferentes

movimientos. “La fragmentación de los espacios, las discontinuidades de los tiempos y la diversidad de los movimientos de los que participan unos y otros impiden así pues postular de entrada la existencia de un sistema (narrativo) único” (Perus, 1995: 42).

Desde esta perspectiva, las narrativas vivenciales se constituirían en los relatos que el sujeto realiza acerca de sí y de sus procesos de desajuste, afrontamiento, adecuación y adaptación a los cambios internos y externos que le impone/propone la vida. Dichos relatos se sitúan en la reversibilidad del tiempo histórico objetivo/ subjetivo y en la versatilidad narrativa del narrador. Cada sujeto se encuentra constantemente agenciando sus procesos de constitución de identidad personal/ social y de con-formación de su subjetividad, a partir de la elaboración de las crisis que interpelan el sentido de continuidad y unicidad de su posición subjetiva/ subjetivante. Esto supone un trabajo psíquico que exige al sujeto re-significar los sentidos y significaciones que tiene respecto a sí, a los otros y a la cultura, a partir de un trabajo de interpelación de los enunciados que apuntalan los sentidos de su existencia.

Aquello que aparece enunciado en las narrativas vivenciales se asienta sobre las matrices de percepción del sujeto. A partir de ellas recepta, entiende, explica e interpreta su realidad existencial. La realidad existencial que el sujeto narra se constituye en una construcción subjetiva pensada y sentida a partir de una perspectiva cognitiva/afectiva, que co-implica el uso de lenguajes (sensoriales/ideativos), temporalidades (homogéneas/heterogéneas) e historizaciones (individuales/colectivas). Co-implicaciones paradójicas que se sostienen en la multiplicidad de sentires, pensares y haceres expresados a través de huellas de lo sido, de la traducción e interpretación del ser siendo y de las creaciones/ invenciones de lo por-venir.

A modo de conclusión

El sujeto se encuentra tejido por los hilos artesanales constituidos en las tramas de lenguajes, tiempos, espacios y movimientos socioculturales complejos y heterogéneos.

Es la tensión de esta paradoja que moviliza e impulsa la potencia del pensamiento/creación, en la medida en que las nuevas sensaciones que se incorporan a nuestra estructura sensible son intransmisibles por medio de las representaciones de las que disponemos. Por esta razón ellas ponen en crisis nuestras referencias e imponen la urgencia de inventarnos formas de expresión. Así, integramos en nuestro cuerpo los signos que el mundo nos señala, y a través de su expresión, los incorporamos a nuestros territorios existenciales. En esta operación se establece un mapa de referencias compartido, con nuevos contornos. Movidos por esta paradoja, somos continuamente forzados a pensar/crear, acorde con lo que ya se ha sugerido. El ejercicio de pensamiento/creación tiene por tanto un poder de interferencia en la realidad y de participación en la orientación de su destino. Constituyendo así un instrumento esencial de transformación del paisaje subjetivo y objetivo (Guattari y Rolnik, 2005: 480).

Los procesos de re-significación identitaria suponen movimientos y desplazamientos del conjunto de auto-conceptos a través de los cuales el sujeto se referencia en relación consigo mismo, los otros y el de-venir de la cultura. Estos movimientos y desplazamientos de los auto-conceptos que sitúan y de-finen la identidad personal y colectiva constituyen las condiciones de posibilidad para que el sujeto dialogue con los múltiples espacios, temporalidades y movimientos socioculturales, a fin de seguir siendo sujeto en el de-venir de sus significaciones.

La acción de re-significación identitaria posibilita al sujeto el con-tacto sensibilizador con las fuerzas que interactúan en los diversos campos de existencia. Campos de existencia que son atravesados por

múltiples materialidades y formaciones de los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, en una acción comunitaria que tiende a integrar-se en la diversidad permeable, mudable y mutable del fluir inacabado de las fuerzas vitales autoconservatorias/destructivas que tensionan lo vital.

De este modo, el sujeto se constituye en el lugar donde se efectiviza el inacabamiento semántico del de-venir otro/s de sí que supone el ad-venimiento de nuevas formas de experimentar los modos de existencia, la relación de alteridad con los otros y los procesos de agenciamientos creativos de lo cultural. Y, por supuesto, la elaboración/inscripción/re-construcción de las cartografías necesarias para situar-se en los cambios que impone/propone el fluir de lo vital en las tensiones que amenazan la continuidad de su existencia.

Las narraciones resultantes de las narrativas vivenciales constituyen relatos que pretenden dar cuenta de los avatares y destinos recorridos en los trayectos vitales del sujeto. Estos relatos constituyen diseños de formas discursivas que intentan aprehender las heterogeneidades de espacios, tiempos y movimientos internos y contextuales.

Los relatos de vida son re-creaciones que referencian el sí mismo a través de sus procesos de historización. Estos relatos apelan a la inventiva creativa que selecciona los elementos significativos de los aprendizajes internos y de los aportes que el contexto sociocultural ofrece. Ello en pos de reorganizar la teoría de sí mismo como una nueva combinatoria de otorgamientos de sentidos y de formas discursivas que se expresan estilizados en una poética novelesca.

Tras el relato narrado de la experiencia de vida, el sujeto oculta los procesos e itinerarios subjetivos que ha seguido en pos de re-crear una nueva narración de sí mismo. La narración de-vela la síntesis manifiesta de los argumentos que otorgan sentido al sí mismo, velando las condiciones de producción a partir de las cuales ha emergido. El relato legitimador de la teoría de sí mismo se constituye en un

diseño para desarmar a través del diálogo inacabado con la reversibilidad semántica de formas discursivas portadoras de sentido. Diálogo inacabado con la palabra viva que signa, asigna y de-signa de manera re-presentativa la experiencia de vida. Experiencia en constante de-venir de la propia historia, cuya condición inherente radica en la búsqueda constante de re-elaborar los relatos que apuntalen al Yo en las trayectorias de sus cambios y lo inscriban en el dinamismo de lo por-venir.

Aprendizaje y resignificación identitaria

El proceso de subjetivación es un acto continuo dentro del curso del desarrollo vital del sujeto, que transforma sus de-venires subjetivos como resultado de la complejización psíquica y que retroalimenta los procesos identitarios en el despliegue del acontecer temporal. De-venir que ubica hechos y eventos en un contexto temporal, de modo que constituye un sistema de acontecimientos cuya ocurrencia implica, afecta o permite los siguientes.

La identidad personal es el producto de la elaboración de eventos particulares diferenciados y diferenciables que acontecen en el curso vital de un sujeto particular. Ella se constituye en el entramado de procesos socioculturales que conforma a los miembros de una cohorte generacional, de acuerdo con los valores, creencias, normas, permisos y restricciones respecto de los imperativos del poder hegemónico que le otorgan un lugar y un valor social.

De la ocurrencia de procesos de elaboración de identidades personales/sociales de-vienen subjetividades particulares/colectivas. Es decir, modos diversos de ser/estar que contienen en sí las interioridades de sujetos que expresan el conjunto de marcas, huellas, fantasías, representaciones, sentimientos y actuaciones en los que se conjuga el acto de ser/estar en condiciones de existencia.

Los procesos de elaboración de identidades personales y el de-venir de las subjetividades se modelan, apoyan y sostienen en los inter-cambios que se producen en los diversos grupos sociales. Estos intercambios acontecen en el interior de los dispositivos culturales que se ofrecen

como continentes y artefactos performativos, facilitadores de modelos identificatorios necesarios para re-crear la identidad personal.

La identidad personal es el producto que emerge del trabajo de elaboración que el sujeto realiza para sostener el *Yo soy* a través de la integración de diversos autoconceptos que se construyen en referencia al procesamiento subjetivo de los cambios. El conjunto de autoconceptos se articula en la narración que el sujeto realiza de sí mismo a través de sus cambios. Narración que supone la ejecución de una acción intelectual, que organiza argumentativamente una teoría del sí mismo; pero también con-lleva una acción afectiva, en tanto a esta argumentación se le atribuye un valor.

La narración que el sujeto realiza de sí mismo contiene el sistema de autoconceptos que le sirven de marco para referenciar-se en relación con el pasado (es decir, con las inscripciones y marcas que se han instaurado en función de su historicidad); para posicionar-se en el presente, en el aquí y ahora en cuanto a recursos y obstáculos en el cotidiano trabajo de vivir; y para elaborar un proyecto de futuro, en tanto expresión de anhelos e ideales de completar aquello que se aspira y que se desea.

En el trabajo de elaborar una teoría de sí mismo, el sujeto realiza una serie de acciones intelectuales, cognitivo-afectivas y valorativas que condicionan su modo de ser y de estar en la vida. A partir de esta teoría el sujeto no solo hace frente a la realidad actual, sino que asume una posición respecto a su pasado y a su futuro. Esa posición liga lo que sabe de sí mismo con lo que siente/crea de sí y con la evaluación en/de sus capacidades para hacer(se) en sus trayectos vitales.

Por ello, en la teoría de sí mismo se da una relación de mutua reciprocidad entre autoconceptos, autoestima y autoeficacia. Sin embargo, la elaboración de una identidad personal en sus cualidades generacionales, étnicas, culturales, genéricas y lingüísticas guarda estrecha relación con la

atribución de sentido otorgada a ellas por/desde los discursos sociales a través de sus artefactos culturales.

Existe una relación de mutua inter-dependencia entre el sujeto, la sociedad y la cultura (Maturana y Varela, 1996). Las identidades personales de los sujetos se matrizan y apuntalan en los atravesamientos e inter-cambios que se producen entre sujetos particulares. Intercambios que se ponen en juego en la participación en los diversos grupos sociales circulantes en los dispositivos culturales. En el proceso de elaboración/definición de la/s identidad/es personal/es en relación con las identidades colectivas, se opera una co-participación e implicación de mutua reciprocidad entre las representaciones discursivas de las estructuras sociales y la adherencia identificatoria de los sujetos particulares respecto a los modelos disponibles.

La acción de re-significación identitaria supone el movimiento dinámico de procesos que conectan lo subjetivo-individual con lo inter-subjetivo como expresión de lo colectivo. Esa acción a su vez se produce en el marco más amplio de lo transubjetivo de las prácticas discursivas emergentes de la sociedad y la cultura, las que circulan en los dispositivos culturales.

Aprender para resignificar la identidad personal y social

Re-significar supone actualizar las significaciones de los esquemas construidos a partir de conceptos individuales; conceptos que se desacomodan de los lugares de significación e inter-cambio en la acción comunicativa. En la acción de re-significar su identidad personal el sujeto realiza un movimiento de desplazamiento de los autoconceptos que constituyen la versión de sí mismo. Ello le produce una desacomodación de los esquemas elaborados y le exige un trabajo por ordenarlos nuevamente, a fin de

transformar cualitativamente los modos de mirar(se)/ evaluar(se)/valorar(se) en las acciones realizadas a través del tiempo y otorgarles un nuevo sentido a través de una acción subjetiva que incorpore y asimile esos cambios.

La resignificación identitaria deviene entonces como resultado de una transformación intrasubjetiva, facilitada por las mediaciones intersubjetivas producidas en el marco de la operatoria socio-cultural de lo transubjetivo, que ofrece oportunidades y restricciones para la elaboración de modelos identificatorios y para la puesta en acto de prácticas sociales.

Por su parte, la re-significación de la/s identidad/es personal/es dentro de identidad/es colectiva/s debe enfocarse como un sistema multirreferencial emergente que caracteriza los modos de ser/estar de los sujetos, contruidos en el marco de un espacio contextual e histórico que con-figuran las distintas prácticas comunales. Esas prácticas se materializan en los distintos dispositivos-culturales que operan como el espacio en donde se cristaliza lo estructural del orden sociocultural. Los dispositivos culturales se constituyen en los soportes materiales en donde se *performa* la atribución valorativa que impone la violencia de la significación propia de la estructura simbólica.

A través de los dispositivos culturales dispuestos y disponibles en el campo social se hace efectiva la acción socializadora que es constitutiva y constituyente del sujeto. En ellos se editan y re-editan juegos sociales que enhebran los lazos de sujeción a un orden habitado por significados, significaciones y sentidos. Cada dispositivo configura una red de intercambios humanizantes/humanizables que nos incluyen como sujetos en procesos de adhesión, apropiación, selección de modos de ser/estar dentro de un contexto social, cultural e histórico.

Los procesos de constitución subjetiva son un *continuum* y se realizan a lo largo del curso de la vida. Ser/estar sujetados es una acción continua. Por ello, los lazos que unen la subjetividad pueden ser desatados en las dinámicas

que operan en la gramática relacional que se teje en la trama del trabajo psíquico individual y que remite a la identidad personal, la identidad social y la inclusión participante en/de dispositivos culturales. Por ello, el estatus de humanidad humanizante se sostiene en la acción de vigía constante del diálogo que se establece entre los sujetos, los grupos sociales y los dispositivos culturales. Ese diálogo ubica los procesos de agenciamiento subjetivo en el registro de la significación y el sentido, en el marco más amplio de los contextos y agencias representantes del campo social. Esto conduce a la asunción subjetiva de ser/estar como un *quien* sujeto enunciante y no ser un *que* objeto de enunciación y/o de intervención instrumental.

A lo largo del curso de la vida es necesario la puesta en cuerpo de la mirada de Otro/otros que ubique/n la singularidad del Yo en el contexto de un nosotros de pertenencia, que lo referencie en la convocatoria a la ocupación de un lugar dentro de los escenarios/las escenas del campo social. Este lugar propuesto por el campo social tiene que contener alternativas para *seducir* a un sujeto en la tarea de seguir siendo.

En cada ciclo de la vida los sujetos están interpelados a re-visar las adquisiciones psicosociales aprehendidas para enfrentar, afrontar y resolver los imperativos que la cultura (im)pone al trabajo de vivir el tiempo presente. Esto requiere el agenciamiento de nuevas experiencias de aprendizajes, necesarias para complejizar la estructura psicoafectiva y cognitiva respecto de lo aprehendido en matrices espaciotemporales pretéritas.

La cultura, a través de sus dispositivos, sitúa a los sujetos en el registro de lo simbólico del ser/estar como humano en el acontecer de lo humano/humanizable; acontecer móvil, dinámico, mutable y en constante devenir. En el horizonte del campo social el sujeto pone en juego la singularidad elaborada de su subjetividad -fundamento fundado en el microcosmos de las primeras relaciones objetales que se despliega en su de-venir en el contexto social de una

época- a través de la inclusión y participación en las instituciones sociales a lo largo de todo el curso de la vida.

En el curso vital el sujeto se re-posiciona subjetivamente frente a las transformaciones que le propone e (im)pone el acontecer temporal. Este re-posicionamiento subjetivo es posible gracias al potencial de aprendizaje inscripto en el psiquismo humano, que permite sostener la plasticidad y flexibilidad del Yo en su despliegue historizante de su transcurrir humanizable. Al respecto, Serra (1996: 457) define el aprendizaje como el proceso por el que

el individuo partiendo de lo que conoce (preconcepto) y gracias a la mediación (interacción y andamiaje) reorganiza sus conocimientos (esquemas cognitivos) con nuevas dimensiones y estructuras que es capaz de transferir a otras realidades (funcionalidad cognitiva) describiendo los procesos y principios explicativos que afectan a tales realidades (significatividad lógica) y mejorando su capacidad de organización comprensiva (aprender a aprender) en relación a otras experiencias de aprendizaje (significatividad psicológica).

Desde una perspectiva socio-psicológica Jarvis (2001: 183) considera que el aprendizaje es “algo de la vida, un fenómeno existencial”,

es un complejo entramado de procesos que cada persona aborda en todas las edades de su vida. *El aprendizaje es el proceso por el cual los seres humanos crean y transforman experiencias en conocimiento, habilidades, actitudes, creencias, valores, sentidos y emociones.*

Estos autores destacan la idea de que aprender no es “aprender algo”, sino que es un modo de construir y transformar las propias experiencias de la vida diaria. El aprendizaje no se reduce a la adquisición y reorganización de cuerpos de conocimientos o a la complejización de esquemas cognitivos, sino que es un proceso que transforma la bio-grafía de los sujetos. La noción de experiencia es clave

en tanto es la cantera de la que se nutren las posibilidades de transformación personal.

Desde nuestra perspectiva aprender es el proceso por el cual los seres humanos transforman su experiencia en otros materiales a través de los cuales pueden reelaborar sus concepciones del mundo, resignificar su identidad personal y elaborar nuevas narraciones de sí mismos. El aprendizaje es la acción que despliega el sujeto a través del curso de la vida con la finalidad de comprender, gestionar y dar sentido a los cambios que el tiempo impone *a la existencia* (lo que remite a la cuestión de la identidad personal); *al tiempo de la vida humana* (el pasaje por las edades de la vida a través del curso vital); y *a las capacidades de las personas* para conservar su autonomía y autodeterminación (lo que involucra el poder personal, las habilidades, las capacidades de afrontamiento, etc.).

De este modo, el aprendizaje humano como capacidad-para vivir-en-el-mundo es un proceso recursivo entre la experiencia personal y diferentes tipos de conocimiento (de contenidos académicos y sistematizados, procesuales, de la vida cotidiana y creencias, valores, actitudes, emociones y sentidos extraídos del magma compartido de los imaginarios sociales) necesarios para el despliegue subjetivo.

Estos conocimientos se integran a través de la acción de aprender, que consiste en *tener experiencias* utilizando diferentes caminos (hacer, practicar, asimilar) que se traducen en el ensanchamiento del sentir/pensar/hacer/decir con el que el sujeto otorga significación y sentido al acontecer temporal, sea por un proceso reflexivo o de comprensión (y comprensión) de lo aprendido tácitamente. De este modo, el aprendizaje se constituye en el mecanismo que opera como soporte de los procesos de complejización psíquica, en tanto que posibilita al sujeto la realización de procesos de autorregulación tendientes a afrontar los cambios y desafíos que plantea el transcurrir por el acontecer temporal.

El acto de aprehender expone al sujeto al reconocimiento de su falta, movilizando los procesos internos que apuntalan su sistema personal de creencias acerca de lo que sabe de sí mismo, de su entorno y del contexto sociocultural más amplio. Esto se debe a que el Sujeto, en tanto sistema orgánico vivo, acciona/reacciona a la influencia del entorno sociocultural y mediante el trabajo que realiza el Yo produce/elabora/construye su capacidad de autorregulación. Mediante ella tiende al logro de una estabilidad interna dinámica y a la adaptación a las transformaciones de la realidad externa/interna. Esto le permite emprender acciones de autogestión destinadas a desplegar procesos de compensación adaptativa para afrontar los cambios y sostener su percepción de continuidad e integridad.

En tal sentido, la re-significación identitaria es la resultante del aprendizaje experiencial y de-vela la modalidad personal de autoconstrucción identitaria frente a los procesos de cambio personal y social, necesarios para sostener el ser/estar en condiciones de competencia. Mediante el trabajo de re-significación identitaria el sujeto apuntala su estructura psíquica y sostiene los procesos de complejización psíquica, accionando sobre las matrices de sus auto-percepciones e interpelando sus visiones y versiones de sí mismo y su posición respecto de las circunstancias de la realidad en la que se sitúa.

En la acción de re-significación de la identidad personal el Yo articula procesos de adaptación, compensación y autorregulación, que interpelan al sujeto a tomar una posición activa, consciente, reflexiva y crítica respecto de la vida y de sus condiciones de existencia. Ello con el fin de salir de los modos de ser/estar que lo sitian y ciñen a moldes/matrices pretéritos y que le demandan un esfuerzo por reactualizar las significaciones de sus necesidades, tomar la voz de sus demandas y realizar un trabajo en pos de arribar a sus deseos.

Existe una relación indisoluble entre las funciones intelectuales, el desarrollo psicoafectivo y la experiencia

de re-significación identitaria. El Yo, como dispositivo que permite particularizar las vivencias subjetivas e integrarlas en una identidad personal, solo puede aprehenderse a sí mismo en los procesos e itinerarios en los que elabora las versiones/visiones de los relatos en los que inscribe su temporalidad. La producción de esos relatos se constituye en actos cognoscitivos que adquieren significatividad en el/los sentido/s existencial/es de la experiencia de vida singular.

El sujeto puede intervenir sobre su realidad y apropiarse de ella, en tanto es capaz de realizar un proceso de descentración de su acontecer interno y objetivar(se) externamente, aprehendiéndose a sí mismo como un objeto susceptible de ser re-visado, re-conocido y re-creado en sus modos de ser/estar siendo. El Yo realiza movimientos de repliegue/despliegue de sus capacidades cognitivo-psicoafectivas que le permiten operar sobre sus procesos temporales y asignarles sentidos múltiples.

Los procesos de desarrollo madurativo consisten en movilizar los aprendizajes psicosociales adquiridos, otorgándoles una nueva valencia de modo tal que permitan re-diseñar la arquitectura cognitivo-psicoafectiva orientada a completar lo que le falta al ser para seguir siendo sí mismo, en un proceso inacabado y continuo. La fantasía creativa es uno de los procesos cognoscitivos que, por medio de la imaginación, le permite al sujeto intervenir sobre sí mismo, contemplar el mundo desde otra perspectiva y re-inventar artesanalmente el por-venir de su ilusión.

Los procesos de re-significación identitaria constituyen los mojonos a través de los cuales el Yo, en tanto dispositivo, continúa haciendo efectivo el acto de sujeción al orden de lo simbólico en el curso vital. Este es un proceso socializador y humanizante que es la resultante de un trabajo psíquico dinámico, espiralado e inacabado que se sostiene/posibilita en las tensiones entre el interjuego de las necesidades, demandas y deseos intrasubjetivos, intersubjetivos y transubjetivos.

La posibilidad de aprendizajes abre nuevos horizontes para que el ser despliegue la potencialidad de su desarrollo. El aprendizaje se constituye en el mecanismo por medio del cual el sujeto puede realizar sus procesos de adaptación, compensación y re-configuración de las adquisiciones psicosociales necesarias para hacer frente a las demandas y desafíos que plantea la vida social. Así, el aprendizaje se constituye en el mecanismo psicoafectivo que le permite al sujeto operar/agenciar sus procesos de humanización socializante, los que se efectivizan en la participación en el acontecer de las instituciones y sus respectivos dispositivos de transmisión de la cultura. En los juegos del aprendizaje el sujeto metaboliza experiencias de la vida; gestiona sus emociones, deseos y pensamientos; comprende y resuelve los conflictos y propone nuevas configuraciones, tendientes a sostener integrada y apuntalada la dinámica del funcionamiento yoico.

En la dinámica intrapsíquica del aprendizaje, el sujeto pone en evidencia sus posicionamientos subjetivos frente al acontecer temporal y a los procesos de cambio; revela sus estrategias y modos de afrontamiento; y devela los baluartes narcisistas en los que se apoya el Yo para sostener cierto sentido de identidad, integridad y unicidad. A la vez, el aprendizaje, en tanto mecanismo psicoafectivo que le permite al sujeto agenciar sus cambios, de-viene en saberes y experiencias vitales.

La experiencia es *eso que pasa*, lo que *nos pasa a los seres humanos* (Larrosa, 2006). La experiencia no es aquella/s situación/es que el sujeto vive y atraviesa, sino que es el saldo que obtiene en el recorrido realizado a través de la reflexión que realiza de esa/s situación/es. La experiencia es el reconocimiento que el sujeto realiza de la huella que una situación ha dejado en la forma de percibir, situarse y valorar los fenómenos que conforman su existencia. Obtener un saldo, reconocer la huella que queda inscrita en la biografía y otorgar un sentido a la situación vivida implica

que el sujeto se apropie de su propia reflexividad y de sus capacidades de auto-regulación y de auto-organización.

De ahí que la experiencia de aprehender/des-aprehender le posibilita al sujeto ensayar diferentes respuestas ante situaciones que se presentan como conflictivas, ampliando el repertorio de sus posibilidades de resolución de problemas; explorando nuevos caminos para arribar al logro de adquisiciones; y elaborando procesos metacognitivos que le permitan flexibilizar su capacidad adaptativa, necesaria para desplegar sus potencialidades en el contexto de la cultura en de-venir.

Re-posicionamientos subjetivos en/mediante el acto de aprender

El acto de aprender, en tanto mecanismo psico-afectivo regulador de los procesos de auto-organización subjetiva, se constituye en el recurso del que dispone el sujeto para ensanchar los horizontes de sus matrices de percepción subjetiva. Estas matrices le permiten otorgar nuevas significaciones y sentido a la experiencia de vida en el curso del acontecer temporal. La dinámica intrapsíquica del proceso de aprendizaje opera sobre los procesos de complejización psíquica necesarios para que el sujeto apunte los soportes de su re-significación identitaria, lo que le permite gestionar sus cambios internos y aquellos provenientes del contexto sociohistórico de la cultura en constante de-venir.

En la dinámica intrapsíquica del aprender el sujeto moviliza, sostiene y apunta diferentes adquisiciones psicosociales necesarias para desplegar múltiples procesos de compensación adaptativa, entre ellos:

a) La *vigencia*, que sostiene la continuidad del Yo siendo, en consonancia con los imperativos de lo que se instituye como novedoso en las diversas formas de estar implicados en la vida social. Lo propio de la adquisición psicosocial

adaptativa es sostener el despliegue del interés vital del sujeto, para incorporar nuevas formas de significar los acontecimientos que se producen en la realidad sociocultural del momento histórico que le toca vivir. El sujeto se ve interpelado a afrontar la obsolescencia social producida por los cambios socioculturales, con el fin de sostener su continuidad dentro de un orden simbólico de pertenencia de un mundo que (im)pone novedades en lo cultural, político y social. Para mantener la vigencia se requiere una posición subjetiva caracterizada por la plasticidad, que posibilite gestionar los propios cambios vitales y establecer relaciones de intercambio con sujetos de cohortes generacionales diversas.

El apuntalamiento de la vigencia como adquisición psicosocial permite al sujeto remover los sedimentos cristalizados de aprendizajes apprehendidos en matrices culturales pretéritas, incorporando nuevos conocimientos y adecuando los esquemas cognitivo-afectivos necesarios para renovar la mirada que se tiene acerca de la vida, la temporalidad, las propias capacidades y el entendimiento de los cambios socioculturales.

Todo ello contribuye al sostenimiento de la percepción de continuidad del desarrollo de las potencialidades de seguir siendo/creciendo, contrarrestando el fantasma de la perennidad del acontecer vital en el registro de lo temporal. Esto promueve en el sujeto el apuntalamiento de los sentimientos de confianza, seguridad, autocontrol y eficacia en la resolución de las situaciones que plantea la cotidianidad de la existencia. A la vez, moviliza el despliegue de una potencialidad proactiva para dinamizar la vitalidad de los motivos e intereses necesarios para gestionar nuevos modos de ser/estar en el mundo y ampliar las perspectivas del horizonte hacia el cual tiende el proyecto de vida.

b) La *autofinalidad* como atributo de la voluntad, para sostener la autodeterminación de seguir siendo en condiciones de existencia que le permitan al sujeto continuar integrado en sus procesos de cambio. El sostenimiento de

la finalidad de la vida requiere afrontar procesos de desarrollo personal en los que se despliegue la potencialidad del ser para hacer-se a sí mismo, con la intención voluntaria y voluntariosa de ir *más allá* de las fronteras que (im)pone la realidad, engendrando condiciones de ilusión deseante que muevan la necesidad de trascender el estancamiento de la comodidad monótona de lo logrado, en pos de ampliar las perspectivas que de-finen el horizonte de lo vital.

El acto de aprehender como mecanismo de auto-organización psíquica posee un carácter existencial (más que instrumental) destinado a re-fundar, re-estructurar y re-novar la voluntad que orienta las finalidades del ser hacia lo necesario de lo que se necesita internamente. No importa qué aprende el sujeto, sino el para qué, en tanto que ubica esa acción en la intención de renovación de la vivacidad de la vitalidad. Ello es posible por el placer que se obtiene al transitar caminos novedosos para experimentar-se a sí mismo en condiciones de gratificación más allá de las exigencias instrumentales que den cuenta del saber hacer.

De lo que se trata es de satisfacer/gratificar aquella necesidad existencial de saber ser para sí en relación con el acontecer interno, con los procesos de historicidad y con las perspectivas del acontecer temporal. Saber ser a pesar de/con las posibilidades que plantean las (im)posibilidades del acontecer temporal. Se aprende para orientar la vida desde y hacia la vida, experimentando con las emociones, los sentimientos y las experiencias de vida que conforman el acontecer interno, materia prima necesaria para re-organizar aquello armado desde otro punto de apoyo temporal. Aprender es un modo de re-acomodamiento subjetivo que permite re- visar lo vivido y construir una nueva narrativa identitaria de sí y para sí.

La voluntad de autofinalidad interpela la predisposición del sujeto para desplegar procesos reflexivos que movilicen aquello cristalizado de las huellas temporales que constituyen el ser desde lo sido y que generen condiciones para estar en la vida, poniendo en perspectiva

lo perdido o lo ganado en el trabajo de vivir y elaborado desde las narrativas de sí; para re-validar los puntos de apoyo necesarios en el presente para re-versionar el pasado e impregnar de nuevas intencionalidades aquello de lo por-venir.

La autofinalidad -en tanto componente intrapsíquico del acto de aprender- es interpelada por los desafíos que (im)ponen los cambios internos y externos, y que impulsan al sujeto a re-visar su actitud para sostener-se en el fluir de la vida con la finalidad de las propias intencionalidades. Ello supone que el sujeto pueda re-visar qué actitud tiene frente a los cambios que el acontecer temporal le plantea y las capacidades que posee para ser/estar consigo sí mismo, con el mundo y entre los otros.

De esa manera, el acto de aprender inaugura una nueva perspectiva existencial respecto a la reconstrucción de la experiencia personal en el acontecer temporal. Esa perspectiva se incorpora como parte del espacio interno en que se encuentra la reserva potencial del autodesarrollo y que sostiene la actitud de apertura hacia lo novedoso del vivir.

La significatividad del aprendizaje radica en su capacidad de permitirle al sujeto salir de los atascos del estancamiento y desplegar el despliegue revitalizador de los imperativos de la necesidad de sostener el asombro y la renovación de las perspectivas de aquello que aparece como *obsoleto*. Lo importante para el sujeto es descubrir una mirada nueva para aquello cotidiano, e incorporar en el trabajo del diario vivir, una actitud de apertura orientada a des-cristalizar los esquematismos y rigideces del ser/estar en determinadas condiciones de existencia.

c) La *autoeficacia* como capacidad que contribuye a sostener el autocontrol frente a aquello que se presenta como desafiante en el exterior y que se constituye, para el sujeto, en una oportunidad para poner a prueba las propias adquisiciones y competencias para hacer. El acto de aprender como mecanismo de auto-organización psíquica promueve el impulso que vehiculiza en el sujeto la voluntad de

superación personal, a través de la puesta a prueba de las competencias adquiridas para resolver aquellas situaciones que se presentan como problemáticas.

El sujeto no encuentra placer en la re-novación de sus contenidos cognitivo-intelectuales sino en el apuntalamiento de su sentido de autoeficacia para sostener el auto-control sobre diferentes aspectos de la realidad interna, desafiándose a sí mismo en la comprobación de las posibilidades de sus capacidades existentes como un modo de sostener-se en la integridad de lo adquirido; obteniendo gratificación en la auto-afirmación de sentir-se y saber-se capaz de sostener el ser mediante el hacer.

La autoeficacia le otorga al sujeto la percepción de que mediante el sostenimiento de sus habilidades y destrezas puede influir sobre los avatares en de-venir que plantea el acontecer temporal. El sujeto evalúa las posibilidades de las (im)posibilidades que los efectos del de-venir del acontecer temporal pueden ocasionar sobre sus competencias para resolver de manera eficaz los desafíos que plantea el trabajo de vivir. Se ubica así como el rival de sí mismo en sus posibilidades de sostener el control de aspectos de su vida con las capacidades que posee.

Esta evaluación se apoya en posiciones subjetivas diversas según los puntales psicoafectivos con los que el sujeto valora sus recursos para enfrentar los cambios que el transcurso del acontecer temporal le plantea, apelando a la confianza para desplegar procesos de aprendizaje sostenidos en impulsos autoconstructivos y creativos. Por el contrario, puede desplegar acciones reactivas sustentadas en temores, ansiedades y angustias por la posibilidad de la (im)posibilidad de establecer mecanismos de autocontrol eficaces para afrontar los cambios.

En definitiva, el acto de aprehender se constituye en el soporte para apuntalar el Yo en sus necesidades de sostener su integridad, mediante una tarea de autoconstrucción consistente en seguir apuntalando sus capacidades para conservar la eficacia de estas en el afrontamiento de las

condiciones de existencia. El aprendizaje como proceso psíquico que sostiene la autoeficacia, le devenga al sujeto un bienestar subjetivo que se sustenta en la satisfacción vital de ser *capaz de sostener-se* a pesar de los cambios que (im)pone el acontecer temporal.

d) La *continuidad del despliegue de las potencialidades*, que posiciona al sujeto en una actitud voluntaria de sostenimiento de su voluntad de no claudicar en sus posibilidades de auto-organización psíquica; voluntad necesaria para sostener la capacidad adaptativa ante los cambios que (im)pone el acontecer temporal. El acto de aprender apuntala el despliegue de estrategias de afrontamiento que ponen en juego recursos cognitivos, intelectuales, conductuales, sistemas de creencias y filosofías de vida necesarios para enfrentar las demandas que de-vienen del trabajo del diario vivir. Estas estrategias de afrontamiento son resultantes de procesos de interpretación, evaluación y valoración que el sujeto realiza de los recursos con que cuenta para enfrentar, tolerar y resolver de modo efectivo aquellas situaciones internas o externas que pueden poner en riesgo su propia integridad, para seguir integrándose en lo novedoso del vivir.

La dinámica intrapsíquica del aprendizaje moviliza en el sujeto el interés por continuar incluyéndose en aquellos procesos de cambio que sostienen los puntales de los propios saberes experienciales, necesarios para desplegar la voluntad intencionada de no anclarse en el ritmo que marca el curso de la temporalidad. Asimismo, moviliza la insistencia en proponer-se/imponerse metas de superación, que alimenten la necesidad de continuar movilizandando sus inquietudes de seguir sintiendo la capacidad de saber-se en procesos vitales inéditos, desconocidos e inexplorados en el sostenimiento del ser siendo.

El desafío de apprehender consiste en movilizar al ser en un estar como explorador de nuevas condiciones de existencia, renovando no sólo las capacidades instrumentales para resolver los desafíos del transcurrir temporal,

sino aquellas capacidades socioafectivas que vinculen lo cotidiano del diario vivir con la potencialidad del descubrimiento de la vivacidad vital, que sostiene el sentir lo novedoso del cambio.

La continuidad, en tanto componente intrapsíquico del acto de aprender, ubica al sujeto en una posición anticipada que le permite reflexionar sobre la (aparente) seguridad monótona de sentir-se completo; apariencia generada por sostenerse en una posición cristalizada que le otorga sensación de estabilidad. Por ello, la acción de aprender consiste en des-aprender determinados modos de estar, que condicionan al ser en el despliegue potencial de su impulso epistemofílico, que liga las acciones de conocimiento con el deseo vital de seguir sujetado al trabajo de vivir.

De ahí que las acciones de aprendizaje renuevan en el sujeto sus metas de superación como soporte para sostener(se) en la inquietud de la ampliación de horizontes pensados para sí. Ampliación tendiente a la mejora del hacer y la satisfacción del sentir-se con recursos necesarios y saber-se adaptado interiormente y reposicionado en los procesos de integración social, reaprendiendo a pensar(se) a través de sus cambios.

e) La *comprensión de sí* para completar los procesos de autorrealización personal en los pasajes de las transiciones vitales, inherentes a los atravesamientos del acontecer temporal. El aprendizaje se constituye en la posibilidad de cambio necesaria para que el sujeto se apropie de su continuidad. Esa posibilidad está dada por la idea misma de cambio como un modo de saber-se en continuidad. La continuidad es la posibilidad de lo posible; en este caso seguir cambiando a través de los cambios, modificar estructuras, incorporar conocimientos nuevos, entender procesos pasados en condiciones de existencia móviles, dinámicas y permeables al despliegue del acontecer temporal.

La comprensión de sí en tanto mecanismo autorregulador del acto de aprender otorga al sujeto la posibilidad de saldar algo que quedó como resto en lo pendiente; por eso

adquiere connotaciones afectivas que confrontan en el aquí y ahora las bases de la obligatoriedad del *deber ser* pasado con los deseos del *querer hacer* vigentes en el ideal, pero postergados en la realidad.

El sujeto mediante la comprensión de sí puede desplegar procesos de realización personal que quedaron replegados ante los imperativos de las demandas externas, ubicando la disposición de la energía vital para satisfacer las necesidades de su libertad para hacer con su ser aquello que bosquejó en su ideal. De este modo, el acto de aprender posee una función performativa del ser que liga en el sujeto temporalidades, acciones y decisiones desplegadas en el curso del acontecer temporal, en un esfuerzo de integrar lo sido desde lo decidido, con lo que se desea ser en lo proyectual, en una intención continuada de gestionar una experiencia vital que intenta transitar caminos renovados en lo por-venir.

La experiencia de autorrealización personal adquiere en el sujeto un tono afectivo que liga lo instrumental del hacer con lo potencial del ser. Esta se sostiene en la espera del despliegue de la renovación de los motivos necesarios para movilizar las emociones e intereses hacia fines que aumenten la vitalidad y que gratifiquen la interioridad del ser en sus condiciones para hacer-se.

La autorrealización implica un esfuerzo consciente e intencionado por restaurar el entusiasmo de explorar el sentimiento de que no todo está hecho y descubrir lo necesario de lo que le falta al ser como condición para continuar siendo en sus procesos de autorrealización. Esto le demanda al sujeto reencontrarse con su sí mismo y el reconocimiento de la responsabilidad en la inversión de tiempo para renovar/explorar/descubrir modos de ser y estar en la vitalidad de la vida.

El acto de aprender opera como el mecanismo intrapsíquico que potencia selectivamente los impulsos autoconservatorios necesarios para contrarrestar aquello erosionado por el acontecer temporal. El acto de aprender lleva

implícito un movimiento de despliegue subjetivo que promueve acciones creativas que alimenten los ciclos de continuidad del ser, como modo de contrarrestar lo percedero de la existencia en el *continuum* acto de aprehender-se en lo que se aprende.

Mediante el aprendizaje el sujeto no sólo realiza un acto de comprensión de sí mismo que le permite operar cambios internos, sino que despliega movimientos de apertura de aquello que quedó sellado en sus condiciones de cambio. Restituye así a sus esquemas de percepción aquellos hiatos que operan como fisuras en donde se filtra la falta. El reconocimiento de la falta opera como condición para reorientar y restituir a las necesidades de autorrealización su condición de parcialidad y su recurrencia en la demanda por ser satisfecha.

Esto exige al sujeto desplegar una actitud introspectiva que le permita objetivar la experiencia de vida adquirida en los procesos de maduración psicoafectiva, para gestionar movimientos prospectivos a partir de los cuales re-elabora el proyecto de vida. Aprender es un proceso de comprensión de sí que permite al sujeto acomodarse a las necesidades actuales que son reinterpretadas a partir de la *experiencia* y la *madurez*, que le permiten el trazado de nuevas metas que sostengan el proyecto vital, a partir del cual el Yo sostiene el sentido de su acontecer temporal en la confianza esperanzada de realizar acciones tendientes a desplegar aquello plegado en la potencialidad del ser para hacer-se en sus procesos de autorrealización.

El proceso de subjetivación humanizante supone el acto de complejización psíquica a través del cual la experiencia de vida del sujeto es atravesada por los ciclos del desarrollo, en la que se ponen en diálogo operatorias que remiten a instancias del orden intra-inter y transubjetivo. El sujeto es el sitio en donde se establece el debate del incabamiento semántico del orden de lo simbólico dentro de la cultura en constante de-venir.

Esto es posible porque la intromisión de lo simbólico inscribe su huella sobre la humanidad, dejando un resto abierto para ser completado en los procesos de humanización. Estos ubican al sujeto en una posición que habilita su subjetivación humanizable, a través de la inmersión en procesos de aprendizajes que operan como mecanismos de auto-organización, reguladores de los procesos adaptativos necesarios para asimilar los cambios que (im)pone el acontecer temporal.

Mediante el trabajo de complejización psíquica el sujeto se sostiene competente en la continuidad de su vigencia psicosocial. Para ello pone en movimiento la voluntad de emprender acciones intencionales que re-fuercen e incentiven el compromiso de fidelidad consigo mismo. Moviliza su autodeterminación con el propósito de elaborar un ideal que constituya la finalidad y la causa de la vitalidad de su deseo que, al servicio de la autoconservación, usa la comprensión de sí aprehendida en el trabajo de vivir para apuntalar su integridad, mismidad y unicidad.

Sin embargo, a medida que el sujeto va siendo atravesado por la cronobiología del acontecer temporal se ve interpelado a desplegar mecanismos de compensación que le permitan auto-organizar su ser para generar nuevas condiciones de estar en la vida. Al ser atravesado por el acontecer temporal, el sujeto ingresa en las paradojas de las transiciones del desarrollo vital. Atravesar los diferentes ciclos del desarrollo supone poder desplegar aquello que está replegado, poner en acto aquello que se encuentra contenido en la potencia y poner de manifiesto algo que se encontraba en estado de latencia.

El sujeto debe generar condiciones internas/externas -solidarias en su interdependencia- para complementar compensatoriamente el despliegue del contenido experiencial de cada tramo de la trayectoria vital que se encuentra plegado en el continente subjetivo. En eso consiste el balance de pérdidas y ganancias, en un proceso que intenta ubicar las discontinuidades en los horizontes de la continuidad;

que reubica lo desacomodado en lugares habilitados para que quepa lo nuevo; en realizar un trabajo al servicio de la integración a partir de fragmentos que se encuentran desacoplados de sus encastrés.

Lo que anima al sujeto en su ser siendo son los intentos -sustentados en las adquisiciones psicosociales de la confianza básica, la espera paciente y la esperanza- por los que se ponen en juego los movimientos de la energía creativa que intenta *ligar*, unir, crear, dar significación y sentido al ser en sus diversos modos de estar en el presente. En esa dinámica el sujeto se aprehende a sí mismo en los itinerarios y trayectos que le permiten sostener su integridad e historicidad bio-gráfica.

El Yo se inscribe/escrbe/re-escrbe/transcribe/traduce en las coordenadas temporales de la vida que transcurre sobre los tiempos que la atraviesan: algo de lo que pasa queda; algo de lo ido retorna, y algo de lo no sido se difiere en el anhelo. Para sostener su autonomía, su sentimiento de valía y la percepción de autoeficacia, el Yo del sujeto tiene que ser lo suficientemente permeable para transitar por las diferentes crisis del desarrollo y las crisis accidentales, soltando los restos de sí que quedan obsoletos y que limitan su capacidad adaptativa.

Sostener la integridad yoica supone, por parte del sujeto, un trabajo psíquico que le permita apuntalar la finalidad de su vitalidad a pesar de los desgarros que el esfuerzo del diario vivir propone e (im)pone a las condiciones materiales de existencia. Emerger de las pérdidas con un proyecto de existencia es la tarea. Rescatar-se de las pérdidas con la intención/voluntad/convicción de que se ha ganado algo e incorporado un nuevo modo de ser/tener/estar/hacer en/ con la vida. Explorar nuevos modos de vitalidad en las tensiones que plantea el atravesamiento por las desestructuraciones propias de las crisis que amenazan al yo con aniquilarlo y fragmentarlo. Encontrar la oportunidad en las crisis, habituarse al cambio, descentrarse de los puntos de apoyo

y apoyarse en otros es un trabajo psíquico artesanal para el cual el Yo debe colonizar el deseo de su propio ideal.

El Yo del sujeto conserva huellas de los trazos e itinerarios que en el de-venir de sus procesos de historización han configurado sus argumentos vitales, sus aprendizajes existenciales y los logros/adquisiciones obtenidos en el trabajo de hacer/se siendo a partir de lo sido y proyectándose en un seré en lo por-venir. Atravesar todos los condicionantes que plantea el curso de la vida interpela al sujeto en sus procesos de conciencia reflexiva, con los cuales elabora la comprensión de sí mismo en los trayectos seguidos para hacer/se e integrarse en las discontinuidades/rupturas que plantea el cambio a través de las temporalidades del ser. El trabajo del sujeto consiste en hacer-se distinto a través de los cambios, apuntalando el sentimiento de identidad desde una posición dinámica, móvil, abierta a la comprensión del sentido de sí mismo, en una posición de caminante que sigue recorriéndose en los caminos de la vida.

En los caminos de la vida el Yo va aprehendiendo y aprehendiéndose de/en los ciclos vitales que lo sujetan subjetivamente -a través de sus vivencias- a su experiencia biográfica. El registro del sujeto de los ciclos de la vida se vincula al trabajo inédito que realiza para construir y sostener los pilares de su autodeterminación, las bases de su confianza básica, los sustentos de la espera, los ideales y las fantasías de permanencia a través de la propia trascendencia.

La vida es una espiral en la que, en alguno de sus recorridos, ciertos puntos de llegada se tocan con los puntos de partida. En su de-venir inacabado la vida reclama ubicar el sentido, la significación y la creencia en la finalidad de la existencia, como nodos que articulan las tensiones que sostienen al Yo en su integridad y en sus anhelos de continuidad, más allá de las contrariedades que la finitud plantea a lo vital.

En el Yo, en tanto síntesis, conviven todos los ciclos de la vida. El retrato que el Yo realiza de sí se constituye en la experiencia de vida extraída por el sujeto de los

procesos de balance de pérdidas y ganancias de los itinerarios bio-gráficos. Estos itinerarios amalgaman los hechos acontecidos en sus contactos humanizantes, entramando “el ser cuidado por”, “el cuidar de”, “el preocuparse por” en tanto resultantes de procesos de intercambios vinculares. Ese retrato se cuenta en las versiones de las visiones que el sujeto tiene de sus procesos de historización. El Yo narra, no describe el retrato de los acontecimientos tal cual han acontecido, sino que recrea una historia, metaforiza una experiencia, le imprime sus propios anhelos que trasmudan ciertas realidades y les va dejando un final abierto al inacabamiento semántico de un intérprete en busca de su sentido existencial.

Bibliografía

- Abadi, S. (2007). *Pensamiento en Red*. Buenos Aires: Temas.
- Achugar, H. y Caetano, G. (1994). *Mundo, región, aldea. Identidades, políticas culturales e integración regional*. Montevideo: Trilce.
- Agazzi, E. (1991). Science et sagesse: Entretiens de l'Académie Internationale de Philosophie des Sciences, 1990. Freiburg: Universitätsverlag Freiburg.
- Albano, S. (2003). *Michel Foucault: glosario epistemológico*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- Alexander, C. N. y Langer, E. J. (1990). *Higher stages of human development*. New York: Oxford University Press.
- Antonucci, W. (1994). *Life-Span View of Social Relations*. En Turner, B. y Troll L., *Women growing Older*. London: Sage.
- Arber, S. y Ginn, J. (1996). *Relación entre género y envejecimiento: enfoque sociológico*. Madrid: Ed. Narcea.
- Ardoino, J. (2005). *Complejidad y formación. Pensar la educación desde una mirada epistemológica*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Area, L., Pérez, L. Rugieri, P. (1996). *Fin de un siglo: las fronteras de la cultura*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Arfuch, L. (2005a). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (comp.) (2005b). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Arias Cardona, A. M. y Alvarado Salgado, S. M. (2015). Investigación narrativa: apuesta metodológica para la construcción social de conocimientos científicos. *Revista CES Psicología*, vol. 8, núm. 2, julio-diciembre, pp. 171-181.
- Aries, P. (1986). *El hombre ante la muerte*. Buenos Aires: Ed. Taurus.

- Aries, P. y Duby, G. (1990). *Historia de la vida privada*. Buenos Aires: Taurus.
- Assmann, A. (1994). Wholesome knowledge: Concepts of wisdom in a historical and cross-cultural perspective. En D. L. Featherman, R. M. Lerner, & M. Perlmutter (eds.), *Life-span development and behavior* (vol. 12, pp. 187-224). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Augé, M. 1991. *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- Aulagnier, P. (1988). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Aulagnier, P. (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. México: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Baltes P. B. y Willis, S. (1979). Life-Span developmental psychology, cognitive functioning and social policy. En M. W. Riley (ed.), *Aging from birth to death, interdisciplinary perspectives* (pp. 15- 46), AAAS Selected Symposium, Westview Press.
- Baltes, P. B. (1987). Theoretical propositions of life-span developmental psychology: On the dynamics between growth and decline. *Developmental Psychology*, 23, 611-626.
- Baltes, P. B. (1993). The aging mind: Potential and limits. *Gerontologist*, 33, 580-594.
- Baltes, P. B. (1999). *Wisdom: The orchestration of mind and virtue* (book manuscript). Berlin: Max Planck Institute for Human Development.
- Baltes, P. B. (2003). On the incomplete architecture of human ontogeny: Selection, optimization, and compensation as foundation of developmental theory. En U. M. Staudinger y U. Lindenberger (eds.), *Understanding human development: Dialogues with lifespan psychology* (pp. 17-43). Boston: Kluwer.
- Baltes, P. B. (ed.) (2005). Theoretical approaches to lifespan development: Interdisciplinary perspectives. *Research*

- in *Human Development [Special Issue]*, 2 (1-2). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Baltes, P. B., & Staudinger, U. M. (1998). Wisdom. En H. Friedman (ed.), *Encyclopedia of mental health* (vol. 3, pp. 699-706). San Diego, CA: Academic Press.
- Bandura, A. (1982). The psychology of chance encounters and life paths. *American Psychologist*, 37, 747-755.
- Barthes, R. (1984). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Basseches, M. (1984). *Dialectical thinking and adult development*. Norwood, NJ: Ablex.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura.
- Bauman, Z. (2008). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Béliveau, O. S. (2004). *La narrativa en la obra de Freud*. Tesis de la Maestría en Análisis del Discurso. Universidad de Buenos Aires.
- Berger, P. y Luckman, T. (1991). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Birren, J. E., & Fisher, L. M. (1990). The elements of wisdom: Overview and integration. En R. J. Sternberg (ed.), *Wisdom: Its nature, origins, and development* (pp. 317-332). New York: Cambridge University Press.
- Birren, J. y Woodruff, J. (1991). Human development over the Life Span through Education. En P. Baltes y W. Schaie (comps.), *Life-Span Developmental Psychology: Personality and socialization*. New York. Academic Press, inc.
- Blanchard-Fields, F., & Hess, T. M. (eds.) (1996). *Perspectives on cognitive change in adulthood and aging*. New York: McGraw-Hill.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano: Conciencia y desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Bruner, J. (1997). *La educación: puerta de la cultura*. Madrid: Visor.

- Burin, M. y otros (1989). *Estudios sobre la subjetividad femenina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Butler, J. (1993). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós. Colección género y cultura.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cavalleri, H. (1984). Ficción, testimonio, representación. En R. Jara y H. Vidal (eds.), *Literatura y Testimonio*. Minneapolis: Institute for the study of ideologies and literature. Monographic series of the society for the study of contemporary hispanic and lusophone revolutionary literatures N° 3.
- Chartier, R. (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Cole, M. (1996). Interacting minds in a life-span perspective: A cultural/historical approach to culture and cognitive development. En P. B. Baltes & U. M. Staudinger (eds.), *Interactive minds: Life-span perspectives on the social foundation of cognition* (pp. 59-87). New York: Cambridge University Press.
- Cros, E. (1997). *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor.
- Cyrulnik, B. (2000). *Los alimentos afectivos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cyrulnik, B. y Morin, E. (2005). *Diálogos sobre la naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.
- D'Angelo, R.; Carvajal, E. y Muchilli, A. (2000). *Una introducción a Lacan*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- D'Epinnay, L. et al. (2005). Les parcours de vie. En Guillaume, J. (ed.), *Parcours biographiques*. Liege presses universitaires de Liege.
- De Beauvoir, S. (1970). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX.
- De Board, R. (1996). *El psicoanálisis de las organizaciones*. Buenos Aires: Paidós. Grupos/Instituciones.

- De la Campa, R. (1996). Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza. *Revista Iberoamericana. Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas*, Universidad de Pittsburgh, Núms. 176-177, julio-diciembre, pp. 697-718.
- De León de Bernardi, B. *Narrativa y psicoanálisis: alcances y límites de la palabra*. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 100. Disponible en <https://bit.ly/3zKLDFd>.
- Derrida, J. (1997). *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires: Manantial.
- Di Cori, P. (1993). *La donna rappresentata. Il corpo, il lavoro, la vita quotidiana nella cultura e nella storia*. Roma: Ed. Ediesse-Ires.
- Díaz Gómez, A. (2006). Subjetividad y subjetividad política. Entrevista con el psicólogo cubano Fernando González Rey. *Revista Colombiana de Educación*, núm. 50. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, pp. 236-249.
- Díaz, E. (ed.) (2000). El conocimiento como tecnología de poder. En *La posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós.
- Dolto, F. (1985). *La dificultad de vivir*. Vol. I. *Familia y sentimientos. El psicoanálisis y la prevención de las neurosis*. Buenos Aires: Gedisa. Colección Libertad y Cambio.
- Duero, D. (2017). ¿Por qué la narrativa importa a la psicología? *THÉMATA. Revista de Filosofía*, núm. 55, enero-junio, pp. 131-156. doi: 10.12795/themata.2017.i55.06.
- Dussel, I. (2000). La producción de la exclusión en el aula: una revisión de la escuela moderna en América Latina. Ponencia presentada en las *X Jornadas LOGSE, La escuela y sus agentes ante la exclusión social*. Granada: España.
- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Etkin, J. y Schvarstein, L. (1989). *Identidad de las organizaciones. Invariancia y cambio*. Buenos Aires: Paidós.

- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat y A. Martínez (eds.), *Ensayos de Antropología cultural*. Barcelona: Ed. Ariel.
- Feminia, N. (1989). *Yo Soy Mía*. Buenos Aires: Ed. Planeta.
- Ferrater Mora, J. (2000). *Diccionario de Filosofía abreviado*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Foerster, H. (1995). Visión y conocimiento: disfunciones de segundo orden. En *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Schnitman, D. (comp.), Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1978a). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978b). *Microfísica del poder*. España: La Piqueta.
- Foucault, M. (1983). *El discurso de poder*. México: Folio Ediciones.
- Freud, S. (1912). *Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el psicoanálisis*. En *Obras completas. Tomo V (1909-1913)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1967a). Carta 52. En *Los orígenes del psicoanálisis. En Obras completas. Tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1967b). La experiencia de satisfacción. En *Proyecto de una psicología para neurólogos. En Obras completas. Tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1967c). Psicología de los procesos oníricos. d) La interrupción del reposo. En *La interpretación de los sueños. En Obras completas. Tomo. Madrid: Biblioteca Nueva*.
- Freud, S. (1967d). Pensamiento y realidad. En *Proyecto de una psicología para neurólogos. En Obras completas. Tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freund, A. M. y Baltes, P. B. (2007). Toward a theory of successful aging: Selection, optimization, and compensation. En R. Fernández-Ballesteros (ed.), *Geropsychology: European perspectives for an aging world* (pp. 239-254). Cambridge, Mass.: Hogrefe y Huber.
- Freund, A. M., y Ebsner, N. C. (2005). The aging self: Shifting from promoting gains to balancing losses. En W. Greve, K. Rothermund, y D. Wentura (eds.), *The adapti-*

- ve self: Personal continuity and intentional self-development* (pp. 185-202). Göttingen: Hogrefe.
- Freund, A. M.; Li, K. y Baltes, P. B. (1999). Successful development and aging: The role of selection, optimization, and compensation. En J. Brandtstädter y R. M. Lerner (eds.), *Action and self-development: Theory and research through the life span* (pp. 401-434). Thousand Oaks, California: Sage.
- Frosh, S. (1991). *Identity crisis, Modernity, Psychoanalysis and the Self*. London: MacMillan.
- Fuenmayor, V. (2015). Conferencia: entre cuerpo y semiosis: La corporeidad. *Actas del VI Congreso Latinoamericano de Semiótica. IV Congreso Venezolano de Semiótica. Simulacros, Imaginarios y Representaciones*. Maracaibo.
- Gaber, L. (1984). Structural dimensions in aged self-concept: a Tennessee Self Concept study. *British Journal of Psychology*, 75, 207-212.
- Gaidulewicz, L. (1999). El concepto de dispositivo en el pensamiento de Foucault. En C. García Sanchez; A. Estevez González y Kulisevski, J. (2002). *Estimulación cognitiva en el envejecimiento y la demencia*. *Revista Psiquiatría Fac. Med Barna*, 29 (6) 374-378.
- Galende, E. (1998). *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self Identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity.
- Goffman, E. (1970). *Estigma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goolishian, H. y Anderson. H. (1995). Narrativa y Self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia. En D. Schnitman (comp.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Griffin, N.; Chassin, L. y Young, R. D. (1981). *Measurement of Global Self-Concept versus Multiple Role-Specific Self-Concept in Adolescents*. *Adolescence*, 16 (61), 49-56.

- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1993). *Identidad y cambio*. Barcelona: Paidós. Psicología Profunda.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Guitart, M.; Nadal, J. y Vila, I. (2010). La construcción narrativa de la identidad en un contexto educativo intercultural. *Límite. Revista de Filosofía y Psicología*, vol. 5, núm. 21.
- Hadot, P. (1995). *Philosophy as a way of life*. Boston: Blackwell.
- Hagestad, G. (1999). Pensamientos sobre el curso de la vida. En B. Neugarten, *Los significados de la Edad* ("2ª parte: El curso de la vida"). Barcelona: Herder.
- Harlan L. (1984). *El niño salvaje de Aveyron*. Madrid: Alianza Universidad.
- Heckhausen, J.; Dixon, R. A., & Baltes, P. B. (1989). Gains and losses in development throughout adulthood as perceived by different adult age groups. *Developmental Psychology*, 25, 109-121.
- Hothersall, D. (2005). *Historia de la psicología* (4ª edic). Mc Graw Hill.
- Jameson, F. (1980). *La cárcel del lenguaje. Perspectiva crítica del estructuralismo y del formalismo ruso*. Barcelona: Ariel.
- Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor.
- Jáuregui, C. y Dabove J. (2003). *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Pittsburg: Biblioteca de América.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Käes, R. (1977). *El aparato psíquico grupal*. Barcelona: Ed. Granica.
- Kaminsky, G. (1998). *Dispositivos institucionales. Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

- Karol, M. (1999). *La constitución subjetiva del niño*. En Sandra Carli (comp.), *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Ed. Santillana.
- Kekes, J. (1995). *Moral wisdom and good lives*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1986). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette.
- King, G. (1996). *Mapping Reality. An Exploration of Cultural Cartographies*. London: MacMillan Press.
- Labouvie-Vief, G. (1990). Wisdom as integrated thought: Historical and developmental perspectives. En R. J. Sternberg (ed.), *Wisdom: Its nature, origins, and development*. New York: Cambridge University Press (pp. 52-83).
- Labouvie-Vief, G. (1995). *Psyche and eros: Mind and gender in the life course*. New York: Cambridge University Press.
- Labouvie-vieff, G.; De voe, M.; Bulka, D. (1989). Speaking about feelings: Conceptions of emotion across the Life Span. *Psychology and Aging*, vol. 4, núm. 4, 424-437.
- Lacan, J. (1962-63). *La angustia. Seminario*. Versión inédita.
- Lacan, J. (1971a). *La cosa freudiana*. En *Lectura estructuralista de Freud. Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971b). *La lógica del fantasma*. En *Lectura estructuralista de Freud. Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971c). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*. En *Lectura estructuralista de Freud. Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971d). *La significación del falo*. En *Lectura estructuralista de Freud. Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Langer, M. (1989). *Mujer, psicoanálisis y marxismo*. Buenos Aires: Ed. Contrapunto.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Madrid: Editorial Labor.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (1a. edición en castellano). Barcelona: Paidós Básica.

- Lecourt, D; Gouyon, P; Ferry, L. y Ewald, F. (1999). *Las ciencias humanas ¿son ciencias del hombre?* Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. Colección Claves.
- Mannoni, O. (1979). Itard y su salvaje. En *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Masotta, O. (1976). *Aporte lacaniano al estudio de la lengua y su patología*. Ensayos lacanianos. Barcelona: Anagrama.
- Maturana, H. (2014) *El sentido de lo humano*. Buenos Aires: Gránica.
- Maturana, H. y Varela, F. (1996). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Debate. Colección Pensamiento.
- Maxwell, N. (1984). *From knowledge to wisdom*. New York: Basil Blackwell.
- Mayoral I Arqué, D. (1998). *El lenguaje: diferencias culturales y desigualdades sociales*. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida-Pagès Editors.
- McAdams, D. P., & de St. Aubin, E. (1998). *Generativity and adult development: How and why we care for the next generation*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Melucci, A. (1995). Individualization and Globalization: New Frontiers for a collective action and personal identity. *Hitotsubashi Journal of Social Studies*, vol. 27, August.
- Mendoza García, J. (2004). Las formas del recuerdo. Memoria narrativa. *Athenea Digital*, otoño. Disponible en <https://bit.ly/3xBtusC>. Merea; C. (2005). *Familia, psicoanálisis y sociedad. El sujeto y la cultura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo W. (1996). Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de área. En *Revista Iberoamericana. Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas*, Universidad de Pittsburgh, núms. 176-177, julio-diciembre 1996, pp. 679-696.

- Mizrahi, L. (1989). *La mujer transgresora*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (1995). La noción de sujeto. En D. Schnitman (comp.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Morin, E. (2003). *El método. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*. Madrid: Cátedra. Teorema. Colección Teorema. Serie Mayor.
- Munnichs, J. (1980). *Old age and finitude*. Nueva York: Basel and Karger.
- Neugarten B. (1999). *Los significados de la edad*. Barcelona: Herder.
- Nichols, R. (1996). Maxims, “practical wisdom,” and the language of action. *Political Theory*, 24, 687-705.
- Nozick, R. (1993). *The nature of rationality*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Ogilvie, B. (2000). *Lacan. La formación del concepto de sujeto*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Orti, A., (1999). *La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social*. En J. Delgado y J. Gutierrez (comps.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Ortiz, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Ediciones de la UNQ.
- Orwoll, L., & Perlmutter, M. (1990). The study of wise persons: Integrating a personality perspective. En R. J. Sternberg (ed.), *Wisdom: Its nature, origins, and development* (pp. 160-177). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Perus, F. (1995). El dialogismo y la poética histórica bajtinianos en la perspectiva de la heterogeneidad cultural y la transculturación narrativa en América Latina. *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, año XXI, núm. 42. Lima-Berkeley, 2do. Semestre, pp. 29-44.

- Prada Oropeza, R. (1984). *De lo testimonial al testimonio. Notas para un deslinde del discurso-testimonio*. Institute for the study of ideologies and literature. Monographic series of the society for the study of contemporary hispanic and lusophone revolutionary literatures N°3. René Jara and Hernán Vidal, Editores.
- Pratt, M. (1995). La heterogeneidad y el pánico de la teoría. *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, año XXI, núm. 42. Lima-Berkeley, 2do. Semestre, pp. 21-27.
- Prigogine, I. (1995). *¿El fin de la ciencia?* En D. Schnitman (comp.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Quiroga, A. (1990). *Enfoques y perspectivas en psicología social*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.
- Raymond, W. (2000). *Palabras clave: un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Richard, N. (1989). *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Santiago de Chile: Francisco Zegers Editor.
- Richard, N. (1996). Feminismo, experiencia y representación. En *Revista Iberoamericana. Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas*, Universidad de Pittsburgh, núms. 176-177, julio-diciembre 1996, pp.733-744.
- Romero, R. (1987). *Grupo, objeto y teoría. Volumen II*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Rorty, R. (1998). *Truth and progress: Philosophical papers*. New York: Cambridge University Press.
- Saban, R. (comp.). (2004). *Las identificaciones*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Salinas, H. (1998). *Individuo, cultura y crisis*. Bilbao: Desclé De Brouwer.
- Santamaría, A. (2000). La narración como acción mediada en el marco de una psicología cultural. Un estudio en adultos. *Anuario de Psicología*, vol. 31, núm. 4, 139-161, Facultat de Psicologia, Universitat de Barcelona.

- Saslavski, L. (1993). *Ser antropólogo: el problema de la traducibilidad. Epistemología de las Ciencias Sociales*. Cuaderno N° 3: 39-44. Buenos Aires: UBA.
- Saussure, F. (1972). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Ed. Losada.
- Schacter, D. (2003). *Los siete pecados de la memoria*. Barcelona: Ed. Ariel.
- Schnitman, D. (comp). (1995). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Schuster, F. (1997). *El método en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Schutz, A. (1974). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schvarstein, L. (1991). *Psicología social de las organizaciones. Nuevos aportes*. Buenos Aires: Paidós.
- Shaw, R., & Bransford, J. (1977). *Perceiving, acting and knowing*. Hillsdale. N. J.: LEA.
- Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Singer, D. (1998). El Edipo, el ideal y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad. *Revista El Malestar en los vínculos*, AAPPGT1, XXI, Buenos Aires.
- Smith, J. (1996). Planning about life: A social-interactive and life-span perspective. En P. B. Baltes & U. M. Staudinger (eds.), *Interactive Minds: Life-span perspectives on the social foundation of cognition* (pp. 242-275). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Sontag, S. (1989). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Staudinger, U. M. (2001). Psychology of wisdom. En N. J. Smelser y P. Baltes (eds.-in-chief), *International encyclopedia of the social and behavioral sciences* (vol. 24, pp. 16510-16514). Amsterdam: Elsevier.
- Staudinger, U. M. (1999). Social cognition and a psychological approach to an art of life. En F. Blanchard-Fields

- & B. T. Hess (eds.), *Social cognition, adult development, and aging*. New York: Academic Press.
- Sternberg, R. J. (1990). *Wisdom: Its nature, origins, and development*. New York: Cambridge University Press.
- Sternberg, R. J. (1996). Styles of thinking. En P. B. Baltes & U. M. Staudinger (eds.), *Interactive Minds: Life-span perspectives on the social foundation of cognition* (pp. 347-365). New York: Cambridge University Press.
- Sternberg, R. J. (1998). A balance theory of wisdom. *Review of General Psychology*, 2, 347-365.
- Turner, B. y Troll L. (1994). *Women growing older: psychological perspectives*. London: Sage.
- Ulloa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Urbano, C. (2005). *Acerca de los destinos que siguen los instintos de autoconsecración en el de-venir del "ethos" comunitario*. Aportes desde las Humanidades 6, Facultad de Humanidades, UNCa.
- Urbano, C. (2011). *Re-significación identitaria y devenir en el curso vital*. En J. Yuni (comp.), *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro grupo Editor-UNCa. Colección Contextos Humanos.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2001a). *Y... no sé... Psicología y cultura de los adolescentes*. Córdoba: Editorial Mi Facu.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2001b). Aprendizaje e intervención educativa en la vejez. *Actas del Primer Congreso Internacional Entre Educación y Salud*. Instituto Dr. Domingo Cabred. Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Septiembre. Córdoba.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2005). *Psicología del desarrollo. Enfoques y perspectivas del curso vital*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2007a). Devenir otro de mí: narrativas sobre educación y resignificación identitaria. *Actas del Congreso Iberoamericano de Experiencias Educativas Universitarias con Adultos Mayores "Construcciones y Transformaciones de la Educación Permanente"*. Universidad Nacional de Entre Ríos. Paraná. Septiembre de 2007.

- Urbano, C. y Yuni, J. (2007b). Mujeres mayores cuidadoras: construir una identidad entre la exigencia y el deseo. En V. Rodríguez Martín y D. Alonso (eds.), *La mujer en el siglo XXI: Desigualdades retos y oportunidades*. Toledo: Ed. Universidad de Castilla La Mancha.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2008). *La discapacidad en la escena familiar* (1ra. ed.). Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2009). *Procesos formativos: retornos de la experiencia intersubjetiva*. En J. Yuni (comp), *La formación docente. Complejidad y ausencias*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor. Colección Con-textos humanos.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2011). *Esos cuerpos que envejecen. Representaciones y discursos culturales de la vejez*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2016). *Psicología del desarrollo. Enfoques y perspectivas del curso vital* (2º ed.). Córdoba: Ed. Brujas.
- Vargas Guillén; G. (2006). Constitución del sujeto y constitución subjetiva del mundo. De los límites de la detranscendentalización. *Revista Colombiana de Educación*, núm. 50. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, pp. 162-176.
- Vásquez, F. (2001). *La memoria como acción social*. Temas de Psicología. Buenos Aires: Paidós.
- Voloshinov, V. (1996). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- White, H. (1992). *Metahistoria. El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Ediciones Paidós Básica.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2007a). *Entre-tiempos: una mirada psico-social sobre la madurescencia femenina*. En V. Rodríguez Martín, V. y D. Alonso (2007), *La mujer en el siglo XXI: Desigualdades retos y oportunidades*. Toledo: Ed. Universidad de Castilla La Mancha.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2008 b). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, año 6, núm. 10, mayo-junio 2008.

- Yuni, J.; Urbano, C. y Arce, M. (2003). *Discursos sociales sobre el cuerpo, la estética y el envejecimiento*. Córdoba: Ed. Brujas.
- Yuni, J.; Urbano, C. y Tarditi, L. (2007). Lo no dicho en la queja de memoria en adultos Mayores. *Revista Psicopedagógica*, año XXVII, diciembre, núm. 73. Colegio Profesional de Psicopedagogos de la Provincia de Córdoba.
- Zarebski, G. (2005) *El curso de la vida: Diseño para armar*. Buenos Aires: Ed. Univ. Maimónides.
- Zukerfeld, R. y Zonis Zukerfeld, R. (1999) *Psicoanálisis, vulnerabilidad somática y tercera tópica*. Buenos Aires: Lugar.

